



Víctima de la  
**pasión**

FRANCES HOUSDEN

e<sup>lit</sup>

# Víctima de la pasión

Frances Housden

5º Los Jellic

# Sinopsis

El peligro la rodeaba y podía acabar siendo la víctima de aquella montaña... o de la pasión.

Alguien que había nacido rodeada de lujos y comodidades, como Chelsea Tedman, jamás habría imaginado que acabaría escalando el Everest. Debía resolver el misterio de la muerte de su hermana en aquella misma montaña pero, antes de nada, necesitaba un guía.

Kurt Jellic resultaba tan misterioso como seductor, y además era perfecto para el trabajo. Chelsea no tardó en darse cuenta de que se enfrentaba a dos grandes dificultades: escalar el Everest y resistirse a la atracción que sentía por Kurt...

# Prólogo

*Monte Everest*

*20 de abril*

*Querida Chelsea:*

*Imagino tu sorpresa cuando abras esta carta, puedo escuchar tu exclamación: «¡Una carta de Atlanta!».*

*¿Cuántos años han pasado? He viajado tanto que he perdido la cuenta. Pero demasiados, seguro. Ha sido culpa mía. Como hermana mayor no debería haber dejado que una pelea infantil durase tanto tiempo. Sólo espero que no sea demasiado tarde para arreglar las cosas.*

*¿Y a qué viene todo esto?, te preguntarás. Para empezar, estoy preocupada, no ante la perspectiva de subir al Everest, que será pronto. Hace años que perdí el miedo a las alturas cuando colgué mis zapatillas de ballet por las botas de montaña. Era de esperar que acabara casándome con un aventurero como Bill Chaplin y cuando amas a alguien como yo amo a Bill, lo sigues allá donde vaya.*

*Tienes razón. Acabo de decirlo. Lo amo. No importa lo que pensaras del compromiso hace tiempo. Papá no me obligó a casarme con él. Entonces tenía quince años. No mucha gente puede decir lo mismo y tú eras demasiado joven para comprender, apenas tenías trece. Espero que el tiempo haya conseguido lo que yo no pude y que ahora comprendas lo que realmente significa amar a alguien en cuerpo y alma.*

*Pero me estoy desviando. No estoy preocupada por mí, sino por ti. Aunque es posible que las dos corramos peligro, no creo que mucha gente estuviera dispuesta a venir a buscarme aquí arriba, por lo que creo que estoy a salvo. Hace falta preparación para subir al Everest y no creo que Arlon Rowles la tenga.*

*Sí, me refiero a nuestro primo Arlon. Parece que haberlo nombrado presidente ejecutivo de la empresa que heredamos de papá para evitar que tuviéramos que vernos las caras todos los días en la sala de juntas fue un gran error.*

*Ayer recibí una carta de Madeline Coulter. ¿Recuerdas a Maddie? Trabajaba para papá. Maddie cree que Arlon ha estado desviando dinero a una cuenta suiza durante los últimos cinco años. Cinco años. Dios mío, debió de empezar a la muerte de papá. Maddie dice que guarda las pruebas en una caja fuerte. Su número es 44578, Banco de América, Jamestown. No pierdas estos datos. Está a nuestro nombre.*

*Además de la carta, me envió una llave. Creo que de momento estará más segura conmigo. La llevo colgada de una cadena al cuello. Pero ahora es cuando las cosas se ponen feas. Llamé a Maddie por teléfono por satélite y respondió su hermana. No me esperaba lo que me iba a decir. Nuestra querida Maddie había muerto de un disparo durante un atraco, al parecer, ocurrido poco después de que me enviara la carta. ¿Coincidencia? No lo creo. La encontraron en un callejón y la compra que había hecho al salir del trabajo estaba tirada por el suelo a su alrededor. Ella no vive en un barrio peligroso. Y si se trataba de alguien tan desesperado para conseguir dinero como para matarla, ¿por qué no se llevó el bolso?*

*No quiero asustarte, pero no me huele bien todo esto. Las cosas empeorarán antes de mejorar. Te pido que tengas cuidado. Hablo en serio. Y no salgas sola por la noche.*

*Supongo que te estarás preguntando por qué no estoy ahí contigo para ayudarte a solucionar todo esto. Bill insistiría en que lo hiciera. Por eso no se lo he dicho. Llevo años queriendo subir a esa montaña. Hemos estado entrenando duro en Suiza y en Sudamérica. Allí conocimos a Kurt Jellic, hasta hace poco hemos estado entrenando en su país de origen, Nueva Zelanda. Además, para cuando recibas esta carta, probablemente estaré descendiendo de la cumbre. Cuando lo haga, volveré a Estados Unidos. La carta de Maddie tardó tres semanas en llegar. ¿Por qué iba a ser distinto ahora?*

*Probablemente te preguntes cómo he conseguido tu dirección. Siempre me he asegurado de saber dónde estabas. Y sí, tal vez debería haberte telefonado también, pero después de todos estos años de silencio, no estaba segura de que quisieras hablar conmigo. Por favor, acepta esta rama de olivo y trata de perdonarme por haberte abandonado. Sé que siempre te resultó difícil el trato con papá y más después de mi marcha. Creo que ya he dicho suficiente por el momento. Tal vez, cuando todo esto termine, podamos vernos en tu nuevo hogar en París.*

*Al releer esta carta parezco una paranoica, maldita sea. Aunque estoy segura de que tú sentirás lo mismo cuando la leas.*

*Y hablando de paranoias. Desde que llegamos al campamento base, antes incluso de recibir la carta de Maddie, he estado sintiendo como si alguien me estuviera observando. Estúpido, ¿verdad? No podría estar más lejos de la idea de civilización de nuestro primo Arlon, pero aun así no he podido quitarme la idea de la cabeza.*

*Mañana emprenderemos la subida. El tiempo parece bueno y hemos realizado varias subidas hasta los campamentos uno, dos y tres para ir aclimatándonos a la atmósfera. Me alegro de que mañana volvamos a subir.*

*El Everest tiene una curiosa forma de hacer que nuestros problemas humanos empequeñezcan hasta parecer insignificantes. Eso es lo que necesito ahora.*

*Sé que te estoy cargando con una gran responsabilidad pero si no detenemos a Arlon en su camino a la destrucción de la compañía, mucha gente perderá su empleo. Papá debe de estar retorciéndose en la tumba porque, si algo le importaba, era la empresa que levantó de la nada. Aunque lo que realmente quería eran hijos, no hijas.*

*Te llamaré en cuanto descendamos de la cumbre. Podemos ir juntas a por los papeles al banco y entregarlos a las autoridades. Tal vez, podríamos avisarlos antes y conseguir que nos acompañaran al banco.*

*Cuídate, y lo digo de verdad. A Maddie le dispararon por la espalda.*

*Tu hermana que te quiere,*

*Atlanta*

# Capítulo 1

*Namche Bazaar*

*Mayo*

Chelsea veía cómo el guía desviaba la mirada para no mirarla a los ojos.

—Lo siento, señora Tedman, no puedo ayudarla. Tiene que preguntar por Kurt Jellic, de Expediciones Aoraki. Él es quien sabe dónde están los cuerpos... —la sonrisa pretendidamente cómplice de Basie Serfontien titubeó.

—Gracias por su ayuda.

Chelsea se dio la vuelta para evitar que Serfontien, el último guía en su lista, pudiera ver el temblor que agitaba sus labios. Nada. Seguía sin conseguir nada.

No quería tener que suplicar a ninguno de aquellos rudos hombres; sólo le quedaba una esperanza, Kurt Jellic. Intentó sonreír pero sólo consiguió una mueca de dolor antes de darse la vuelta de nuevo.

—Y supongo que ninguno de ustedes sabe donde está, ¿verdad? Nadie parece haberlo visto en los últimos días.

Tanto el guía como el resto de su equipo negó con la cabeza.

Era la quinta vez que pedía un guía que la acompañara hasta la cima del Everest. Había oído rumores sobre Jellic y le daba la sensación de que la estaban retando a que lo encontrara, como si ellos supieran algo que ella no. Tenía muy mal aspecto. Por lo que a ella se refería, aquel hombre podía ser el hermano perdido de Frankenstein. Lo único que le importaba era que la llevara hasta el lugar en que el último miembro que quedaba de su familia, su

hermana, Atlanta Chaplin, había muerto.

El accidente había ocurrido unos días después de que recibiera la carta. No habían alcanzado la cumbre tal como esperaban y, aunque eso no parecía tener importancia en ese momento, deseaba que Atlanta y Bill hubieran conseguido hacer realidad su sueño antes de morir.

Llevaba la carta de Atlanta en el bolsillo interior de la chaqueta, junto al corazón, como si eso pudiera cambiar el pasado. La noche que escuchó la noticia en la televisión, se había negado a creerlo. Los cuerpos no habían sido recuperados. Sin perder la esperanza de recibir alguna noticia, se había puesto a hacer la maleta rumbo a Namche Bazaar.

Llegó a Nepal y desde allí tomó camino desde Lukla a Namche Bazaar pero la esperanza ya no era una opción. Tocó la carta a través de su anorak. El papel estaba muy sobado.

Estaba harta de recibir siempre la misma respuesta: «Siento mucho lo ocurrido a Bill y Atlanta. Eran una pareja muy simpática, pero no podemos hacer que los grupos se desvíen para ayudarla a encontrar sus cuerpos. Con quien tiene que hablar es con Kurt Jellic».

El hombre invisible. Comenzaba a tener la sensación de que le estaban dando largas. Chelsea giró sobre los talones, los hombros hundidos por la decepción, y cuando ya se dirigía hacia el hotel, alguien le tocó el codo.

—Perdone, señora —dijo una voz.

Chelsea se giró. A su lado, la joven que la había tocado bajaba la mirada avergonzada. Era muy bella, con la piel suave y muy lustrosa. Era una pena que la ruda vida en las montañas no tardaría en hacer estragos en aquellos rasgos perfectos.

—*Namaste* —saludó la joven con delicioso acento.

—*Namaste* —Chelsea repitió el saludo que significaba «yo saludo todas las cualidades divinas que hay en ti».

La joven sherpa no desentonaba en el ambiente de aquel pueblo

de montaña al contrario que Chelsea y su ropa de montaña comprada en París. Era la primera vez que subía a una montaña en su vida.

Pero no le importaba. Estaba decidida a escalar la más alta o, al menos, parte de ella. Dejaría la cumbre para los que realmente disfrutaban con aquellas cosas. Ella sólo quería encontrar a su hermana.

—Me llamo Kora. Yo sé donde está Kurt sa'b. Lo vi ayer.

—¿De veras? —dijo Chelsea conteniendo la respiración esperanzada.

La chica asintió con la cabeza un par de veces aunque en realidad todo su cuerpo se sacudió con el movimiento así como sus ropas multicolores.

—Mi hermano, Sherpa Rei, trabaja para él.

Chelsea no pudo evitar sonreír.

—Bien. ¿Y cómo es? ¿Qué clase de hombre es?

—Kurt sa'b es un hombre grande, muy grande —dijo Kora haciendo un gesto con los brazos, pero Chelsea no estaba muy segura de cómo tomárselo: sería su estatura o su ego lo que impresionaba tanto a aquella joven. Aun así, estaba demasiado emocionada.

—¿Y dónde vive Kurt sa'b? ¿Podrías llevarme hasta allí?

—Ahora vive en la taberna de la parte vieja del pueblo.

¿La antigua aldea? Chelsea miró a su alrededor. Aunque se encontraban a las afueras de un mercadillo demasiado cercano a la ladera de la montaña, ninguna de las construcciones al otro lado parecía excesivamente vieja. Suponía que Namche Bazaar debía de haber sido en sus comienzos una pequeña aldea construida en lo alto de la montaña cuya paz había quedado destruida por las hordas de visitantes que se acercaban dispuestos a probar sus habilidades como escaladores.

La chica asintió.

—Kora puede mostrarte el camino.

—Estupendo. ¿Podemos ir ahora mismo?

—Claro —dijo la chica sonriendo y dejando a la vista unos preciosos hoyuelos—. Sígame, señora. Es por aquí.

Los mercadillos eran el indicador más fiable de la cultura de un país, sobre todo por la comida. Los aromas eran muy diferentes a los de París, donde siempre olía a pan y dulces recién hechos. Pasaron delante de un puesto en el que servían carne fuertemente especiada y, a pesar de la prisa, Chelsea notó que la boca se le hacía agua. No había comido nada desde el desayuno en su afán por encontrar un guía.

En cualquier otro momento habría dejado que los sonidos del mercado la inundaran. Siempre lo hacía cuando llegaba a un sitio nuevo. Los sonidos y los aromas le servían para memorizar el lugar. Pero aquella pequeña chica andaba deprisa entre la multitud y Chelsea no podía perder paso. Trató de ignorar el murmullo de voces que llegaba hasta ella aunque el sonido de las campanillas que pendían de todos los puestos con el fin de espantar a los demonios la atraía fuertemente, como pajarillos que trinaban con alegría. El sonido era encantador. Le recordaban el canario que Atlanta le había regalado en su quinto cumpleaños.

«¿Por qué no pudo esperarme?».

Durante toda su vida, su hermana había huido a lugares a los que Chelsea no había podido seguirla.

La calle desembocó en una pequeña plaza dominada por un templo budista. Pequeñas banderolas de oración aleteaban movidas por la brisa exhalando el embriagador aroma a incienso con el que estaban perfumadas.

Chelsea pensó si sería otro acto supersticioso para mantener alejados a los malos espíritus, aunque estaba segura de que servirían tan poco como sus propias oraciones. Había rezado por Maddie tras recibir la carta de Atlanta. La conocía desde que eran pequeñas y sabía que era incapaz de hacer daño a una mosca. No merecía morir.

Chelsea había hablado con el detective encargado del caso pero no había conseguido ninguna información de valor. Era como si la muerte de una mujer ya no fuera importante.

Rezar allí era inútil. Aquella montaña había matado todas sus esperanzas de reencuentro con Atlanta para corregir los errores del pasado.

Sin embargo, tenía que encontrar el cuerpo de su hermana y la llave. Demasiadas grandes compañías americanas se habían hundido en los últimos tiempos como consecuencia de una mala contabilidad y lo mismo le ocurriría a la de su padre. A menos que encontrara lo que había en aquella caja fuerte. Los resultados del último trimestre habían sido malos pero si Maddie tenía razón, ella tenía que encontrar la prueba que incriminara a su primo Arlon.

Kurt observó con los ojos entreabiertos el estado de sus finanzas en su pequeño libro de cuentas. Tenía que conseguir un trabajo pronto o su negocio estaría en números rojos. Le había costado sesenta y cinco mil dólares contribuir a instalar vías y puentes de aluminio colocados por la asociación de sherpas a comienzos de temporada. Si no lo contrataban pronto para una expedición...

El pago por adelantado que había recibido de los Chaplin, que eran clientes pero también amigos, se había esfumado hacía tiempo y no iba a ser tan cretino como para exigir el resto del pago después de haber muerto estando a su cargo. Se aclaró la garganta como si así pudiera deshacerse de los rumores que habían estado circulando desde que bajara de la montaña sin Bill y Atlanta.

El juez local no había levantado cargos contra él porque no se podía demostrar nada. Lo único que tenían era su palabra pero en una sociedad tan compacta como aquélla, una vez que un rumor se extendía, era difícil hacerlo desaparecer.

Si diera con el malnacido que lo había iniciado... Su familia sabía muy bien cómo una vida podía destruirse por los rumores; cuando su padre murió, sus hermanos y él tuvieron que vivir con ello. Aún

trataban de conseguirlo.

Levantó la vista del cuaderno rayado y se dio cuenta de que la culpable de la mala salud de sus ojos era la escasez de luz. A las cinco y media de la tarde, su habitación del último piso se inundaba de una luz grisácea mientras el sol se ponía tras el Himalaya. Cerró el libro de golpe y el sonido retumbó en la habitación silenciosa.

Kurt se restregó la cara con las manos y se pasó los dedos por el pelo revuelto. Necesitaba un afeitado, aunque ¿para qué? No tenía que impresionar a nadie. Los clientes no se acercaban.

Se levantó del suelo y se estiró hasta tocar con la punta de los dedos una viga del techo. La habitación abuhardillada lo obligaba a permanecer en un extremo si quería estar de pie y tenía que prestar atención para no darse en la cabeza cuando comenzaba a bajar la escalera.

Buscó en los bolsillos las cerillas. Era hora de encender las lámparas si no quería ir tropezándose con los muebles y sus cosas.

El crujido de madera lo sorprendió. El sonido retumbaba en el silencio. Lo reconocía. Era el ruido que hacía uno de los escalones, el quinto, antes de llegar a la puerta de su habitación.

Deslizó la mano hasta el cuchillo que colgaba de su cinturón. Lo sacó de la funda mientras se acercaba a la puerta sin hacer ruido.

Le habían robado dos veces desde que vivía en la buhardilla de la taberna. La puerta no tenía cerrojo y él no llevaba nada de valor encima. Estaba esperando que el intruso llegara al penúltimo escalón, uno que también crujía, pero debía de haber subido los escalones de dos en dos porque no crujió y en ese momento tocaron en la puerta, que se abrió a pesar de lo ligero del toque. Aquella puerta no sólo no tenía cerrojo sino que el cierre no agarraba bien y la puerta se abría a la más ligera presión.

No escuchó un saludo, ni un «¿hay alguien ahí?». La puerta se abrió más mientras él quedaba oculto tras ella. Las pisadas eran leves, típicas de las gentes de pequeña estatura de aquel país. Dejó

que el intruso diera un par de pasos hasta el interior de la habitación y, entonces, con el cuchillo en una mano salió de detrás de la puerta y lo sujetó por la espalda.

—No te muevas. Tengo un cuchillo presionando contra tu cuello.

El intruso dejó escapar un agudo chillido. Kurt estuvo a punto de dejar caer el cuchillo cuando notó que un codo se le hundía entre las costillas. Por si el codazo no le hubiera dejado claro que el intruso era más alto de lo que creía, el pecho que tenía bajo sus manos era el de una mujer.

Hacía mucho tiempo que no tocaba a una, tanto que la palma de su mano ardía con el contacto de aquella parte del cuerpo femenino, suave y voluptuosa, a pesar de que iba cubierta de varias capas de ropa. Sorprendido por la excitación, tomó aire y un aroma floral inundó sus fosas nasales nublándole la razón y haciendo que la apretara contra sí, sólo una vez.

La mujer le dio un fuerte pisotón con su bota en el pie descalzo arrancándole un grito que le hizo tomar conciencia del segundo error que había cometido. El forcejeo la estaba acercando peligrosamente al filo del cuchillo. Kurt lo tiró para no lastimarla y antes de oír el tintineo de la hoja golpeando el suelo, consiguió sujetar a la mujer firmemente.

—Cálmese, cálmese. No voy a hacerle daño.

—Me alegro de que lo diga ahora que he conseguido que suelte el cuchillo —se jactó ella.

Al menos, ya sabía que era americana. Y se retorció un poco más frotando involuntariamente su trasero contra el cuerpo de él, cuya reacción no se hizo esperar.

—Lo he tirado adrede —gruñó él sin poder ocultar la indignación por que aquella mujer no le hubiera agradecido su acto de caballeridad.

—Eso dice ahora.

Notó que los glúteos de la mujer se tensaban contra su cuerpo

cuando levantó de nuevo la rodilla, pero estaba demasiado ocupado abriendo las piernas para evitar un nuevo pisotón como para disfrutar de la sensación. La mujer dejó caer el pie, que golpeó con fuerza el suelo, y fue entonces cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando.

—Suélteme, asqueroso...

Kurt tensó los brazos sosteniendo a la mujer, que se debatía con fuerzas renovadas. La situación se estaba descontrolando. Deslizó los brazos un poco sin soltarla y la tomó en brazos. El lugar más blando de la habitación era la cama y allí se dirigió con ella.

La dejó caer sobre ella y la mujer retrocedió hasta la cabecera empujándose con los pies.

—Aléjese de mí. Sé karate. No pienso dejar que me viole.

—Es una pena que no pasara de la lección número uno en la que debieron enseñarle cómo pisar el pie de su oponente. Y ya que hablamos de ello, ¿quién ha sido la que ha entrado sin avisar en mi habitación? Créame, no podría estar más segura en otro sitio. No me apetece mucho tener sexo con una fiera.

—Y sería afortunado.

—¡Alto ahí! Ni una palabra más. Si va a acusarme de intentar violarla, y créame que últimamente se me ha acusado de cosas peores, me gustaría mirar a los ojos a la persona que me acusa —y esta vez encontró las cerillas y encendió una pero apenas rasgaba la oscuridad que se había apoderado de la habitación. A la luz de la cerilla, el bulto que había sobre la cama podía ser una mujer o un hombre, aunque él no tenía duda de su sexo después de su contacto con ella.

—En realidad, no he oído nada de intento de violación, sólo...

Kurt se quedó de piedra.

—¿Sólo qué?

—Lo que se dice de los hombres como usted.

—A los hombres como yo no les gusta ir por ahí violando.

Era obvio que aquella mujer había oído los rumores que circulaban sobre él pero no esperaba que aquello la hiciera echarse atrás; así que o bien era una cobarde o necesitaba desesperadamente algo que él tenía, y desde luego le había dejado claro que no era su cuerpo. Apagó la cerilla de un soplido y dirigió su cólera hacia la mochila que había dejado en el suelo mandándola de una patada hasta la puerta para evitar que la mujer se marchara.

Estaba realmente enfadado. Aquella mujer se había estado frotando contra él y todavía se preguntaba por qué le había provocado esa excitación.

Kurt últimamente había estado hablando mucho consigo mismo, sobre todo después de que las personas a las que había creído amigas empezaran a evitarlo, como si estar cerca de él los hiciera igualmente culpables.

Sin darle la espalda, encendió con una cerilla las primeras dos lámparas de grasa de yak que bastaron para iluminar unas largas piernas enfundadas en vaqueros. Una tercera lámpara dejó a la vista la curva que formaban sus caderas. El anorak malva que llevaba respondía a una moda que ningún montañero que se preciara de serlo llevaría. Los numerosos pliegues ocultaban los pechos que él había palpado por error. Kurt sonrió ligeramente mientras encendía la cuarta lámpara.

Tenía el pelo negro, corto y despuntado, como las largas pestañas que enmarcaban unos grandes ojos grises que lo miraban como si fuera la encarnación del diablo. Como si ella también lo culpara a él de la muerte de Bill y Atlanta.

Y a veces él mismo se preguntaba si no lo sería.

Mientras la expresión de ella parecía incrustársele en la conciencia, algo en él le decía que no era desprecio precisamente el sentimiento que quería provocar en la mujer que había sobre su cama; pero no quería ahondar demasiado en ello en ese momento.

Cuando encendió la última lámpara, una de gas, la oscuridad

desapareció por completo de la buhardilla. Kurt se acercó a la cama y miró a su inesperada visita. Una expresión de advertencia brilló en los ojos de ésta mientras apretaba con fuerza el edredón que cubría la cama para evitar lanzársele al cuello.

—Hola. Soy Kurt Jellic. Y usted es...

—Hace un momento amenazaba con rebanarme el cuello y ahora se presenta como si estuviéramos en una fiesta —dijo Chelsea aprovechando lo que parecía ser una tregua para sentarse en una postura algo más digna.

—Lo siento —dijo él—. Se me han terminado los sándwich de pepino y el té pero puedo ofrecerle un *whisky*. Dicen que es bueno después de una situación de choque. Tal vez le haga recordar su nombre.

Chelsea lo miró y no le quedó ninguna duda de que aquel hombre la habría matado si hubiera sido necesario. Lo había observado mientras se movía por la habitación encendiendo las lámparas con movimientos llenos de precisión. Conforme la luz se iba haciendo más fuerte, había podido contemplar con detalle al hombre al que Bill y Atlanta habían confiado sus vidas para subir al Everest y bajar de ella con vida.

¿Qué había ocurrido entonces? Sí, habían resbalado y se habían caído. Recordaba haber oído la palabra «accidente» junto con «abandono». Kurt Jellic estaba con ellos y, como muchos otros, se preguntaba cómo había logrado sobrevivir él.

Kurt la miró con las cejas arqueadas en un gesto expectante. Los blancos dientes relucían en el centro de un rostro cubierto de la sombra oscura de la barba de cuatro días que las estrellas de cine solían llevar en un intento por mantenerse en el anonimato. Unos ilegibles ojos oscuros enmarcados por unas cejas también oscuras dominaban su rostro delgado.

—No, no tengo problemas para recordar mi nombre. Me llamo Chelsea Tedman.

Chelsea se detuvo a la espera de alguna reacción por parte de él aunque tampoco se sorprendió mucho al no recibirla. ¿Por qué razón mencionaría Atlanta a su hermana pequeña, a la que no había vuelto a ver desde que ésta entró en el instituto?

Kurt rodeó un montón de cuerdas de color rojo y amarillo que había en el suelo delante de una cómoda y sacó una botella. La luz de la lámpara de aceite evidenció el líquido ambarino que contenía. Sólo quedaban unos dedos de su contenido y Chelsea se preguntó si sería alcohólico. Sería lo último que necesitaba.

—Y ahora que ya nos hemos ocupado de las formalidades, ¿cómo tomas el *whisky*? ¿Solo o solo?

—En un vaso.

Kurt volvió a poner de pie la botella haciendo oscilar el líquido y sacó un vaso que examinó antes de ofrecérselo, pero lo que vio no le agradó en exceso.

Chelsea se atragantó por la sorpresa que le causó ver cómo el hombre se sacaba los picos de la camisa de cuadros que llevaba y procedía a limpiar el interior del vaso. Kurt se percató del gesto horrorizado de Chelsea.

—¿Qué esperabas? —dijo Kurt con una sonrisa de bochorno que le daba una apariencia casi infantil—. Esto no es el Ritz. No hay servicio de habitaciones. O usas lo que tienes a mano o tomarás el *whisky* bajo una capa de polvo.

Aparentemente satisfecho con su esfuerzo limpiador, vertió la bebida en el vaso y, abriendo un cajón de la cómoda, sacó una taza de plástico azul y vació el resto del *whisky*.

La naturaleza maniática de Chelsea la hacía dudar a pesar de que el alcohol era un antiséptico.

—¿Te tranquilizaría saber que me he puesto esta camisa limpia hace menos de dos horas? —dijo él mientras levantaba su taza a modo de brindis—. Además, tú fuiste la que insistió en un vaso.

Tomó el vaso por el borde temerosa de rozar cualquier parte del

cuerpo de aquel hombre cuyo calor sexual la había abrasado.

No era que le estuviera dejando ver que se estaba comportando como una mema, pero ella se sentía como tal. No pudo evitar preguntarse cómo había llegado a aquella situación. Atlanta había sido una niña delicada mientras que ella había sido siempre un chico. Su hermana había tomado clases de piano y ballet mientras que ella había disfrutado más montando a caballo y jugando al baloncesto. Ya a los trece años era más alta que su hermana mayor y en la boda de ésta ella había sido una dama de honor desgarbada a la que habían tenido que obligar a ponerse un vestido para ello.

¿Cuándo se habían cambiado los papeles? Atlanta pasaba la vida en las montañas vestida con botas y anorak mientras que ella asistía al ballet en París vestida a la última moda. Se paseaba por París disfrutando de la vida, jugando a ser traductora en la embajada americana. Bueno, en realidad ése era su trabajo, aunque a decir verdad, su despacho estaba en el sótano de la embajada donde traducía secretos de estado por los que muchos terroristas estarían dispuestos a dar la vida. Eso si llegaban a saber de la existencia del CISI, Centro de Inteligencia para la Seguridad Internacional. Jason Hart, su jefe y creador del centro, había tomado medidas de seguridad extremas para mantenerlo en el anonimato.

—*Sláinte* —dijo Kurt haciendo chocar los vasos.

—Salud —dijo ella dando un sorbo que le abrasó la garganta mientras se sonrojaba cuando notó que Kurt se sentaba en el borde de la cama haciendo que el colchón cediera. Sabía que el rubor no se debía al alcohol. Hacía mucho tiempo que no dejaba caer la guardia lo suficiente como para estar tan cerca de un hombre en una cama, aunque estuvieran vestidos.

—¿Y qué es lo que te trae por estos lares, Chelsea Tedman?

—Quiero subir al Everest.

—¿Y? —dijo él con los ojos brillantes.

—Me han dicho que tú eres el guía perfecto.

Kurt frunció el ceño, una sombra cubrió sus ojos y su expresión se endureció.

—¿Entonces sólo Expediciones Aoraki puede guiarte?

—Hay otros pero me han dicho que tú estabas disponible.

Dio un sorbo de la taza pero si lo hacía para ocultar sus sentimientos no le estaba dando resultado. No había nada enigmático en la mueca que formaba su boca ni en la manera en que su nariz se expandía cada vez que inspiraba profundamente.

—¿Y te han dicho por qué?

—No ha sido necesario. Soy la hermana de Atlanta Chaplin y sé que tú fuiste su guía hacia la cumbre del Everest.

Una mezcla entre un gemido y un gruñido afloró a los labios de Kurt al tiempo que se ponía en pie inclinando el hombro hacia ella en el movimiento. Ella hubiera preferido que se hubiera quedado donde estaba. La mirada que le dirigió no auguraba nada bueno.

Fue un alivio notar que dejaba de mirarla mientras se disponía a apurar la taza. Cuando terminó, se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Veo que no tenías prisa por contármelo. Entonces, ¿qué será, duelo con pistolas al amanecer, me empujarás por un precipicio en un descuido o harás que tu abogado me ponga una demanda? Te advierto que no conseguirás mucho. Todo lo que poseo está empaquetado en un cobertizo destartalado en Aoraki, Nueva Zelanda, y ya te aviso que nada es de gran valor.

—No tengo intención de demandarte. ¿Acaso crees que soy tan estúpida como para no haber revisado el expediente del caso en el juzgado local? No soy tan tonta como parezco.

—Eso desde luego, porque de no ser así no estarías aquí.

—Lo tomaré como un cumplido aunque en este momento poco me importa que pienses que tengo dientes de conejo y soy bizca. Lo único que quiero es que me ayudes a recuperar el cuerpo de mi hermana.

—No estoy muy seguro de que eso vaya a ser posible. Aun en el caso de que llegáramos al punto en el que se encuentran, transportarlos desde allí es casi imposible. Todo lo que se sube o se baja de la montaña se hace con sherpas. Se necesitan las dos manos para escalar. Además, muchos sherpas creen que los cuerpos de los montañeros muertos deberían permanecer con la diosa montaña.

Chelsea se acercó al borde de la cama. Tenía un aspecto estúpido sujetando el vaso pero aquello no la disuadió, especialmente cuando el hombre estaba considerando su propuesta.

—Dámelo —dijo Kurt tomando el vaso de la mano de ella mientras ésta se levantaba de la cama.

Chelsea permaneció frente a él y entonces se percató de lo alto que era.

—No pareces un hombre supersticioso.

—Y no lo soy, pero sí soy cuidadoso. Un montañero no puede andar por la montaña como alma que lleva el diablo. No se puede ir alocadamente por la montaña.

—Bien. No hay en mí ni un ápice de superstición —dijo ella y Kurt recorrió su cuerpo con una mirada encendida que la hizo pensar en cómo su mano la había sostenido por el pecho al entrar por la puerta. Aun sintiendo miedo por su vida no había podido evitar reparar en la calidad sexual del contacto ni en la forma en que su pecho se adaptaba al tamaño de la mano de él.

Kurt dio un sorbo al vaso de Chelsea pero ésta no se atrevió a decir ni hacer nada que pudiera reducir el poder persuasivo del *whisky*. A pesar de sus muchas faltas, su padre había hecho un buen trabajo en la educación de sus hijas.

—No te saldrá barato. Si logramos recuperar los cuerpos, necesitaremos un gran equipo de sherpas para formar una cadena y poder bajarlos hasta aquí.

—El dinero no es problema. Lo único que me importa es llevar a mi hermana a casa —dijo ella.

A Chelsea se le antojó que tal afirmación sonó demasiado ostentosa, un golpetazo sobre el tejado metálico de aquella buhardilla en la que el dinero era, obviamente, escaso.

No perdió de vista a Kurt a la espera de encontrar algún indicio de que él pensaba lo mismo. Éste se pasó la lengua por los dientes mientras consideraba la situación. Entonces, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que tenía en la mano el vaso de ella, se lo ofreció.

—No, puedes terminarlo —dijo ella con frialdad—. Yo lo prefiero con soda.

—De acuerdo. Quiero que estés preparada para dentro de una semana o un poco más mientras lo organizo todo. ¿Dónde te hospedas?

—En el hotel Cumbres.

Kurt Jellic se limitó a arquear una ceja dándole a entender que ése era el hotel más caro de la zona de Namche Bazaar.

—¿Has escalado alguna vez con Atlanta y Bill? Será mejor que me digas la experiencia que tienes —dijo él expectante.

—No. Nunca he salido a escalar con ellos. No nos veíamos tan a menudo. Yo vivo en París y... bueno, ya sabes dónde vivían ellos.

—¿Entonces dónde? ¿Los Alpes franceses? ¿El Mont Blanc?

—Ninguno de los dos. Casi nunca salgo de París pero voy a un gimnasio que cuenta con un rocódromo y mis avances en ese terreno han sido rápidos.

Kurt dejó escapar un grito que recorrió la buhardilla, sacudiendo las paredes a su paso y resonando en los oídos de Chelsea una y otra vez. ¿Qué sabía él? Chelsea había alcanzado nivel de experta en su centro.

—¿Un rocódromo? —logró preguntar finalmente—. Verdaderamente tienes valor, pero no voy a subir a una principiante al Everest. Mi reputación ya está bastante deteriorada. Sería mi fin si aceptara subir a alguien tan inexperto. Fue muy duro perder a tu

hermana y a tu cuñado. Si perdiera a una tercera persona no podría soportarlo.

—Pero...

—No. No intentes convencerme, ni hacerme ojitos. Si crees que eso resultará conmigo, entonces sí que eres más tonta de lo que pareces.

## Capítulo 2

Dejó que Kurt la acompañara a la salida contenta por no tener que bajar sola por la escalera a oscuras.

Antes de salir, Kurt había tomado su anorak rojo, un color muy apropiado para ser reconocido sobre la nieve blanca. Chelsea se había dado cuenta de la manera en que el hombre adaptaba su flexible cuerpo para salir sin rozar el marco de la puerta.

Como le había dicho Kora, se trataba de un hombre grande.

Cada pocos pasos, Kurt se detenía para encender una de las pequeñas lámparas dispuestas en pequeñas cavidades a lo largo de la pared.

Al subir, Chelsea no había reparado en la inclinación tan aguda de las escaleras y no quería perder el equilibrio. No conseguiría convencerlo para que la llevara a la cima de la montaña si le hacía creer que ni siquiera podía apañárselas con unas simples escaleras.

No tenía sentido pensar que haciéndole beber alcohol lo convencería. Tendría que recurrir a sus encantos femeninos. Así que cuadró los hombros y a continuación lo miró. Los suyos eran anchos, fuertes y muy masculinos.

Kurt llegó a la puerta verde por la que se accedía a la taberna por la que Chelsea había pasado un rato antes.

Kora le había preguntado al hombre del bar dónde podía encontrar a Kurt y después se había ido corriendo llevando entre los dedos la propina que Chelsea le había dado y una sonrisa en los labios. Una minucia por encontrar al único hombre de Namche Bazaar que podía ayudarla. Kurt tomó el pomo de la puerta pero se giró hacia ella y se hizo a un lado para dejarla pasar primero.

—Después de ti.

Los huesos de las mejillas creaban un efecto de sombra en el rostro delgado de Kurt pero Chelsea veía que, a pesar de ello, era un hombre fuerte. Un hombre, le decía un vocecita interior, que parecía verlo todo blanco o negro, bueno o malo, pero alguien que no iba a ponerla en peligro por mucho que insistiera. Tendría que ser muy cuidadosa para no situarse en el «lado» de las cosas malas según su baremo. Ahora sabía que siempre llevaba un cuchillo y que sabía cómo usarlo. Aparte de eso, haría lo que fuera para convencerlo. Implorarle, engatusarlo, seducirlo.

Tenía que describir un plan. Había demasiadas cosas en juego.

Las paredes del interior de la taberna, al igual que la fachada exterior, estaban encaladas, excepto la zona de la chimenea, ennegrecida por el humo. Alguien había encendido el fuego desde que ella entrara por primera vez con Kora, y el lugar le parecía sacado de una película de Indiana Jones. Una hilera de lámparas de aceite de yak dispuestas a lo largo de una delgada estantería que cubría unas tres cuartas partes del recinto lanzaban débiles destellos entre la oscuridad. Chelsea esperaba que, de un momento a otro, se abriera la puerta principal y entrara Indy con su látigo dispuesto a salvar al mundo.

De pronto, la idea le pareció graciosa. Ella había ido a Nepal con la esperanza de encontrar a un hombre que la ayudara a salvar su propio mundo, pero ¿sería Kurt Jellic ese hombre?

La puerta se cerró y Kurt quedó muy cerca de ella, tanto que pudo sentir el rumor de sus palabras en las costillas que tenía pegadas a su espalda.

—¿Se corresponde con tus expectativas?

—No sé si tenía expectativas, pero desde luego es algo más. Sólo estoy acostumbrándome a la luz, o a la falta de ella más bien. No quiero caerme.

—Quédate a mi lado —respondió él y su aliento en el cuello le

provocó un escalofrío que Kurt, por supuesto, notó—. Si tienes frío podemos acercarnos a la chimenea.

—No, gracias. Mejor quedémonos en el centro. Cerca de la chimenea empezaría a sudar al rato y tendría que buscar un sitio menos cálido.

Kurt entrecerró los ojos mientras observaba a los hombres que se arracimaban alrededor de las mesas.

—No creo que le importe a nadie, pero para estar más seguros podemos sentarnos a la mesa de la esquina.

Conforme se acercaban a la mesa, una ráfaga de viento se coló por la chimenea, metiendo en la habitación una bocanada de humo que contribuyó a aumentar la humareda ya causada por los ancianos que fumaban en pipa.

—Veo que en esta parte del pueblo no hay electricidad.

—¿Tienes miedo de la oscuridad?

Chelsea se giró dispuesta a responder y se encontró con la profunda mirada de Kurt que parecía ocultar una pregunta que ella no sabía cómo responder. Aún. Parpadeó sorprendida tratando de fingir no darse cuenta de que aquel hombre era un depredador y sólo una mujer muy valiente o muy estúpida se atrevería a entrar en su territorio creyendo que podría salir ilesa.

Chelsea sólo esperaba que mereciera la pena.

Su mirada se deslizó hacia la boca del hombre. Se mordió el labio y reprimió las ganas de reír. Ahora le tocaba ver qué era ella, una estúpida o una mujer que trataba de conseguir un objetivo.

—Siéntate cerca de la pared y disfruta de la vista —dijo Kurt apoyando una mano en el hombro de ella y sonriéndole con una mueca.

Chelsea obedeció y echó un vistazo a la taberna. La vista se componía de hombres bastos y no todos eran sherpas ni nepalíes. Había un hombre enorme con aspecto de ruso que llevaba un gorro de piel. Kurt esperó hasta que estuvo sentada.

—¿Qué quieres tomar? ¿Tienes hambre?

—*Whisky*, con agua esta vez porque no creo que tengan soda. Y comeré lo mismo que tú. Me muero de hambre.

—Ten cuidado con lo que desees. Veré si tienen algo de cordero o *kebab*.

Kurt se alejó hacia el bar. El hombre que había tras la barra era casi tan alto como él pero era igualmente fuerte y tenía un cuello enorme. En cuanto se orientó en aquel lugar, se dio cuenta de un humo azul que salía de una puerta que había detrás del bar. Visto desde allí por encima de la cabeza oscura de Kurt parecía como si éste estuviera cubierto de un halo. Como si fuera un ángel oscuro, aunque pensándolo mejor, no había nada de angelical en aquel hombre. Demasiado grande, demasiado rudo, demasiado... abrumador.

Antes, en las escaleras, cuando se había dado la vuelta y la había mirado, Chelsea había tenido la sensación de que podía leer lo que pensaba, de que podía ver dentro de ella, más allá de la máscara que siempre llevaba para proteger a la mujer real. Se preguntaba si podría confiar en él y contarle la verdad de su búsqueda, que no sólo deseaba devolver a su hogar el cuerpo de su hermana sino que también necesitaba encontrar la llave que Atlanta llevaba alrededor del cuello.

Mala idea. Atlanta ni siquiera se lo había contado a Bill pero ¿qué pasaría si alguien lo descubría? Su hermana no creía que la muerte de Maddie fuera una coincidencia y dos muertes más dejaban de ser coincidencia definitivamente. Había utilizado los archivos del CISI para averiguar si el hombre tenía antecedentes pero había salido limpio aunque no podía decirse lo mismo de su padre. Afortunadamente, ella no era de las que creía que «de tal palo tal astilla». Si no, ahí estaba el ejemplo de su propio padre, Charles Tedman.

Chelsea inspiró profundamente saboreando en el acto los olores

de la habitación. Aparte de la grasa que ardía en las lámparas y el tabaco, llegó a su nariz el olor de la carne a la brasa y se le hizo la boca agua. ¿Terminarían la comida y la bebida con sus posibilidades de convencer a Kurt Jellic?

Kurt regresó de la barra con una botella de *whisky*, dos vasos y una jarra de agua. Aunque había sido suya la idea de invitarla a una bebida en el bar y algo de comer, su rápido consentimiento despertó sus sospechas. No era lo que esperaba después de reírse de su experiencia como escaladora. Sin embargo, nada más sugerirlo, ella había asentido diciendo lo hambrienta que estaba.

Empezó a llenar los vasos. Chelsea le había asegurado que el bar no estaba mal a pesar de ser muy diferente al hotel en el que se hospedaba. Y eso fue lo que llamó la atención de Kurt. Nadie que él conociera solía frecuentar ese tipo de sitios.

—Salud —dijo Kurt levantando su vaso, a pesar de lo malo que era el *whisky*.

—Salud —dijo ella. Kurt pensó que aquella mujer tenía agallas porque le había servido tanto *whisky* que apenas si había sitio para un poco de agua.

Sacó una silla cerca de ella y estiró las piernas debajo de la mesa. Chelsea se vio obligada a retirar la suya un poco para escapar a la invasión de su espacio. Se había quitado el anorak malva y lo había colgado en el respaldo de la silla. El jersey negro que llevaba debajo, a pesar de estar hecho de gruesa lana, marcaba la silueta de un pecho generoso que no habría podido imaginar a pesar de haberlo palpado en la escaramuza de la habitación. Desde luego, su saludo no había sido tan políticamente correcto como lo habría sido un apretón de manos, pero había sido mucho más excitante.

Kurt se inclinó sobre ella mientras ésta bebía su *whisky* con cuidado.

—No te pareces a Atlanta. Nunca habría dicho que erais hermanas —dijo Kurt revolviéndole el cabello a la altura de la sien.

Lo tenía liso y era tan suave que escapaba entre sus dedos como si fuera agua—. ¿De dónde has heredado este pelo oscuro? Atlanta tenía una cabellera rubia y rizada.

Chelsea apenas pudo articular palabra mientras sentía la bebida bajar por su garganta.

—Mismo padre pero madres distintas. La madre de Atlanta murió en un accidente de coche y la mía no corrió una suerte muy diferente. Se cayó mientras montaba a caballo y se rompió el cuello.

—Con una historia como ésta, me pregunto si vuestro padre no os tendría entre algodones —dijo Kurt. Si Chelsea fuera suya, no la dejaría vagar por las montañas.

Se preguntó a qué habría venido un pensamiento así pero acabó por echarle la culpa al *whisky*.

—No sólo nos tuvo entre algodones, sino que se dedicó a manejar nuestras vidas. Nada era lo suficientemente bueno para nosotras siempre y cuando hiciéramos lo que él quería —dijo ella levantando la barbilla a continuación—. Yo era la rebelde, la inconformista, al contrario que Atlanta.

A Kurt no le pasó inadvertida la beligerancia que había en los ojos de la mujer. Era evidente que había en ella un resentimiento no superado. Lo reconoció fácilmente. Era la misma reacción que tenía su hermano gemelo, Kel, cada vez que se mencionaba el nombre de su padre. El problema del poderoso lazo que se establecía entre gemelos era que no se necesitaban palabras para saber lo que el otro estaba sintiendo.

Kel había sido el primero en llamarlo vía satélite. Kurt había tardado media hora escasa en llegar al campamento tres días tras la tragedia. Mareado por lo que había ocurrido, había tenido que sacar fuerzas para hablar con Rei, el jefe de su grupo de sherpas, y con Paul Nichols, el otro cliente que completaba su equipo. Nunca supo cómo Kel consiguió dar con él, aunque su hermano tenía muchos contactos gracias a su trabajo en la Agencia Internacional de Drogas.

—Debió de ser un impacto muy grande enterarte de su muerte — dijo con ternura aunque la rabia por lo que había ocurrido en la montaña aún lo perseguía. Nunca antes había tenido un accidente en una expedición. Apenas si podía creerlo, aunque no tenía más que cerrar los ojos cada noche para que la tragedia se repitiera en su mente.

Cada noche, en la oscuridad, las dudas lo asaltaban. ¿Podría haber hecho algo más? Dos valiosas vidas se habían perdido.

—Me enteré por la CNN. Siempre veo las noticias de la noche para estar al día con lo ocurre en casa —dijo ella con un profundo suspiro—. Dos o tres días antes de la tragedia, recibí una carta de mi hermana. Su muerte despertó un montón de sentimientos enterrados, además de la tristeza, claro. Habíamos planeado encontrarnos... en París —Chelsea agachó la cabeza, pero aun así Kurt pudo ver las lágrimas que se deslizaban por sus pestañas. Sabía que tenía que convencerla para que dejara en su empeño. Sería un suicidio subir a una montaña que no tenía piedad alguna. Tanto para un escalador novato como para alguien experimentado, bastaba un paso en falso para caer y encontrar una muerte segura.

El Everest no hacía prisioneros.

—Si hubiera alguna forma de poder ayudarte, lo haría, lo sabes ¿verdad? Seré sincero. Necesito el trabajo. Circulan muchos rumores por Namche Bazaar y ninguno es cierto —dijo Kurt poniendo la mano sobre la de ella encima de la mesa, aunque no sabía si para tranquilizarse o tranquilizarla a ella.

A pesar de no ser una mujer pequeña, su mano le pareció diminuta y delicada en comparación con la suya. La tentación de apretarla lo puso en tensión, un reflejo basado en los mismos instintos que lo habían llevado a comprobar la feminidad que exhalaba aquella mujer desde que entró de puntillas en su habitación.

—Hay una forma de ayudarme: dame la oportunidad de llevarme

a mi hermana a casa.

—¿Sigues teniendo hambre? Porque he pedido un buen montón de comida —dijo él cambiando de tema sin aviso.

Las lágrimas se secaron en las pestañas de Chelsea y Kurt tuvo la esperanza de haberla hecho cambiar de opinión respecto a subir a la montaña. Hacía mucho tiempo que no tenía oportunidad de hablar con una mujer, excepto con Atlanta. Desde que la conociera a ella y a Bill tres años antes, Atlanta había sido como una hermana, más que su propia hermana, Jo, a quien hacía años que no veía.

La diferencia entre Atlanta y Chelsea era que con la primera no había sentido jamás el íntimo cosquilleo sexual que sentía en ese momento. Una parte de él deseaba poder hacer realidad el deseo de la mujer y llevarla con él, no sólo por el dinero que ello pudiera suponer. Estaba prácticamente arruinado pero tenía unos hombros fuertes y sabía trabajar. Saldría adelante.

Chelsea liberó su mano y se llevó el vaso a los labios.

—¿Qué tipo de comida?

—Tiras de cordero a la barbacoa y pan de pita para envolverlas. Pensé que eso llenaría más que un simple *kebab*.

—Estupendo. Me parece que tengo hambre desde que llegué a Nepal —dijo ella dando un nuevo sorbo. Kurt habría jurado que el escalofrío que vio debía de haberle llegado hasta la punta de los dedos de los pies—. Será por el aire puro.

Kurt encontró otra sonrisa que le dedicó con verdadero placer mientras echaba un vistazo a la sala llena de humo.

—Eres fácil de satisfacer.

—En eso te equivocas. No estoy nada satisfecha y no lo estaré hasta que suba a esa montaña y recupere el cuerpo de mi hermana.

Kurt reconoció el tono de pobre niña rica en el eco que sobrevino cuando Chelsea golpeó la mesa con el vaso vacío.

Bill había sido buen amigo suyo. Un hombre rico sin contar con el dinero de su esposa, un hombre que no había pretendido nunca ser

mejor que los demás. Y al oír a Chelsea no le gustó nada que nunca lo mencionara.

—Me he dado cuenta de que sólo mencionas a tu hermana cuando hablas de recuperar el cuerpo. ¿Qué me dices de su marido? ¿Dónde encaja Bill en tu plan?

Había sido demasiado obvia. ¿Acaso Kurt había logrado leer sus pensamientos y ver la rencilla que había arrastrado durante quince años?

—Vale, me has pillado. Nunca me gustó Bill.

Kurt se apoyó contra el respaldo de su silla.

—¿Y por qué no te gustaba? Era un tipo estupendo, nunca le hizo daño a nadie.

—No es que quiera dejarlo allí arriba. Es sólo que Bill es el motivo de que Atlanta y yo nos distanciáramos. Con el beneplácito de mi padre, claro.

Aunque Kurt se había separado un poco, y ya no tenía las piernas estiradas debajo de la mesa, Chelsea se sintió aliviada cuando lo vio apoyar los codos en la mesa y jugar con el vaso en las manos.

—Me he perdido. Empieza por el principio porque tenemos que estar hablando de un hombre diferente. Bill era uno de los hombres más amables que he conocido.

Cuando abrió la boca para rebatirlo, Chelsea se dio cuenta de pronto. Se humedeció los labios pero las palabras no querían salir. Se acababa de dar cuenta de que la imagen que le estaba dando a Kurt no era muy agradable.

—¿Puedo tomar otro? —dijo señalando la botella.

—¿No crees que deberías esperar a que llegara la comida?

—No. Lo necesito ahora —dijo sosteniendo el vaso.

Kurt le sirvió y la miró a los ojos tras ello. Chelsea dio un gran sorbo pero el líquido ya no le quemaba la garganta. Era como si los dos primeros sorbos la hubieran anestesiado. Había oído que era posible contarle a un extraño lo que jamás te atreverías a contarle a

un amigo. En un momento de lucidez, se había dado cuenta de que no tenía muchos amigos que la hubieran escuchado sin utilizar la información después, lo que no decía mucho a su favor a la hora de buscar amigos. Era una pena que Kurt no tuviera pinta de cura. Se lo habría puesto mucho más fácil.

—Sólo tenía trece años cuando ellos se enamoraron y...

Se detuvo para reagrupar todos sus pensamientos. Aquello había sonado a excusa. Tenía que contárselo todo y desde el principio.

—Atlanta debía de tener cuatro años cuando nuestro padre se casó con mi madre. Habían tenido un noviazgo corto y supongo que ya estaba embarazada y por eso apresuraron las cosas porque fui un bebé prematuro... aunque a quién le importa que la boda se celebre por un embarazo en estos tiempos, excepto tal vez cuando eres argentina y vienes de una familia adinerada y orgullosa como mi madre. Creo que me quedé prendada de Atlanta en cuanto la vi por primera vez, a pesar de lo diferentes que éramos. Ella tenía una piel blanca y unos rizos dorados como los de una muñeca.

—Tú tampoco te quedas atrás en encantos.

Chelsea sonrió al recordar una imagen de su niñez.

—Era como mi pequeña mamá, siempre conmigo cuando despertaba. Mi madre era amazona y viajaba por todo el mundo participando en campeonatos de alto nivel. Se le daba mejor criar caballos que hijos.

—¿Entonces quién te crió? ¿Tenías una niñera? —preguntó él retirándole de la cara unos mechones de cabello que le impedían ver su rostro y Chelsea deseó que no lo hubiera hecho. Ya era bastante difícil estar allí, abriendo su alma a aquel extraño sin ver los gestos de lástima en el hombre.

Chelsea se obligó a no pensar en ello pero la forma en que Kurt le estaba rozando la oreja al retirarle el cabello le hizo sentir escalofríos. Notó cómo se sonrojaba y bajó la cabeza como si así pudiera ocultar su reacción al hombre.

—No, sólo había una interna que se ocupaba de la casa, y Atlanta. Cuando empecé a ir al colegio, ella tenía diez años y ya iba por la casa dándome órdenes, pero siempre estaba muy pendiente de que no me pasara nada. Yo era como una polilla negra en un campo de mariposas, demasiado exótica para la mayoría de las rubias de tez clara de Nueva Inglaterra con las que iba al colegio. Atlanta no tenía problemas. Su madre había sido una de ellas y papá tenía mucho dinero —sonrió como diciendo «pero mírame ahora. Sé arreglármelas sola», aunque estaba segura de que Kurt lo pensaba.

—Debías de volverlos locos.

—No creas. Recuerda que tenía a Atlanta.

—Yo tengo un hermano gemelo. Éramos idénticos, lo que hacía difícil saber quién era el culpable de las travesuras. Claro que si habíamos hecho algo grave, la abuela Glamuzina nos castigaba a los dos.

—Pobrecito —bromeó ella.

—No me malinterpretes, el castigo rara vez correspondía a la travesura. Pero estabas contando tu historia. ¿Qué ocurrió cuando tenías trece años?

—Atlanta se casó con Bill. Sólo tenía dieciocho años y Bill casi treinta. Dios, yo los cumpliré dentro de poco, pero para mí era casi un viejo y no podía entender que mi hermana amara a alguien tan mayor. Le echaba la culpa a nuestro padre. Sus dos esposas habían sido buenos partidos y sabía que si Bill hubiera sido pobre no lo habría dejado pasar de la puerta.

Chelsea se rio al recordar otra cosa. Otro sorbo de *whisky* calmó su garganta reseca. No podía recordar la última vez que había hablado tan seguido.

—Deberías haber visto a papá cuando se enteró de que Bill había decidido dejar de trabajar y vivir de lo que había ganado. Casi le da un ataque. No creo que él se haya tomado ni un solo día de vacaciones en su vida, excepto cuando se casó. Aunque supongo que

se podría decir que eso era parte del negocio. Gracias a Dios ninguna de las dos nos parecemos a él. Nuestro primo Arlon es lo más cercano a un hijo que tuvo —notó que el estómago se le contraía al recordar el motivo que la había llevado a Namche Bazaar, y a esa taberna, y a aquel hombre—. Claro que eso no hacía las cosas diferentes. Padre no quería dejar su dinero a nadie fuera de la familia más inmediata, ni siquiera a un primo.

Y ése era precisamente el problema. Un puesto bien remunerado no era suficiente para Arlon. Él lo quería todo.

Los ojos grises se volvieron opacos. Kurt se preguntó si tal vez no debería haberse negado a servirle esa última copa, pero Chelsea se animó cuando llegó la comida en una gran fuente de madera para los dos.

—Tonto el último —dijo Chelsea tomando un trozo de pan de pita y empezando a rellenarlo de carne—. Está muy caliente. Ten cuidado no te quemes los dedos.

—Las yemas de mis dedos son como de amianto. Eso es lo que se consigue después de pasar años escalando —dijo él tomando unas tiras de carne. Durante unos minutos lo único que hicieron fue masticar y relamerse.

—Mmm, esto es el cielo. No recuerdo la última vez que una comida me supo tan bien. Tengo que llevarme unas especias de éstas a casa. ¿Crees que podré comprarlas en el mercado?

—Imagino que sí. Venden casi de todo —dijo él mirando cómo Chelsea tomaba otra base de pan y empezaba a rellenarla de carne. Tenía una forma de comer muy sensual, sin mojigatería. Se lo metía en la boca y cortaba con sus blancos dientes con absoluto deleite riendo cuando la salsa le resbalaba por la barbilla. Kurt se sorprendió de su propia decepción cuando Chelsea sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la cara y las manos. No habría tenido que hacer más que pedirselo y él mismo le habría chupados los dedos hasta dejarlos limpios.

La sola idea hizo que se excitara y se alegró de que la mesa lo ocultara. Ya era bastante malo que aquella mujer supiera que con sólo frotar su trasero contra él bastaba para excitarlo como para contarle que también se excitaba viéndola comer. Era el momento de cambiar de tema.

—No has terminado tu historia. Dime qué hizo Bill para separaros a tu hermana y a ti además de ser un hombre mayor. Quiero decir, ahora tienes... ¿veintiocho, veintinueve años?, y yo paso de los treinta y cuatro. Mi ego está saliendo muy mal parado en lo que llevamos de conversación.

—De acuerdo —dijo ella dejando a medias el rollo de pan de pita y carne de cordero—. Seré breve y más sensible esta vez. Bill se la llevó lejos de mí y no volví a hablar con ella —dijo sin más—. Tal vez no debería haber comido tanto. Parece un castigo por la culpa. Yo era bastante bruja por entonces, muy cabezota. Después de aquello, me dediqué a hacer lo contrario que Atlanta. Montar a caballo y jugar al baloncesto en vez de ballet. Vamos, que me convertí en un chico. Mi padre estaba encantado. Pero no me importaba. No iba a dejar que me convirtiera en su perfecta niña para casarme con un viejo —Chelsea sintió la nariz húmeda y se limpió con el pañuelo manchado—. Aunque no tenía que preocuparme. Estoy muy lejos de ajustarme a los requisitos para ser una buena esposa... pero ésa es otra historia.

Kurt buscó en su bolsillo y le entregó otro pañuelo.

—Toma, usa éste. Está limpio —dijo él mirando el elegante jersey negro de Chelsea—. Y no te preocupes, no encajas precisamente en la imagen de chico.

—Sí que lo era. Paso mucho tiempo en el gimnasio. Soy fuerte. ¿Quieres tocar mis músculos? —dijo ella levantando un brazo.

—Paso. Gracias —dijo él retrocediendo al momento.

Lo que él quería era tocar mucho más que sus músculos, y si empezaba no podría parar. Por el encuentro que habían tenido, no recordaba que hubiera nada duro en ella. Su cuerpo era suave y

cálido y se adaptaba a él perfectamente.

No tenía sentido seguir por ese camino. Aun en el caso de que la atracción resultara mutua, el accidente siempre se interpondría entre ellos. El recuerdo de la tragedia era demasiado reciente para poder olvidarlo. Y parecía que ambos llevaban sobre sus espaldas una buena carga de culpa. Nada bueno para tener en común.

—Para tu información, soy bastante buena al baloncesto. Formamos un par de equipos en la embajada y jugamos al menos una vez al mes, para no olvidar nuestras raíces, ya sabes.

—¿La embajada? —dijo él como si fuera la primera vez que lo oía.

—Sí —dijo ella no sin orgullo—. Soy traductora de la embajada americana en París. Me gusta estar activa.

En el caso de que necesitara una razón más para no llevarla a la cima del Everest, ahí estaba. Puede que pareciera una desgraciada, sola en el mundo ahora que Atlanta había muerto, pero había conocido a algunas personas de esas que trabajan para una embajada y sabía que tendría más gente vigilándola de lo que se imaginaba.

Era hora de salir de allí. Hizo la pantomima de mirar el reloj y se sorprendió al ver que el tiempo había volado en compañía de Chelsea, más rápido de lo que le habría gustado.

—Se está haciendo tarde. Sería mejor que te acompañe al hotel —dijo, ante lo cual Chelsea respondió arqueando las cejas.

—No es necesario. Sé cuidar de mí misma.

—Sí es necesario. Puede que no te hayas dado cuenta de que ésta no es la zona más respetable de la ciudad. ¿Por qué crees que te di la bienvenida con un cuchillo? Me han robado dos veces y pillé a los ladrones otra vez cuando se disponían a ello.

—En ese caso acepto la compañía —dijo Chelsea al tiempo que se ponía el anorak malva y se subía la cremallera hasta el cuello. A pesar de que sus curvas quedaban ocultas por una prenda de corte similar a la que llevaba Kurt, le resultaba difícil imaginársela como un chico. No, Chelsea era una mujer de verdad. Y la pena era que no volvería a

verla.

Las calles carecían de iluminación casi por completo en aquella parte de la ciudad pero no iban a subir de nuevo a su habitación para buscar una linterna. Era demasiado peligroso. La sola idea de estar con ella en el minúsculo cuarto lo excitaba.

Estaba de suerte, sin embargo. Una luna casi llena brillaba en el cielo desprovisto de nubes.

—Agárrate a mi brazo. Es bastante incómodo caminar sobre estos adoquines —se ofreció Kurt dándose cuenta, al dejar que se acercara, de un aspecto masoquista de su personalidad no descubierto hasta el momento. Claro que él no decía que fuera inteligente. De haberlo sido, se habría despedido de ella en vez de invitarla a cenar. Menos mal que cuando la dejara en su hotel no volvería a verla.

—Kurt, no estoy dispuesta a rendirme tan pronto. Estoy segura de que si me dieras la oportunidad podría convencerte de que no seré una carga para ti. ¿Cuándo podemos vernos otra vez?

Y para su sorpresa, Kurt se escuchó diciendo:

—¿Comemos mañana?

## Capítulo 3

La yegua de Shank era el principal medio de transporte en Namche Bazaar y, por una vez, Kurt se alegraba de ello. El paseo le había dado tiempo para pensar en la negativa que pensaba darle a Chelsea en cuanto la viera. Se mantendría inflexible. No iba a permitir que lo pillara por sorpresa por la hiperexcitación y que lo dejara, de nuevo, en evidencia.

El problema era que realmente le gustaba aquella mujer. Más que gustarle la deseaba. Chelsea era algo a lo que no estaba acostumbrado. No podía recordar haber conocido antes a otra mujer tan endiabladamente intrigante.

Bastaba con recordar la forma en que se habían conocido. Las rudas presentaciones la habían hecho chillar de histeria. Su miembro se agitó al pensar en ello y sus labios se arquearon en una amarga sonrisa durante unos instantes.

—Demonios —dijo sacudiendo la cabeza pensando en el coraje que tenía aquella mujer.

Bromas aparte, no tenía intención de llevarla a la cima de la montaña. Ni remotamente. Nada de lo que Chelsea Tedman pudiera hacer lograría hacerlo cambiar de opinión. Había salido libre de cargos por el accidente. No tenía nada más que hacer al respecto.

Además, volver al campamento base con la hermana de Atlanta no haría sino echar más leña al fuego.

Giró en una esquina y comenzó a subir una rampa inclinada. El hotel Cumbres estaba en la zona más alta de la ciudad y desde sus balcones se divisaba todo Namche Bazaar. Eso era lo que tenían los hoteles de cinco estrellas.

—Eh, Kurt... Kurt Jellic.

Kurt se giró en redondo. Reconoció al momento la voz de Basie Serfontien y se detuvo para esperar a que lo alcanzara.

—¿Dónde has estado? Hay por ahí una mujer, no está nada mal. Quiere recuperar los cuerpos de los Chaplin. Que Dios la ayude. Le dije que tú eras el único guía que estaría libre.

«Y supongo que le dijiste por qué».

—No pasa nada, amigo. Me ha encontrado.

Sonriendo, Basie le palmeó el hombro.

—Es una buena noticia. Tienes que volver al ruedo.

—No si puede pasarme otra vez. Aún pienso en ello —dijo Kurt sacudiendo la cabeza.

—Bla, bla, bla. Estás loco si no lo haces. Es guapa. Y el dinero no es problema para una Tedman.

Kurt sacudió la cabeza. No podía pensar como Basie. Si un cliente tenía dinero pero ninguna experiencia, se limitaba a llamar a un par de sherpas más para hacer realidad el sueño del «quiero ser un montañero» y llegar a la cumbre.

—Probablemente te veré en el campamento base, de todas formas. Alguien tendrá que hacer algo más que dejar a los Chaplin en el hielo.

Y diciendo esto, Kurt se despidió de Basie y continuó su camino. El comentario del hombre de que Chelsea era guapa le hizo recordar la inquieta noche que había pasado. Habían sido horas en las que no había parado de imaginársela encima o debajo de él, piel contra piel, corazones desbocados en medio de un sexo desenfrenado.

Kurt dejó escapar un gemido que despertó una mirada de curiosidad en el hombre con quien se cruzaba en ese momento.

—¿Qué pasa, tío?

Turista. Australiano. Bastaba una mirada para distinguir a los verdaderos montañeros de los que sólo se hacían pasar por tales. Algunos de ellos llegaban al campamento base, contaminando el

preciado espacio de la falda de la montaña con sus desperdicios.

—Estoy bien. No te preocupes —dijo Kurt continuando camino. Era habitual encontrarse con pseudo montañeros y al momento se había olvidado de él.

Para volver a Chelsea.

Si no hubiera dicho que uno de sus pasatiempos era montar a caballo... La noche anterior había estado llena de fantasías eróticas sobre el tema. Aun así, no estaba tan ciego por la lujuria como para no darse cuenta de que sus sueños no eran más que visiones distorsionadas por el deseo ardiente.

No pasaría ni en un millón de años. Además, él no iba a dejar que ocurriera. Si ya pensaba que los rumores que lo culpaban del accidente eran bastante malos, a pesar de lo que dijera Basie Serfontien, tener una aventura con Chelsea Tedman sería como echar gasolina y lanzar una cerilla.

Nada más ver el hotel, Chelsea lo había bautizado como el Hilton del Nepal. El interior, de un blanco prístino, combinado con los ventiladores coloniales que colgaban de los techos de todos los salones y habitaciones del primer piso, le recordaron un viaje a Singapur.

Pero a menos que el tiempo mejorara, no podría encender el suyo. Imaginaba que en julio y agosto haría calor pero a principios de mayo todavía refrescaba.

Aun así, había oído que en el Everest era fácil quemarse la piel con el sol que penetraba la delgada atmósfera. Al menos, lo había leído en uno de los libros sobre el Everest que se había llevado para leer en el viaje.

—Y aún estás muy lejos de llegar, bebé —murmuró.

París parecía algo muy lejano, y tal vez fuera así. Tarde o temprano todo cambiaría. Su trabajo en la agencia sería la primera víctima ahora que su responsabilidad para con la compañía alimenticia Tedman y con sus empleados se había incrementado.

Un camarero con una chaquetilla blanca se le acercó.

— ¿Puedo traerle algo, señora? ¿Un cóctel? ¿Un té?

Chelsea levantó la vista. Era muy joven y sin duda estaba muy contento de que su trabajo no consistiera en cargar a la espalda con pesados fardos montaña arriba.

— No, gracias. Estoy esperando a un amigo para salir a comer fuera.

Los sillones de la terraza no eran como los de mimbre de altos respaldos del Hilton de Singapur pero eran lo suficientemente cómodos para permitirle planear el nuevo ataque antes de que Kurt llegara.

¿Cómo lo había llamado? ¿Un amigo? No estaba muy segura de que pudieran llegar a ser amigos alguna vez. ¿Amantes o enemigos? Sólo el tiempo lo diría. Su cerebro le decía que tenía que ser cauta pero su cuerpo no decía lo mismo.

Apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y se dejó abrazar por la paz que se respiraba allí. La terraza estaba casi desierta. Los turistas no pagaban la fortuna que costaba llegar hasta allí para perder el tiempo observando el Everest desde la lejanía. Había tenido una idea mientras desayunaba pero no sabía si Kurt estaría de acuerdo.

Kurt Jellic. Un hombre de contrastes. Su aspecto parecía rudo, más aún con la barba de varios días y unos zorrunos ojos oscuros, casi negros. Desde luego no era como se lo había imaginado cuando Atlanta le dijo en su carta que era neozelandés.

Pero no podía olvidar las sensaciones que le habían recorrido el cuerpo a pesar de que la estuviera amenazando con un afilado cuchillo.

El color subió a sus mejillas y una sensación de ardor la quemó por dentro. Estaba excitada. Aquel hombre le había demostrado claramente que era humano... y tenía que admitir que la atracción era mutua.

¿Se podría considerar un truco sucio utilizar esa atracción contra

él? A pesar de su apariencia inicialmente distante, Kurt había resultado ser un buen tipo. La había escuchado sin quejarse mientras le contaba con todo lujo de detalles que había sido el tipo de adolescente mimada y despreciable que, probablemente, odiaba. Una adolescente que había luchado para no perder a la persona que más cerca había estado de ser una madre para ella.

Los ojos se le llenaron repentinamente de lágrimas. Ya nunca podría pedirle a Atlanta disculpas por su comportamiento infantil. Sólo podía hacer una cosa por ella. Una última cosa.

El torrente de lágrimas se desbordó sin que pudiera evitarlo. No había dejado de hacerlo en los últimos días. Chelsea abrió los ojos mucho en un intento por detener las lágrimas que resbalaban por sus mejillas pero entonces cambió de opinión. Cerró los ojos y se recostó sobre los cojines tratando de relajarse.

El rumor de las banderolas sagradas agitándose con la brisa se unió a los suspiros que escapaban de sus labios hasta que fue quedándose adormilada y el mundo que la rodeaba se convirtió en una mezcla de luz pura y sombras oscuras.

De pronto, se despertó. Una de esas sombras había cobrado vida. Era Kurt Jellic.

—¿Te despierto, bella durmiente? —su voz tenía el tono áspero que había perdido cuando lo imaginó como el hombre amable presto a hacer realidad hasta su más pequeño deseo. Pero Kurt era más que eso. Más de lo que recordaba. Pero, sobre todo, era perturbadora y atractivamente masculino.

Se apoyó contra el mullido asiento del sillón para levantarse, deseosa de estar en una posición más igualada con la de él. Pero no era fácil. Las manos se le hundieron en los cojines que la habían seducido hasta quedar medio dormida. El ángulo del sillón hacía que el cuerpo estuviera demasiado hundido y las piernas más altas, de manera que no resultaba fácil levantarse de una forma elegante.

—Deja que te ayude —dijo Kurt ofreciéndole una mano y ella,

como tonta, la aceptó. Sintió que el mundo se difuminaba a su alrededor al contacto. Kurt la ayudó a ponerse en pie y la soltó a continuación. Chelsea no pudo evitar sentir que ya nada volvería a ser igual.

Iba vestido igual que la mayoría de los guías que había conocido en Namche Bazaar: pantalones caquis descoloridos por el sol y camisa de cuadros bajo un anorak negro. Pero en él la ropa cobraba un estilo en el que no se había dado cuenta la noche anterior. Las largas y musculosas piernas se movían con una singularidad que lo diferenciarían entre una multitud. Lo miró con atención consciente de que había en él algo distinto.

Era evidente que se había afeitado, pero no era sólo la cara limpia, que además hacía resaltar el hoyuelo de su barbilla, lo que la había dejado sin aliento, o el hecho de que el contacto con su mano le hubiera provocado escalofríos por todo el cuerpo. No, había algo en sus ojos y en su actitud. Le recordaba a alguien pero no sabría decir a quién. Le devolvió la mirada, consciente de algo que no había visto antes, como si en una vida pasada hubieran sido amantes.

Sonrojada, se agachó para alisar las arrugas de su falda. Al elegir esa mañana la camiseta de cachemir de color claro y la falda de tejido natural no había tenido en cuenta que la sensualidad de las prendas se confabularan con ella para ayudarla a conseguir su objetivo. En ese momento se daba cuenta de que, al igual que todo lo que había hecho desde que se conocían, formaban parte de su estrategia, parte de su seducción.

Era una pena que no hubiera decidido cómo seguía su plan maestro. Tendría que improvisar sobre la marcha.

Chelsea estaba acostumbrada a manejar su vida y lo demostró en cuanto entraron en el restaurante.

Por otra parte, con su estatura y envergadura, así como por el hecho de dirigir un negocio como el suyo, Kurt estaba acostumbrado a llamar la atención allá donde iba. No recordaba que Atlanta fuera

tan autoritaria. Bill y ella siempre se consultaban antes de hacer algo, claro que ellos formaban una pareja, dos partes de un todo.

Kurt dirigió su atención hacia Chelsea, que ya había elegido lo que iba a pedir y, limitándose a decirle que le iba a gustar, pidió al camarero lo mismo para los dos.

—Enseguida llegarán sus platos —dijo el sumiller del restaurante—. Mientras tanto, si me permiten sugerirles un buen vino para acompañar la comida... —y diciendo esto, le puso la carta de vinos delante de la cara.

Kurt frunció el ceño dirigiendo su enfado con Chelsea hacia el sumiller, que no tenía culpa alguna.

—¿Quieres vino? —le preguntó.

—Me gustaría, sí —dijo ella sonriendo al sumiller al tiempo que extendía la mano para tomar ella misma la carta de vinos—. ¿Tienen...?

—Creo que un Pinot Gris sería el ideal con lo que hemos pedido —interrumpió Kurt antes de que Chelsea pudiera echar una ojeada, y tomando la lista, buscó rápidamente con la mirada y señaló—: éste.

De algo servía tener un hermano enólogo que se pasaba la vida probando vinos y escribiendo libros sobre la fermentación de la uva. Drago era el mayor de los Jellic, de los chicos. Se había independizado antes que el resto.

Las circunstancias habían provocado ciertos cambios en su ligeramente disfuncional familia, comenzando con el matrimonio de Jo, su hermana pequeña. Desde entonces, Franc, el pequeño genio de la familia, había encontrado un magnífico trabajo de gran responsabilidad en una de las empresas de su nuevo cuñado. Los lazos familiares estaban más fuertes por primera vez desde que su padre, Milo Jellic, se suicidó.

Su hermana se había casado con un hombre rico, de clase probablemente parecida a la que tenía Chelsea. No era que sus aspiraciones personales estuvieran dirigidas en ese sentido, ni

siquiera como posible solución a sus problemas financieros. Tampoco importaba que cada vez que miraba su *sexy* cuerpo todo su interior se convulsionara.

No, estaba seguro de que su hermano gemelo, Kel, estaría de acuerdo con él en que era suficiente con un millonario en la familia.

Kurt echó un vistazo al restaurante prácticamente desierto cuando el sumiller se hubo marchado. Se habían convertido en el centro de atención de camareros que competían entre ellos por atenderlos.

—¿Y dónde aprendiste tanto de vino? —preguntó Chelsea inclinándose sobre la mesa, jugueteando distraídamente con la copa vacía.

El movimiento ponía de manifiesto la sensual curva que formaban sus pechos bajo la delicada prenda de cachemir. Tenía que admitir que era una mujer con estilo. Poco importaba que llevara el pelo como si se lo hubiera cortado ella misma y sin espejo. Suponía que debía de ser la última moda y en su favor diría que la hacía parecer más joven y también más vulnerable. Intentó endurecer el corazón para no dejarse llevar por su atractivo.

—No me paso toda la vida en la cima de una montaña. Puede que Nueva Zelanda sea un país pequeño pero tiene grandes vinos.

Dijo aquello como si quisiera sacudirse de encima la sensación de que había cometido un error acudiendo a la cita. La disparidad de los dos lugares que habían elegido para sus encuentros, la taberna más barata y el hotel más elegante de la ciudad, no hacía sino incrementar la desagradable consciencia de la diferencia de clase social que los separaba.

No había pensado en ello cuando conoció a Atlanta, sin embargo. Ella había sido una amiga; nunca se había sentido atraído por ella. Pero con Chelsea se sentía como si caminara por un campo minado en tierra de nadie.

La salida más rápida y segura era decir que no.

—Solos al fin —dijo de pronto Chelsea, una luminosa sonrisa en el rostro. Kurt tuvo la desagradable impresión de que Chelsea lo miraba como si fuera un regalo envuelto en papel brillante y decorado con un gran lazo y estuviera ansiosa por abrirlo.

Kurt miró por encima del hombro contando las miradas de todos los camareros pendientes de ellos en la sala.

—Me he sentido más solo en una estación abarrotada.

—Se sienten orgullosos de lo serviciales que son. Al menos, eso era lo que decía la web del hotel. Pero la sensación no es tan abrumadora a la hora de la cena, cuando está más concurrido.

—Tendré que creer en tu palabra. Este no es el tipo de alojamiento en el que pensaría si vengo hasta aquí con la intención de subir a una montaña. Aunque es cierto que a la gente con dinero le resulta muy atractiva la idea de una dosis de lujo entre las jornadas de *trekking*. Al menos, eso era lo que pensaba cuando decidí convertir la vieja granja cerca del Parque Nacional de Aoraki en un albergue.

Kurt sabía que Chelsea se moría por preguntarle por el lugar al que había dedicado todo su esfuerzo durante los últimos años, pero en ese momento llegó de nuevo el sumiller. Este enseñó a Kurt la etiqueta de la botella. Era francesa. Tan lejos de Nueva Zelanda, sabía que no podía esperar que fuera vino de su tierra, más concretamente de Marlborough, una de las zonas vinícolas más importantes. Aceptó el vino que le presentaba y el hombre sacó un abridor.

—¿Aoraki? ¿Dónde está eso? —preguntó Chelsea.

—Deja que pruebe esto. Ahora te lo cuento todo —dijo él levantando una mano al tiempo que con la otra hacía girar el vino dentro de la copa tal como Drago le había enseñado a hacer. Después lo olió y finalmente se lo llevó a los labios. Tenía el aroma afrutado de la pera pero le faltaba la riqueza de matices de fruta madura que había experimentado en Nueva Zelanda. Aun así, no le disgustó. Levantó la mirada hacia el sumiller, que esperaba pacientemente.

—Excelente. Gracias —dijo finalmente.

Era obvio que Chelsea estaba de acuerdo con la elección a juzgar por la forma en que las comisuras de sus labios se levantaron por encima de la copa cuando lo probó.

—Me agrada saber que tu gusto con el vino es mucho mejor que con el *whisky*.

—Soy un hombre versátil. Utilizo lo que tengo a mano. A veces, es necesario un grado de compromiso —lo que no dijo fue que no había posibilidad de compromiso en lo que se refería a la seguridad de la vida de Chelsea—. Pero querías saber lo que era Aoraki. Es el nombre maorí para el monte Cook. Quiere decir «el que penetra en las nubes».

—Me gusta. Mucho más romántico que monte Cook.

Como para confiar en una mujer que encuentra romántico un montón de roca. Después del accidente le costaba trabajo ver algo vagamente quijotesco en su profesión. Se había convertido en un medio para conseguir un objetivo: su albergue.

—Te mentiría si dijera que mi albergue es romántico. Antes se utilizaba para guardar ovejas, pero hace mucho que no vive nadie allí. La mayor parte del terreno fue cedido al gobierno como devolución de impuestos. La tierra allí es bastante árida, un valle excavado a los pies de los Alpes del Sur por acción de los glaciares en la edad de hielo. Me interesaba la zona por el fácil acceso a los Alpes y al Aoraki. Está muy cerca de la ciudad de Lake Takapo por lo que no está aislado del todo. Pasan muchos turistas camino de Queenstown.

—Pero debe de ser muy excitante hacer realidad un proyecto así.

—Excitante, excitante, no sé. Cuando pienso en el albergue lo único que veo por delante es mucho trabajo.

—¿Por qué no estás ahora allí trabajando en vez de aquí, en el Everest?

—Necesito el dinero. Además, ahora es invierno en Nueva Zelanda, llueve y nieva mucho. Más apropiado para esquiar que para escalar, de hecho, aunque haya ingenuos que quieran arriesgarse. Mi

intención es construir un lugar de entrenamiento junto al albergue donde pueda enseñar a escalar con seguridad.

Kurt se aclaró la garganta en un intento por desplazar el nudo que se le había formado.

—Puede que no lo creas, pero hasta el mes pasado yo pasaba por ser uno de los guías más seguros. Demonios, se suele decir que el orgullo es lo que siempre se presenta antes de una caída pero antes moriría que perder a alguien bajo mi cuidado, especialmente Atlanta y Bill.

—Sé lo que sientes. Se llama culpa. En eso estamos juntos. Dicen que las penas son menos si se comparten.

Kurt pareció oír sólo la última parte.

—Pero nosotros no vamos a compartir nada. Cuando terminemos la comida cada uno proseguirá su camino. Dime una cosa. Cuando preguntabas por un guía, ¿les decías a todos tu nombre completo y tus razones para subir?

Chelsea se reclinó en el respaldo de la silla como queriendo distanciarse físicamente de él, algo muy limitado en una mesa para dos.

—Sí. ¿Por qué no?

—Nada —mintió él. Después de todo, no volvería a verla después de la comida.

Chelsea levantó la copa y Kurt observó cómo se la llevaba a los labios, como si necesitara el alcohol para encontrar el coraje.

Kurt la imitó, un sorbo, y esperó. No le faltaba coraje pero algo le decía que si no se mantenía alerta, Chelsea trataría de comprometerlo.

No había dejado de sentir extraños movimientos en el estómago desde su llegada. La atracción sexual podía nublar la razón de cualquier hombre. Ahí estaba el ejemplo de Adán. Ni siquiera él fue inmune al atractivo de una mujer hermosa. Claro que él sólo tenía una donde elegir. Se preguntó por qué, entre todas las mujeres que

había conocido él, tenía que ser precisamente Chelsea la que provocara en él unos sentimientos que, hasta el momento, habían permanecido dormidos desde que entregara su amor eterno a las montañas.

Él no era el tipo de hombre que andaba coqueteando con el peligro mientras tenía una familia esperando en casa. No, no había heredado nada de su padre, excepto el gusto por el peligro. No podía comprender por qué, como policía, su padre había cedido al tráfico de drogas. No podía ser por el dinero. Nunca vieron un solo dólar. Habían sido una familia numerosa y tras la muerte de su madre, la abuela Glamuzina se había ocupado de ellos.

Cuando su padre despeñó su coche por un acantilado, fue la gota que colmó el vaso, y la verdad, o lo que se suponía que era la verdad, salió a la luz. Había llegado a creer que su necesidad de escalar había surgido del deseo de estar por encima de todo aquello, tan alto que la suciedad de la corrupción no pudiera salpicarle.

Su hermana y el marido de ésta, Rowan McQuaid Stanhope, estaban decididos a averiguar quién y por qué había causado todo. Fue justo cuando se enteró de lo que estaban haciendo cuando decidió trabajar en su proyecto del albergue. No había admitido, ni siquiera para sí mismo, que tal vez aquello fuera el catalizador para hacerle pensar que ya era hora de asentarse, de buscar una mujer y casarse, tal vez.

Sí. Aquello explicaba el repentino acceso de testosterona en el cerebro. Había dado permiso a sus instintos para encontrar una mujer atractiva. ¿Pero por qué Chelsea? Ella era la última persona con la que podría tener una relación.

—Yo podría solucionar tus problemas financieros.

—Eh, eh, eh. Para el carro. No lo he dicho por eso. Si hubiera querido pedir dinero prestado, se lo habría dicho a Bill. Lo conocía más que a ti —se defendió Kurt. Aquella mujer pensaba más rápido de lo que un gato negro desaparece en medio de la noche.

Era difícil seguirla y sabía exactamente qué botones pulsar en cada momento. Tendría que aprender a mantener la boca cerrada para no darle más ideas. Apuró la copa.

Chelsea hizo una señal al sumiller para que rellenara la copa, sonriendo para sí. Había aprendido a negociar desde bien pequeña gracias a su padre y sabía que si no quería estropear el negocio no tenía que dejar que el otro viera que le estaba ganando.

—No hablo de un préstamo. Tú tienes algo que yo quiero y yo tengo algo que tú necesitas. Es un intercambio justo, no un robo. Hablemos de negocios.

Chelsea veía en ese momento posibilidades que no había imaginado cuando se sentó en la terraza. En ese momento, un plan que no había considerado antes estaba tomando forma.

—Creo que lo mínimo que puedes hacer es darme una oportunidad —continuó—. Lo merezco. Creo que puedo hacerlo aunque tú no lo creas. Llévame ahí arriba y déjame demostrártelo.

Vio que a Kurt le temblaban los labios y finalmente dibujaban una sonrisa de medio lado. El movimiento acentuaba el hoyuelo de la barbilla, distrayéndola momentáneamente, pero sólo momentáneamente.

—¿Realmente crees que puedes subir a la montaña más alta sin previo entrenamiento? —preguntó él al tiempo que arqueaba una ceja.

Chelsea no estaba acostumbrada a que le llevaran la contraria, aunque lo hiciera un hombre mucho más alto y grande que ella, pero sabía que tenía posibilidades. Y no sería necesario emplear la seducción y los trucos femeninos. Aquello eran negocios. Era su territorio.

—No lo sabremos hasta que me des la oportunidad de probar. Míralo de esta forma: tú estás aquí, disponible, y necesitas el dinero. Yo tengo dinero, quiero encontrar el cuerpo de mi hermana y tú tendrás la oportunidad de asegurarte de que estoy bien antes de

llevarme a la cima.

—¿Por qué no me pagas directamente para que vaya a recuperar los cuerpos yo solo y los baje hasta aquí?

—No... De eso nada. No se hará así. Tengo que estar allí —no podía dejar que otra persona encontrara la llave antes que ella.

Los ojos de Kurt relucían como si se hubieran percatado de que no le estaba diciendo toda la verdad. Y no se equivocaba.

—¿Y por qué es tan importante que tú estés allí?

Chelsea lo observó mientras su cerebro trabajaba a destajo.

—Si crees que ahora es cuando voy a confesarte todos mis pequeños secretos sobre la relación con mi hermana Atlanta, será mejor que lo olvides. No recuerdo lo que te dije anoche, pero lo que fuera lo hice por el efecto del *whisky* en el estómago vacío. Hoy, sin embargo, he desayunado bien y sólo he bebido un poco de vino.

Como si hablar de comida atrajera a la comida, en ese momento llegaron sus platos. Parecían realmente succulentos cuando los habían pedido pero en aquel momento la conversación parecía algo mucho más atractivo. Kurt había dejado claro que no le importaba discutir delante de todos los camareros.

Y a Chelsea no le importaba quién se enterara de que quería subir al Everest en busca del cuerpo de su hermana. Sólo había un secreto que guardar, aparte de su pertenencia al CISI, y se trataba de la llave. Era la primera vez en sus veintiocho años que sentía que el futuro de miles de empleados estaba en sus manos.

No lo contemplaba como una carga. Lo único que sabía era que no quería decepcionarlos. Ni siquiera se había parado a comprobar si Atlanta y Bill habían hecho testamento. Tal vez alguien de la familia de Bill fuera dueño de una parte de Alimentos Tedman, pero no le importaba. Ella era la última Tedman. Arlon Rowles no era más que el primo de su padre por parte de madre, pero no era un Tedman.

El camarero dejó los platos y se marchó. Chelsea tomó los cubiertos pero no los utilizó. No era capaz de comer. Salirse con la

suya era más importante que la comida, a pesar del hambre que tenía.

Observó cómo Kurt pinchaba una fina lámina de beicon con el tenedor. Cuando se lo metió en la boca, Chelsea aprovechó para avanzar, consciente de que con la boca llena, Kurt no podría hacer otra cosa que escuchar.

—Si estás preocupado por mi seguridad, no tienes por qué estarlo. Dará lo mismo. Voy a subir a la montaña, contigo o con otro; aunque tenga que traer a un guía experto desde Estados Unidos expresamente. No puede ser que estén todos en Namche Bazaar ahora mismo. Te doy la oportunidad de ver por ti mismo que puedo hacerlo. Estoy en buena forma. Tengo experiencia con cuerdas, nudos, mosquetones y puños de ascenso. Enséñame lo necesario para llegar hasta donde están Bill y mi hermana. Sé que puedes hacerlo perfectamente. Olvida el accidente. Confío en ti para ir al lugar y volver sana y salva. ¿Qué me dices? ¿Tenemos un trato?

Apretó con fuerza los cubiertos en las manos, aunque no sirvió para disipar la urgencia que sentía, como si su vida estuviera en juego. Pensó en Maddie y supo que podía ser el caso si no encontraba la llave que Atlanta llevaba en el cuello. Cuanto antes lo consiguiera, mejor.

Chelsea hablaba en serio. Confiaba en Kurt Jellic pero no podía decirle que su vida corría peligro realmente.

Kurt la miraba con seriedad. No estaba muy seguro de si podría considerar la proposición como un chantaje. Aunque, tanto si le gustaba como si no, el destino los había unido.

—Tal y como lo expones, no me dejas demasiadas opciones —dijo dando un sorbo de vino mientras Chelsea aguantaba la respiración—. Conozco a alguien que puede alojarnos. Está a cuatro días andando del Everest, puede que a tres, dependiendo de tu resistencia. Se encuentra junto a una montaña mucho más baja que el Everest, así que no tendremos que preocuparnos por el oxígeno.

No será necesario llevar botellas de oxígeno para llegar hasta donde tú quieres ir, en cualquier caso. No tenemos que llegar a la cumbre. Lo que tiene el Ama Dablam es un glaciar y una pared de hielo de más fácil acceso que otras. Si no consigues pasar esta pared, entonces olvídate de llegar al corredor en el que están los cuerpos.

A Chelsea le entraron ganas de gritar de alegría primero y de decirle «me alegra que estés de acuerdo», pero aún estaban en Namche Bazaar y ninguna de las dos cosas le parecía demasiado adecuada. Además, la cara de Kurt parecía esculpida en el hielo del que le había hablado.

Sin embargo, no podía ocultar la excitación que corría por sus venas. Lo haría lo mejor que pudiera. No le daba miedo el esfuerzo físico ni el peligro. Podía hacerlo.

—¿Cuándo empezamos?

—En cuanto estés equipada y hable con Sherpa Rei para que vuelva a contratar a uno de sus primos y a algunos otros porteadores para llevar el equipo.

—Bien. Estoy impaciente.

«Cuanto antes, mejor».

Le regaló entonces una sonrisa que no tenía nada que ver con el hecho de haberse salido con la suya sino con la expectativa de pasar tiempo con él.

—Cómetelo todo y larguémonos de aquí. No sé tú, pero de repente me encuentro llena de energía.

## Capítulo 4

Pasaron tres noches de camino al Ama Dablam, durmiendo en albergues de turistas. Su primera parada fue en Tengboche, cerca de un monasterio budista.

La distancia no era grande pero el camino era empinado y discurría, serpenteante, entre altos y aromáticos árboles, que parecían nacer directamente de las rocas. Una vez que abandonaron el campamento base, la altura sobre el nivel del mar aumentó y el verdor fue desapareciendo.

En el Ama Dablam, a Chelsea le bastó una mirada para comprender que cuando Kurt había dicho que conocía a alguien que podría alojarlos no se refería a los lujosos refugios de Aspen, ni siquiera a los refugios de calidad media que poblaban el Parque Nacional de Sagarmatha.

El pequeño cobertizo escapaba a todo lo que hubiera podido imaginar. Su dueño, a quien Kurt conocía lo suficiente como para pedirle un favor, era un sherpa, otro pariente del hermano de Kora.

Dentro, olía a cerrado y seguro que había ratones. Estaba segura de que podía olerlos y sólo de pensarlo le entraban escalofríos. Aunque los porteadores habían acondicionado el lugar para su llegada, buscó con la mirada una escoba.

Nadie en París podría creer que Chelsea Tedman suspirara de alegría al encontrar una escoba despeluchada. La idea la hizo reír. Era consciente de que había llevado siempre una vida lujosa a pesar de que el entrenamiento para entrar en el CISI había sido muy riguroso.

Antes de mudarse a Francia, lo único que había limpiado en su vida había sido su habitación en la residencia de estudiantes de la

universidad. En París, Madame Guignard, la conserje del bloque de apartamentos en el que vivía, se ocupaba de que alguien fuera a su casa tres veces en semana a limpiar. A Chelsea no le parecía un lujo. Era a lo que estaba acostumbrada y podía permitírselo.

A primera vista, había pensado que el refugio era extraño con las paredes hechas con piedras como una calle adoquinada. El tejado estaba hecho con chapa de zinc. Costaba trabajo imaginar cómo lo habrían transportado hasta allí a lomos de un yak corriendo el riesgo de caer en medio de los fuertes vientos.

El último asentamiento que habían atravesado se llamaba Syalkyo, formado por menos de una docena de casas, y para llegar hasta donde estaban habían tenido que atravesar un río helado. Kurt le había contado que se parecía al río Tekapo, cerca de su futuro albergue, en Nueva Zelanda. El puente fabricado con maderos y cuerdas por el que habían cruzado le había abierto los ojos a Chelsea. Los sólidos troncos que habían cruzado antes de llegar a Tengboche parecían el puente de San Francisco a su lado.

Con una mochila a la espalda, y las aguas de un azul grisáceo coronado de blanca espuma que corría veloz bajo sus pies, no se había visto muy capaz de seguir el paso de Kurt sobre los maderos, que se balanceaban en la frágil estructura.

Chelsea empezó a barrer una vez más asegurándose de que no se olvidaba ningún sitio. Agachándose, barrió por debajo de las dos camas. Alguien había dejado un colchón enrollado sobre cada una de ellas.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Kurt desde la puerta tapando con su cuerpo la diminuta entrada y dejando la habitación casi a oscuras.

—Estoy asegurándome de que está limpio. Si tenemos que vivir aquí una semana, al menos que sea habitable.

Chelsea se incorporó y lo miró mientras hablaba. Kurt era inmenso y eso habría intimidado a cualquiera pero no a ella. Lo había

visto relacionarse con los porteadores y los sherpas, quitándole un poco de peso a un niño de no más de doce años. Se había dado cuenta de la amabilidad que había en aquel hombre que quería ocultarle todo dolor.

Utilizaba la brusquedad como un escudo igual que ella utilizaba las formas autoritarias de señorita de clase alta para mantenerlo a raya. Chelsea sabía que corría peligro si se acercaba demasiado a aquel hombre y estaba haciendo lo posible para evitar lo que sería inevitable si alguno de los dos bajaba la guardia. A veces, veía una llama en los oscuros ojos de Kurt cuando miraba en su dirección.

—Esto no es el Ritz —dijo Kurt quitándole la escoba—. Unos cuantos días de escalada por la pared de hielo del Ama Dablam y estarás encantada de volver a los lujos de este pequeño refugio.

—Creeré tu palabra —dijo Chelsea haciéndose a un lado apoyando las corvas de las piernas contra la estructura de madera de una de las camas mientras Kurt colgaba su mochila de un clavo en la pared.

—¿Qué cama prefieres? —preguntó Kurt.

La mirada de Chelsea fue de Kurt hasta la cama que se encontraba más alejada dentro de la habitación. Se había dado cuenta cuando barría debajo que una estaba mejor construida que la otra.

—Será mejor que tú te quedes con la que está debajo de la ventana. Parece más recia y aguantará mejor tu peso.

—¿He oído bien? —dijo él tensando la boca. Tenía la mandíbula oscurecida por la sombra de la barba creciente y, aunque odiaba admitirlo, le quedaba muy bien. En el círculo que frecuentaba, ningún hombre llevaría barba incipiente, a no ser que hubiera estado trabajando de incógnito.

Tal vez fuera el contraste lo que le resultaba tan atractivo.

—No he querido decir que estés gordo, sólo que eres pesado... quiero decir, que tienes huesos gr-gran-des —tartamudeó mientras él

la taladraba con una de sus intensas miradas. El corazón le latía con fuerza hasta que salió de la habitación.

¿Cuándo había sentido ella que uno de los hombres con quien solía relacionarse le aceleraba el pulso? Nadie que pudiera recordar. Y que la hicieran temblar no le había ocurrido jamás.

\* \* \*

Mientras recortaba las mechas de las antorchas y desenrollaba los sacos antes de que cayera la noche, Kurt se dio cuenta de que Chelsea tenía la mirada perdida en el espacio. La muerte de su hermana había sido un duro golpe. ¡Lo había sido también para él y no eran parientes!

Atlanta había demostrado ser una mujer valiente para su tamaño y sospechaba que lo mismo ocurría con Chelsea. La semana que los esperaba lo sacaría de dudas.

Levantó la mochila de ésta y la puso sobre la cama que había elegido. A él no le importaba en cuál le tocara dormir. Estaba acostumbrado a dormir en el duro suelo pero hacía mucho que no dormía tan cerca de una mujer. Una mujer de la que estaba decidido a mantener las distancias. ¿Qué importancia tenía que estuviera excitado la mayor parte del tiempo que pasaba junto a ella? Hacían falta dos para bailar un tango. Y él se negaba a empezar el baile.

Tiró de las cintas de velcro de la mochila. El sonido pareció traerla de vuelta al presente.

—Será mejor que elijas la ropa de mañana. Será de noche cuando nos levantemos. Quiero estar cerca del pie del glaciar al amanecer.

—¿Quieres que nos levantemos antes del amanecer?

¿Era pánico lo que veía en la expresión de Chelsea? Apostaría lo que fuera a que ésa era la hora a la que ella solía llegar a casa después de una noche de juerga en el glamuroso mundo en el que vivía.

—Eso es lo que he dicho. Así que será mejor que estés lista para irte a la cama pronto esta noche.

—Perdona si te parezco un poco tensa, pero ¿qué pasa con la intimidad? Vamos a compartir habitación.

Kurt trató de evitar mirarla con cautela pero le resultaba muy difícil.

—¿No estarías pensando en ponerte un camisón de seda, por casualidad?

Aunque a decir verdad le encantaría verla vestida con una prenda de ropa interior de París, o mejor, sin ropa. Cuanto menos tuviera que quitarle antes descubriría si su imaginación hacía justicia a la mujer de carne y hueso.

El interior del cobertizo estaba demasiado oscuro para ver si se había sonrojado al contestar arrastrando las sílabas:

—N-no.

—Bien. Porque ésa no era una de las cosas que te puse en la lista. Dormirás con los calzones largos, por supuesto, y si llegas a subir más, prepárate para dormir completamente vestida. Hay veces en las que te alegrarás de cubrirte con todo lo que lleves en la mochila — dijo Kurt descolgando del clavo su mochila y empezando a bajar la cremallera.

Al volverse hacia Chelsea la sorprendió en medio de una involuntaria sacudida de hombros.

—¿No es poco higiénico?

—¿No te aconsejé que disfrutaras de la ducha en el último albergue? ¿Que sería la última en un tiempo?

—Sí, pero...

—¿Qué pensabas? ¿Que podrías lavarte en un riachuelo de la montaña? Hace un frío que pela ahí arriba. Tienes que mantener el calor, mantener un flujo continuo de sangre. He visto los destrozos provocados por la congelación y no se lo desearía ni a mi peor enemigo. Si una dama como Atlanta pudo hacerlo, tú también —dijo él. Metió la mano en un bolsillo de la mochila y sacó un paquete que le tiró a Chelsea—. Toma, lo necesitarás. Yo he traído de más.

—¿Toallitas húmedas?

—Son lo más cercano a una ducha que tendrás en los próximos días. Úsalas con moderación.

Chelsea las dejó sobre la cama y comenzó a estirar el saco.

—Supongo que mi inexperiencia salta a la vista pero la superaré. Aprendo con rapidez —dijo inclinándose sobre el saco, del que empezó a sacar algunas cosas. Pero en cuanto Kurt volvió a lo que estaba haciendo, habría jurado que la escuchó murmurar—: Tengo que hacerlo.

Quería saber qué era lo que le estaba ocultando. Algo importante tenía que ocultarse detrás de su férrea determinación, algo más que el deseo de dar a su hermana una sepultura decente.

Chelsea le había dicho que confiaba en él. Se preguntó qué podría estar ocultándole que mereciera la pena más que sobrevivir al Everest.

Tras unos largos minutos en los que sólo se oía el ruido de las pesadas botas de montaña que caían al suelo y el susurro de las chaquetas y los pantalones que se quitaban y sacudían, la habitación quedó en la más absoluta oscuridad.

—Hora de encender alguna luz —dijo Kurt—. Esta lámpara de queroseno ilumina bien pero no podemos gastar todo el combustible. Como todo lo que se transporta hasta aquí, se convierte en un bien preciado. Sugiero que cuando terminemos de cenar, nos metamos en el saco. Si quieres leer o levantarte por la noche, utiliza el frontal. Será mejor que lo dejes a mano.

—¿Has dicho comida? Me comería cualquier cosa que se me pusieran delante.

—Gracias por el aviso. Me mantendré alejado.

—No creo que necesite leer esta noche para dormir después de la caminata —dijo tapándose la boca mientras bostezaba—. Ha sido la más larga de mi vida.

Kurt la miró.

—No es la distancia. Es el hecho de tener que subir terreno empinado y bajar. Se te cargan las rodillas. En cuanto ponga la cabeza en la almohada, o más bien en la chaqueta doblada, me quedaré como un tronco.

Pero Chelsea no durmió. Pasó una hora haciendo nudos decidida a no fallar cuando llegaran a la pared de hielo y empezara lo difícil.

Pensó en el terreno que habían recorrido. Se habían cruzado con muchos porteadores que regresaban a Namche Bazaar o a Tengboche en busca de provisiones pero, fuera del camino, donde los árboles no crecían, la montaña era la reina.

Aun así, la cultura de aquel lugar era fascinante. Miraras donde miraras, había un monasterio donde el rumor de los cánticos y las oraciones era tan habitual como el sonido de la radio y el claxon de los coches en París.

Una parte de ella, la que deseaba evitar el enfrentamiento, casi deseaba poder quedarse en Nepal, donde la vida parecía tan sencilla, pero era un punto de vista demasiado idealista. Incluso en Nepal habría problemas. En Namche Bazaar y en Tengboche había que pasar puestos de control porque los rebeldes maoístas formaban pequeños disturbios en la zona.

Había oído que el turismo había disminuido un veinte por ciento. Había gente dispuesta a sacrificarlo todo, incluso la vida, por lo que creían; pero casi siempre conducía al terrorismo. Esa era la razón por la que había terminado siendo traductora en la embajada. Jason Hart había concebido la idea después de que su mujer muriera en el atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York. Como antiguo miembro de inteligencia naval, no había tenido problemas para encontrar los contactos adecuados.

Chelsea se dio la vuelta. Ella también podía incluirse en la lista de aquéllos dispuestos a sacrificarse. Alimentos Tedman no podía compararse con un país entero, pero contaba con miles de empleados. El suspiro que dejó escapar quedó suspendido en el aire.

¿Qué ocurriría si no conseguía la llave? ¿Estaba haciendo todo aquello por nada? ¿Si se lo hubiera dicho a su jefe, habría podido el CISI abrir la caja fuerte? La llave del banco no podía abrir la caja.

Era demasiado tarde para preocuparse por lo que hubiera podido pasar. Sin la llave no podía encontrar la prueba que necesitaba.

—¿Qué ocurre? ¿No puedes dormir? —la voz de Kurt llegó hasta ella en la oscuridad como si sus pensamientos lo hubieran despertado.

—Quiero dormir pero no puedo. Mi cerebro está demasiado ocupado —dijo ella consciente del tono sensual que había empleado, aunque estaba frustrada por no conciliar el sueño.

—¿Quieres que te cuente un cuento? —bromeó él.

—Cuéntame algo sobre Atlanta y Bill. Odio admitirlo, pero las cosas que sé de los últimos quince años de la vida de mi hermana se podrían contar con los dedos de una mano. Me he perdido muchas cosas, y ya no podré recuperar el tiempo perdido.

Kurt esperó un momento hasta que Chelsea guardó silencio y empezó.

—Los conocí en Argentina.

—Vaya. Otra coincidencia. Mi madre nació allí pero mis abuelos murieron antes de que yo naciera, así que nunca he ido —dijo Chelsea casi para sí.

—Los Chaplin estaban escalando con otro equipo pero estábamos en el mismo campamento a los pies del Aconcagua. Solíamos encender un fuego por la noche y sentarnos allí a charlar. Creo que lo primero que me llamó la atención de ellos era lo felices que eran, el buen equipo que formaban, como si compartieran hasta los pensamientos. Ya sabes, de esas personas que acaban las frases del otro y se ríen de bromas que sólo ellos conocen.

—Me alegro de que fueran felices pero me temo que eso me entristece aún más.

—Sí, siempre hay algo de lo que lamentarse. ¿A quién no le

gustaría cambiar el pasado? —dijo Kurt. A él le gustaría. Su vida habría sido muy diferente si su padre hubiera disfrutado siendo el buen policía que decía ser.

—Estábamos en grupos distintos pero antes de iniciar la escalada cada uno por su lado, le di mi dirección y mi número de teléfono de Nueva Zelanda a Bill y le dije que si alguna vez iban por allí que me llamaran —continuó Kurt—. Volvimos a coincidir en el aeropuerto y resultó que íbamos en el mismo avión aunque yo iba en turista y ellos en primera. Me invitaron a su casa en Colorado y estuvimos esquiando.

—Qué divertido —dijo Chelsea, su voz desprovista de toda emoción, como si flotara en el aire en medio de la oscuridad. Kurt habría jurado que la historia estaba comenzando a hacer efecto.

—Lo pasé muy bien. Deberías haber estado —bromeó—. ¿No habría sido divertido que nos hubiéramos conocido entonces? —dijo Kurt. Lo que se guardó para él fue la pregunta de si la atracción que sentía hacia ella habría funcionado igual entonces, consciente de que estaba a sólo unos pasos de él. No tenía más que acercarse hasta ella y tomarla en sus brazos—. Este viaje te habría resultado más fácil si no fuéramos unos extraños.

Kurt escuchó el susurro del tejido del saco de dormir sobre el colchón como si Chelsea se estuviera poniendo de lado para mirarlo.

—Viviendo tan cerca, no seremos unos extraños cuando esto termine, ¿no crees?

—No, supongo que no. Pero me hubiera gustado conocerte en unas condiciones menos dolorosas. En circunstancias normales, creo que podríamos haber sido amigos —repuso él. «Más que amigos».

—Creo que podríamos haber sido más que amigos —dijo ella poniendo voz a los pensamientos de Kurt—. ¿No es una pena que no lo lleguemos a saber nunca? —se lamentó ella con un tono áspero en la voz como si lamentara todo el fantástico sexo que habrían podido compartir. La afirmación aumentó el pulso de Kurt de forma

automática.

Saber que nunca ocurriría lo calmó un poco, aunque era una pena. Habían corrido muchos rumores sobre él tras el accidente pero no serían nada en comparación con lo que dirían de él si intimara con Chelsea. Estaba allí para cuidar de ella, no para convertirla en su objeto de deseo. Y para conseguir lo primero, tenía que asegurarse de que Chelsea estaba en forma y ágil como ella había dicho ser. De momento, había aguantado bien los cuatro días de *trekking* de aproximación.

Antes de proseguir con su historia, Chelsea susurró:

—Gracias por la historia. Buenas noches.

Al menos era bueno en algo, aunque sólo fuera haber conseguido que se durmiera. Ahora era él quien estaba bien despierto aunque no por mucho tiempo.

El amanecer de color rosado sobre el glaciar era un espectáculo para no perderse. Pero Chelsea tenía que decirle a Kurt que si ésa iba a ser la rutina diaria, levantarse a las cuatro y media de la mañana y desayunar una barrita de proteínas mientras se acercaban más y más a la cascada de hielo, la novedad dejaría de serlo rápidamente.

Habían estado caminando casi una hora cuando el hombre en cuestión la miró por encima del hombro.

—¿Cómo vas, Chelsea? ¿Es demasiado para ti?

Tuvo que morderse la lengua para no decirle que se lamentaba de no haberse acobardado antes de empezar la aventura.

—Muy bien. Me lo estoy pasando... en grande. Una nueva experiencia... pero es hermosa en cierto sentido —respondió ella. Odiaba admitirlo pero lo cierto era que le estaba resultando difícil respirar a esa altura. Pero no quería darle a Kurt la razón en lo de que era demasiado para ella.

Kurt se detuvo y ella lo alcanzó con unos pocos pasos.

—De hecho, no hace tanto frío como yo creía que iba a hacer —añadió Chelsea.

—Sí, el cielo está despejado y no hace viento —dijo él mirando la ropa de Chelsea. Pantalón y chaqueta de Gore-Tex a juego de color calabaza, fácil de reconocer en la distancia. No era el color más bonito pero era lo único que habían encontrado de su talla.

—A medida que vaya avanzando el día y hayamos subido más, el sol se reflejará sobre el hielo y tendrás que quitarte la chaqueta y alguna otra prenda más —dijo él mirándole el pecho durante unos segundos.

«Qué más quisieras». Chelsea se guardó el pensamiento mientras recordaba el accidentado encuentro que habían tenido. No había podido olvidar el calor de su cuerpo contra el suyo y la mano sosteniéndola por el pecho.

Aquello no estaba bien. Lo que tenía que hacer era concentrarse en aprender todo lo que pudiera de aquel hombre.

«Maldito Kurt Jellic. ¿Por qué tenías que ser tan encantador?».

Pero Kurt había comenzado a andar de nuevo.

—¿Qué tal te quedan las gafas de nieve? Espero que no te queden demasiado grandes. ¿Te has acordado de meter otro par en la mochila?

Menos mal. Cualquier idea relacionada con el sexo se iba a la porra cada vez que la trataba como si fuera una niña.

—Las gafas son estupendas —cómodas y firmes, ninguna molestia—, y sí, he metido otro par en la mochila. No soy una niña, Kurt. No tienes que estar vigilándome todo el tiempo.

—Si fueras una niña, las cosas serían más fáciles.

—¿Qué se supone que quieres decir con eso? Las cosas serían más fáciles —dijo imitando su tono serio.

—Ya está bien, Chelsea. Si quieres, puedes seguir evitándolo, pero la atracción entre nosotros no es ningún secreto. La atracción que todo el mundo conoce pero nadie quiere ser el primero en decirlo en voz alta. De acuerdo, lo haré yo. Me siento atraído hacia ti.

¿Secretos? Y él no tenía ni idea de cuántos. La carrera de Chelsea

dependía de ello. Había jurado no revelar el contenido de los documentos que traducía o lo que escuchaba en las oficinas del CISI. Eso significaba que no podía permitirse ser tan sincera sobre su vida como Kurt.

Y no podía permitirse una distracción por causa de sus hormonas que hicieran disminuir sus probabilidades de éxito en aquella aventura. Su inexperiencia dejaba toda probabilidad en manos de Kurt. El instinto animal tendría que esperar.

La expresión de acero que se había aposentado en el rostro de Kurt no era nada prometedora. Mostraba un escudo de dureza en su corazón que no estaba dispuesto a dejar que nadie quebrara.

—Bueno, ya no hay secreto. Pero...

—Pues tendrás que guardar el secreto en tus pantalones, Jellic. No tengo intención de matarme en este frío territorio por ningún hombre —lo interrumpió optando por la posición de ataque como mejor táctica de defensa, lo que arrancó una sonora carcajada de labios de Kurt.

—Vaya, veo que la dama sabe jugar sucio. Estoy sorprendido, realmente fascinado. Sólo quería que te dieras cuenta de que no voy a abalanzarme sobre ti como una bestia.

Típico de los hombres. Decir que están atraídos por una pero no lo suficiente como para hacer algo al respecto.

Pasaron otros veinte minutos antes de que volvieran a hablar.

—Ha llegado el momento de que me demuestres lo que sabes hacer.

Se enfrentaban con hielo sólido. No había nadie más que ellos, pero el sonido de los bloques de hielo acoplándose era continuo.

—¿Qué? ¿No me harás una demostración primero?

—¿Quieres que lo haga? Acércate.

Chelsea se puso a su lado mientras él sacaba el piolet que llevaba colgado de la cintura. Habían usado el largo mango como bastón para ayudarse cuando atravesaron el valle rocoso al pie del glaciar y

había servido de gran ayuda para guardar el equilibrio a pesar de llevar puestos los crampones en las botas.

—Bien. Como ves, el terreno se va haciendo más escarpado. Los crampones no bastarán para afianzarse. En condiciones normales, como jefe de un equipo, marcaría escalones para que los siguieras. ¿Pero qué ocurrirá si estás sola?

Una ola de frío le subió desde los pies hasta el mismo corazón. Pánico tal vez.

—Pero no me vas a dejar sola en el monte Everest, ¿verdad?

—Nunca digas nunca. Nunca creí que fuera a bajar de la montaña solo dejando atrás a Bill y a Atlanta. Sólo quiero asegurarme.

Chelsea era una mujer segura de sí misma pero en aquel momento sintió cómo la seguridad la abandonaba de golpe. No importaba que un accidente la hubiera llevado a aquella situación. Que algo pudiera pasarle a ella o al propio Kurt era una posibilidad que no se le había pasado por la cabeza.

Kurt levantó el piolet y lo clavó en el hielo varias veces hasta formar una especie de escalón lo suficientemente grande para que cupiera su pie. Y lo apoyó en él.

—¿Ves? No apoyo simplemente los crampones de la base de la bota sino que clavo primero la punta con fuerza y luego apoyo la base de la bota —dijo bajando a continuación hasta ella—. Ahora, inténtalo tú.

Chelsea se miró el pie y dobló la rodilla. Tenía un pie grande, un número cuarenta y uno, pero ahora sabía que eso sólo era un problema a la hora de comprar zapatos. En ese momento, llevaba gruesas botas de montaña y sobre ellas, unas polainas de fibra sintética para aislarlas de la humedad. Kurt había insistido en que se acostumbrara a llevar el equipo entero y sentía los dedos calientes, pero él le había asegurado que cuando subieran más, a veces no bastaban tres pares de calcetines.

Clavó la punta con decisión.

—Bien —dijo Kurt sujetándola por la corva y ejerciendo un poco de presión para que se pegara más a la pared. Parecía indiferente al tacto—. Ahora, haz el siguiente escalón. No lo hagas demasiado lejos porque si no te será difícil llegar. Podrías perder el equilibrio.

Chelsea clavó los crampones en el hielo mientras levantaba el piolet y lo clavaba como había hecho Kurt, aunque ella tardó más tiempo en hacer el escalón.

Empezó a sentir el sudor en la espalda y la madeja de cuerda que llevaba colgada de la cintura le golpeaba la cadera a cada paso.

—Hecho —dijo clavando la punta de la bota y metiendo a continuación el pie en el hueco que había hecho.

Algo que la molestaba mucho de los hombres como Kurt era que siempre creían tener razón. Había hecho el hueco demasiado alto. Ciertamente era que llegó pero no había tenido en cuenta el peso de la mochila y las cuerdas. Logró guardar el equilibrio unos segundos pero entonces cayó hacia atrás.

Chelsea sintió los brazos de Kurt a su alrededor pero ella no pesaba poco y los dos cayeron al suelo. Resbalaron un poco mientras Chelsea sacudía los pies en el aire hasta que Kurt detuvo la caída clavando el piolet con fuerza en el hielo. Burbujas de risa nerviosa se arremolinaban en el interior de Chelsea. No se había vuelto a reír desde antes de conocer la noticia de la muerte de Atlanta. Un pensamiento muy triste.

Para desasirse de él, Chelsea se retorció y se agarró a la chaqueta de Kurt. Mirarlo a la cara le hizo perder el equilibrio por segunda vez en menos un minuto. La respiración dificultosa de Kurt le arañó las mejillas. Era como si sus rasgos estuvieran esculpidos en el mismísimo hielo. Le entró el pánico y trató de ponerse en pie pero Kurt la sujetó de los brazos. Estaba inmovilizada.

—¡Por todos los santos, Chelsea! Ten cuidado con esos crampones. Si me los clavas en la pierna ya puedes ir reservando billete de vuelta a casa, porque no seguiremos escalando.

Chelsea se quedó inmóvil. Avergonzada, sin saber adonde mirar, cerró los ojos. Pero al momento, sintió que Kurt le colocaba la cara contra su hombro y oyó una voz con un tono áspero.

—No intentes ir más allá de tus posibilidades. Si eso significa hacer más escalones pero ascender con seguridad, lo que prima es la seguridad.

El latido de su corazón retumbaba en sus oídos. No tenía ninguna excusa. Kurt la había prevenido y ésta era la prueba de que escalar no era ningún juego. Para colmo, como si quisiera poner énfasis en la gravedad del error dijo:

—Imagina que hubiéramos estado a doscientos o trescientos metros, habrías caído hasta abajo. La gravedad te habría arrastrado a ti y a mí contigo. Después te enseñaré cómo detener una caída.

Chelsea había ido por la vida esperando siempre lo inesperado. Así había terminado estudiando idiomas en Harvard y había encontrado su trabajo en la embajada, pero las manos enguantadas de Kurt sosteniéndole el rostro mientras su boca descendía sobre la suya fue mucho más que una sorpresa, y escuchar «maldita sea, Chelsea» la dejó absolutamente perpleja.

Los labios de Kurt eran al mismo tiempo fríos pero suaves y firmes, y su boca tan cálida que podría derretir el glaciar. Fue un beso suave, el preliminar a un beso mucho más apasionado y profundo. Entonces, el tiempo se acabó y levantó la cabeza.

—Vamos —dijo—. Pongámonos en pie y empecemos de nuevo. Clava los crampones y yo te empujaré desde atrás.

Chelsea se levantó entonces y ofreció su mano a Kurt para ayudarlo a levantarse. Este no necesitó su ayuda. Era tan ágil como una cabra montesa. Le rodeó los hombros con un brazo y Chelsea pudo sentir el peso sobre la mochila mientras la guiaba hacia la pared en la que habían empezado el ejercicio. No mencionaron el beso. Ella no tenía intención de sacar el tema. Era uno de esos incidentes que había que considerar con calma, en privado. Lo dejaría

para cuando estuviera en su saco esa noche, donde analizaría cada segundo del beso.

Aunque ya no necesitaba seducirlo para conseguir su propósito, se preguntaba cuál de los dos había ganado.

—Venga. Hazlo de nuevo. Y no, no pienso quedarme para ver cómo me aplastas. Una cosa es que confíes en mí para que cuide de ti pero, ¿se te ha ocurrido pensar que tú también podrías cuidar de ti?

Aquello no se le había ocurrido. Hacía lo que quería siempre. Incluso en su trabajo sabían que haría bien todo aquello que se propusiera. Hacía mucho tiempo que no había nadie que se preocupara por ella aunque sólo fuera un poco. Siempre había sentido que Atlanta la había abandonado al casarse, pero ya no se sentía mal por eso. Perder a su hermana había sido un golpe más duro de lo que había creído en un principio, pero la carta que había recibido de ella daba un nuevo enfoque a sus recuerdos de la niñez.

Y ahora Kurt también se preocupaba por ella aunque se mostrara receloso. ¿Quién lo habría dicho?

## Capítulo 5

Kurt no perdía detalle de la figura esbelta de Chelsea. Avanzaba con seguridad y técnica. Aquélla no sería la parte más difícil a la que tendría que enfrentarse, y le agradaba ver que no había vuelto a cometer ningún error, ni había tratado de abarcar más de lo posible, ni había sobrestimado sus posibilidades.

Satisfecho, subió tras ella.

—Lo estás haciendo muy bien. No corras.

Chelsea no respondió pero él tampoco esperaba que lo hiciera. Tenía que ahorrar aliento.

Sobre sus cabezas, el cielo había formado un cuenco azul con el borde ribeteado de blanco. Estaban hollando una parte muy peligrosa, un paisaje árido casi donde el sonido de la voz del hombre resultaba nimio en comparación con los gemidos lastimeros que desprendían los hielos alrededor.

Estaban cerca del final de la pared y el terreno se había vuelto más fácil. Le dio alguna que otra instrucción pero se aseguró de no desconcentrarla. Sabía por experiencia que hacer escalones en el hielo era duro y cansado.

No dejaba de pensar si le ocurriría a menudo que un hombre la besara sin previo aviso. No había perdido los nervios ni le había dicho que la soltara ni lo había abofeteado. A pesar de que habría tenido todo el derecho a hacerlo.

No, él era quien estaba enfadado. Todavía le venían a la memoria recuerdos del momento en que perdió a Bill y Atlanta, para siempre. No era algo visual a menos que se tenga por visual el manto blanco ante los ojos y de fondo el grito.

Fue como cuando un niño tira piedras planas sobre la superficie en calma de un lago y rebota sobre el agua. La temida palabra «avalancha» se había abierto paso en su mente como una visión terrorífica al recordar que otro escalador le había dicho que había estado a punto de sufrir una. Trozos de hielo empezaron a desgajarse de la pared y recordó cómo clavó el piolet con toda la fuerza posible esperando ser arrastrado en cualquier momento.

El estruendo pasó junto a él, a su izquierda. Bill y Atlanta, sujetos de la misma cuerda, daban vueltas uno sobre el otro rebotando sobre la pared, bajando más y más...

Tenía que dejar de pensar en aquello o se volvería loco. Tenía que dejar de cuestionarse si habría sido culpa suya, dejar de buscar algo que hubiera cambiado los acontecimientos.

La determinación de Chelsea de encontrar los cuerpos se le había contagiado. Sería el último acto de amistad por unos amigos que habían confiado en él para llegar a la cima.

Kurt levantó la vista y vio que Chelsea había llegado al final de la pared y la vio desaparecer como el disco solar en el horizonte. Un mordisco de terror le atenazó la garganta cuando la perdió de vista. Aumentó la velocidad hasta que la vio ponerse en pie jadeando, aspirando bocanadas de aire puro. Moverse a esas alturas dejaba el organismo privado de oxígeno y necesita inspirar con fuerza. Y aún no estaban a mucha altura.

—¿Cómo te sientes, Chelsea?

—Cansada pero feliz. He comprobado que el escalador que dijo que quería escalar una montaña porque estaba ahí era un idiota. No dijo ni la mitad —dijo señalando con la mano la magnificencia del paisaje—. Sé que esto no es nada comparado con lo que nos depara el Everest, pero es maravilloso. No es sólo llegar, sino echar la vista atrás y ver lo hermoso que es nuestro planeta.

—Dímelo cuando llevemos aquí una semana. Pero lo que es más importante ahora, ¿cómo te van tus nuevas botas? ¿Te han hecho

heridas?

—No siento ninguna de momento —dijo ella desfalleciendo ligeramente. Levantó una pierna y se miró la bota cubierta con las polainas—. Mis botas son realmente cómodas.

—Ya pueden serlo por lo que han costado. Lo ideal hubiera sido probarlas un poco antes pero como no hemos tenido tiempo... —se detuvo. No tenía sentido decir lo que era obvio—. El estado de los pies son de vital importancia. Cuando volvamos al albergue te untaré un producto para que se endurezcan y estén preparados para algo más fuerte que caminar por suelos alfombrados con zapatos de tacón de aguja.

La sonrisa de Chelsea se esfumó al comprender el verdadero sentido del comentario. ¿A quién quería engañar? No era que hubiera hecho una broma a su costa. Estaba defendiéndose.

Kurt se dijo que el beso había sido una estupidez.

Soltar las riendas de la atracción que sentían, también. Dos errores más a sumar al primero que había sido acceder a acompañarla en tan peregrina aventura. Era una principiante, por todos los santos. Era peligroso para ella y sólo Dios sabía lo que sufriría su alma si algo malo le sucediese.

Tenía que admitirlo: había aceptado cuando Chelsea le dijo que si no era él, contrataría a alguien de Estados Unidos para hacerlo. No podía soportar que otro hombre estuviera a solas en la montaña con ella, tocándola. No era ni más ni menos que unos celos tremendos lo que lo habían llevado a involucrarse en algo tan peligroso.

—Ahora lo único que tenemos que hacer es descender. Esta parte debería resultarte fácil, así que vamos a ver qué tal es tu técnica de rappel de rocródromo de gimnasio —dijo Kurt consciente de estar haciéndolo de nuevo, de estar manifestando las diferencias entre los dos. En condiciones normales, nunca se habrían conocido.

Se hizo a un lado mientras observaba la habilidad con que hacía nudos y utilizaba los mosquetones. Una vez asegurada, colocó el

freno para no quemar la cuerda. No había cometido ni un solo error y Kurt no sabía si alegrarse o enfadarse.

—Tú primero. Yo te sigo —se limitó a decir cuando aseguró la cuerda.

—¿No confías en mis nudos? —preguntó ella mirándolo fijamente.

Fue uno de esos momentos en que las gafas de nieve estaban demasiado oscuras. Le hubiera gustado ver los ojos de Chelsea para saber si estaba bromeando.

—Como todo lo demás en ti, los nudos son perfectos.

Debería haber pensado que Chelsea no iba a quedarse callada tras un comentario así. Se colocó para bajar por la cuerda y se sujetó con fuerza antes de empezar el descenso.

—¿Y eso te intimida?

Lo intimidaba, sí. Había descubierto las sensaciones que aquella mujer era capaz de provocar en él. Estar con Chelsea empezaba a hacerle sentir como si estuviera trepando sin cuerda, como si volara sin alas. Maravilloso hasta que se sufría una caída.

Chelsea no podía recordar la última vez que se había sentido tan cansada, pero se sentía feliz ahora que estaban de vuelta en el refugio, sabiendo que los sherpas estaban acampados fuera y que iban a comer.

Se apoyó contra la pared pegada a su cama. Estaba contenta por haber cometido sólo un error. Además, había descubierto algo estupendo: le gustaban los besos de Kurt. Recordó el momento en que sus labios se habían encontrado, fríos por el hielo, aunque la calidez de la boca de Kurt distaba mucho de ser fría.

¿Habría disfrutado él besándola? Él había sido quien había dicho que se sentía atraído hacia ella. ¿Y qué había hecho ella aparte de caer en sus brazos para arrancarle semejante exclamación, «maldita sea, Chelsea»?

La puerta se abrió y el hombre que poblaba sus pensamientos

apareció con una palangana de algo humeante.

—¿La cena? —preguntó Chelsea.

—La cena estará lista en un ratito, pero antes, ocupémonos de tus pies —contestó dejando la palangana en el suelo. Unas gotas de agua saltaron al suelo mientras pequeñas columnas de humo subían del interior hacia el rostro bronceado de Kurt, que se estaba arrodillando junto a la cama. La barba le había crecido. Recordó el roce del pelo en la mejilla y en los labios y una oleada cálida la invadió.

Kurt la trajo de vuelta al mundo real.

—Bien, fuera los calcetines.

—¿Por qué? —dijo ella con indignación, feliz de tener una excusa para el enrojecimiento de sus mejillas.

—Voy a lavarte los pies.

—No es necesario. Ya soy mayor. Sé hacerlo yo sola.

—Lo último que esperaba de Chelsea Tedman era que fuera vergonzosa. Vamos, osito Teddy, puedes permitirte cuando estás en un *trekking* en el que sólo estamos los dos.

—¿Cómo me has llamado?

—Te he llamado osito Teddy. ¿Nadie te llamaba así en el colegio? Pensé que apellidándote Tedman... —se detuvo y sonrió con aire travieso. Era algo que Chelsea no le había visto hacer a menudo—. Gruñes tan bien... y siempre te he provocado para morder —añadió.

—¡Ahora sí que me dan ganas de morderte!

El silencio cayó sobre ellos. Los ojos de Kurt la recorrieron de arriba abajo plenos de pasión, una sensación sorprendente que la hizo sentirse muy femenina y debilitada por dentro. Hasta que Kurt rompió la pompa.

—Será mejor que los lave antes de que se enfríe el agua. No es que se tarde demasiado en calentarla pero no podemos derrochar el combustible y eso sí cuesta mucho subirlo hasta aquí.

Consciente de que no tenía más opción, Chelsea se dobló y se quitó los calcetines de lana agradeciendo habérselos cambiado en un

momento de descanso. No había llevado más que cuatro pares y cada noche colgaba los que se quitaba para que les diera el aire fresco. No se podían lavar.

—Los dos. Hay espacio para remojar los dos pies a la vez.

Chelsea se preguntó si Kurt se habría dado cuenta del tamaño de sus pies pero obedeció de mala gana. No estaba tan caliente como creía. Sintió el calor reconfortante en las plantas doloridas y dejó escapar un suspiro como si estuviera degustando una trufa de chocolate belga. Su favorito.

Kurt la miró sin distraerse de la tarea.

—¿Qué tal?

—Maravilloso —dijo cerrando los ojos y dejándose llevar por la placentera sensación—. Me encanta que me mimen —pero abrió los ojos al notar que le caía agua sobre el puente de ambos pies de manos de Kurt. El agua y el roce con las manos de Kurt lanzó mariposas en su estómago, como si la hubiera tocado en un punto mucho más sensible de su cuerpo. Tuvo que apretar con fuerza las rodillas y los muslos tratando de acallar el deseo que se había despertado en ella. Su excitación iba en aumento.

Movió los pies dentro del agua. Era lo único que se atrevía a mover. Era humillante. No podía dejar que Kurt viera la forma en que sus acciones la estaban afectando.

—Vale. Ahora dame uno —dijo dándole unos golpecitos en un pie.

Sorprendida, obedeció y dejó el pie en sus manos.

—¿Qué vas a hacer?

—Examinar que no estén magullados ni haya ampollas. Mañana nos espera un día más duro. Todo cuidado es poco —dijo al tiempo que pasaba la palma por la planta del pie y le rodeaba el talón para masajear a continuación los hoyuelos que se formaban a ambos lados del tendón de Aquiles. Chelsea no pudo evitar un escalofrío.

—Tengo los pies muy sensibles —dijo Chelsea. Por decirlo

ligeramente. Siempre había tenido cosquillas y ahora acababa de descubrir la excitación que le causaba el contacto con las manos de Kurt mientras le masajeaba los dedos. No quería que parase nunca.

—Te hace cosquillas porque hay muchas terminaciones nerviosas, igual que en los dedos de las manos. Probablemente tenga que ver con cuando éramos monos que nos columpiábamos de las ramas — sonrió Kurt relajado. Si no fuera por la barba, se diría que tenía un aspecto juvenil—. Tú Jane, yo Tarzán.

—Me temo que te equivocas de continente. Y creo recordar que era una zona llena de árboles.

—Aguafiestas —dijo él apoyando el talón de Chelsea sobre su rodilla—. Sólo quería caldear el ambiente.

¿Caldear? Ella se sentía al rojo. Se inclinó hacia atrás apoyando las manos en la cama y miró hacia el techo mientras Kurt se ocupaba del otro pie.

Tenía los talones apoyados en los muslos de Kurt que, al estar en cuclillas, dejaban a la vista los desarrollados y fibrosos que estaban. Entonces, se dispuso a secarle los pies con sumo cuidado.

Chelsea se preguntó si Kurt se daría cuenta de lo que le estaba haciendo o si, por el contrario, estaría mostrándose juguetón a propósito.

—Bien. Sube ahora los pies y ponlos en la cama. Tengo un poco de linimento que les vendrá bien.

Linimento. Recordaba haberlo usado cuando montaba a caballo y el olor no era nada sensual.

—Gracias por cuidar de mí —dijo Chelsea subiendo los pies y cubriéndolos con el saco para que no se le enfriaran.

—De nada —dijo Kurt incorporándose y estirando los brazos. Al hacerlo, Chelsea se percató de que no sólo ella se había excitado con el tratamiento. Vio que Kurt siguió su mirada y cómo éste sonreía al tiempo que se rascaba la barba, pero no lo mencionó.

—Si queda algo de agua caliente, podrías afeitarte.

—No merece la pena —dijo él tirando la toalla sobre su saco y tomando la palangana.

Chelsea se preguntó si le habría hecho pensar que le estaba haciendo proposiciones. Estaba claro que el beso le había gustado pero eso no significaba que estuviera dispuesta a otra cosa. No estaba preparada. No sabía si alguna vez estaría preparada para volver a intimar con un hombre. Jacques, el francés del que creía estar enamorada, le había demostrado que despreocuparse conducía al desastre. Había dejado que la llevara a la cama y le había abierto su corazón, un corazón que estaba vacío desde que Atlanta se marchara para casarse con Bill dejándola en manos de un padre dictatorial que pensaba que el amor era para las masas.

De ahí que no aceptara el compromiso de su hermana con Bill. Atlanta había intentado convencerla de que realmente estaba enamorada de Bill pero ella sólo había visto la manipulación de su padre. Sin embargo, había estado ciega a la manipulación de Jacques.

Al menos, se enteró de las intenciones de Jacques antes de casarse con él, lo cual le evitó tener que pagarle la pensión de la que el hombre esperaba vivir tras el divorcio.

Pero Chelsea aprendía de sus errores, como Kurt había tenido oportunidad de comprobar. Ahora que Atlanta y Bill estaban muertos, su fortuna se vería incrementada. No había pensado mucho en ello hasta ese momento pero algunas personas la encontrarían por ello mucho más atractiva. Para ella significaba que aumentaban los problemas.

En ese momento Kurt entró dando una patada a la puerta anunciando que la cena estaba lista y llevando un plato en cada mano. Pero además sostenía con el dedo meñique una botella de linimento.

Se movía con cuidado para no clavarse los tenedores que llevaba metidos en la cinturilla del pantalón.

Chelsea estaba en la cama abrazándose las rodillas y cambió de

posición para quedar sentada en el borde.

—Elige un plato —dijo Kurt dándole a continuación los tenedores, y se sentó en la otra cama, frente a ella, el plato sobre las rodillas—. Come ahora que está templado. Esto puede esperar un poco más —dijo refiriéndose al linimento. Se fijó en que Chelsea lo miraba con suspicacia. A veces, era muy fácil saber lo que estaba pensando.

—No creerás que voy a bebérmelo, ¿verdad?

—Bueno, contiene algo de alcohol pero ¿estamos tan desesperados? —dijo él leyendo la etiqueta con tanta atención como había leído la de la botella de vino en el restaurante—. Los demás componentes harían arder el estómago de cualquiera.

—¿Qué componentes, exactamente? —dijo ella arqueando una ceja.

—No preguntes. No quiero que te sienta mal la comida —dijo él yéndose por las ramas.

—¿Y qué es esto? —preguntó tocando con el tenedor una especie de rollo que había dentro del plato—. ¿Algo de lo que me tengas que avisar?

—No es más que arroz, cebollas y verdura. Si encuentras trozos es tofu. Se conserva mejor que la carne. Tienes que aumentar el aporte de proteínas. No pienses en las calorías, piensa en la energía.

Chelsea siguió inspeccionando el contenido del plato mientras Kurt pinchaba con su tenedor.

—De hecho, no está tan malo. Aprovéchalo ahora que puedes. No tiene comparación con la comida seca que acabaremos comiendo si es que llegas arriba.

Chelsea tomó una cucharada y tragó, y después otra. Cuando levantó la vista y vio que Kurt la estaba mirando, asintió.

—He comido cosas peores. Aunque no puedo recordar dónde.

—¿Alguna vez has ido a algún sitio que no fuera de lujo? —preguntó Kurt, aunque esta vez era mera curiosidad.

Chelsea levantó las comisuras de los labios. En el fondo de sus ojos grises también relucía una sonrisa.

—¿Cuenta la limpieza del establo de mi caballo? Sé utilizar la horquilla del heno tan bien como tú el piolet.

Kurt no la creyó ni por un momento. ¿Por qué haría algo así cuando lo más probable era que el establo fuera suyo? Por una parte, deseaba no haber mencionado nunca lo de la atracción pero creía que lo importante era la sinceridad con sus clientes, y lo cierto era que la tensión sexual entre ellos estaba provocando en él un cortocircuito. El beso nunca debería haber ocurrido pero nunca antes había sucumbido a la tentación como con Chelsea.

A continuación, tomó la botella de linimento y se puso un poco en la palma de la mano. Aquello iba a ser terriblemente doloroso.

—Muy bien. Manos a la obra.

—Lo puedo hacer yo sola.

—No tiene sentido que los dos terminemos con este horrible olor en las manos —dijo él mientras la luz de la lámpara de queroseno levantaba sombras que se movían como murciélagos por las paredes. Una visión fantasmagórica de cómo la abstinencia lo estaba haciendo sentirse. Nada comparado con lo que habría de venir.

Él no estaba obsesionado con el sexo pero tenía momentos. ¿Qué hombre de su edad no los tendría? Había sido fácil pasar sin ello cuando no había ninguna mujer en muchos kilómetros a la redonda. No le había exigido ningún sacrificio.

Pero a Chelsea la deseaba. Mucho.

Y dolía. No se refería sólo a dolor físico porque estuviera excitado la mayor parte del tiempo, sino dolor porque era la primera mujer que parecía hecha a su medida. La primera que le llegaba por encima del hombro y cuyo cuerpo parecía diseñado para poder soportar su peso.

—Alégrate de no tener que usarlo como bálsamo de afeitado —dijo ladeando la cabeza y mirándolo—. Los hombres tenéis suerte de

poder dejar que os crezca la barba.

El comentario le arrancó una sonora carcajada que resonó entre las cuatro paredes.

—Por la calidez —explicó ella tratando de suavizar el comentario.

—Créeme, osito Teddy, una barba es lo último que me gustaría ver en una mujer. Será mejor que te tapes con un pañuelo.

—No me llames así. No me gusta la condescendencia —dijo ella dándole una patada en la rodilla haciendo que se tuviera que apoyar sobre los talones.

—Mira lo que he hecho. Ahora hay linimento por todo el suelo. ¿Qué te parece si te llamo sólo Teddy? Así parecerá un apelativo como si fueras uno más de los chicos.

Kurt se puso de pie y limpió el líquido con la punta de sus botas.

—El olor no es tan desagradable —dijo poniendo un poco en la palma de nuevo—. Estará frío al principio por el alcohol. No saltes cuando lo notes.

—¿Así estoy bien? —dijo Chelsea inclinándose hacia atrás y apoyándose con las manos en la cama.

—Si estás cómoda... Tal vez estés mejor tumbada —dijo él aunque no era lo más apropiado. Nada más decirlo, vio cómo la sonrisa se le borraba del rostro y retiraba el pie con cuidado—. Escucha, olvida el beso. Fue por la emoción del momento. Nunca ocurrió. No pienso abalanzarme sobre ti.

Diciendo esto, comenzó a extender el linimento por el pie con la esperanza de haberla convencido, ya que con él no había funcionado.

—No te preocupes. Al principio está frío pero luego tiene un efecto de calor sobre la piel —añadió cuando Chelsea dejó escapar un escalofrío involuntario—. Es un crimen tratar de endurecer la piel de tus pies.

Esta vez, Chelsea no se lo discutió, se limitó a producir un perezoso murmullo como si en realidad no le hubiera estado prestando atención. Cuando comenzó con el otro pie, parecía

totalmente dormida. Kurt quería pensar que era por sus cuidados, pero la pobre se había esforzado mucho todo el día y merecía la pequeña siesta.

Los esperaba un largo día y había dado órdenes a algunos sherpas para que se adelantaran con las escalas de aluminio. En el Everest, la mayoría de las grietas que tendrían que cruzar tendrían un puente preparado. En eso había gastado los sesenta y cinco mil dólares al principio de la temporada.

Les había dicho que buscaran una grieta que no fuera muy ancha. No quería que Chelsea se asustara antes de haber ganado confianza, pero el lugar en el que los cuerpos se encontraban estaba fuera del camino marcado en la pared del Lhotse hacia South Col, y después estaba el paso Hillary hacia la cumbre.

Cuando salieran del glaciar West Cwm, estarían solos. Igual que la última vez.

— ¿En qué piensas?

— Pensaba que te habías quedado dormida pero si quieres saberlo, le estaba dando las gracias a Dios de que tengas la misma ambición que Bill. Pretendía subir por la ruta que la expedición americana abrió en 1963. Conquistaron el Everest por la vía más difícil de la Arista Oeste.

— ¿Tan mal lo he hecho?

¿Qué podía decir? ¿Que esperaba que tuviera la mitad de agilidad que su hermana?

— No, pero mañana tendremos que atravesar una grieta en el hielo pisando una estrecha escalera. Si te pareces a tu hermana, no te será difícil. Ella parecía volar sobre las escaleras. Solía decir que todos los años de ballet ayudaban. Si podía guardar el equilibrio sobre la punta de los dedos, ¿cómo no iba a hacerlo con las botas de montaña?

— Era buena. Me encantaba verla en el escenario.

— No puedo comprender cómo perdió el equilibrio y arrastró a

Bill con ella. Era lo último que esperaba que ocurriera.

Y no tenía ningún sentido.

—Cuéntame algo sobre tu trabajo en la embajada —añadió cambiando de tema—. ¿Es interesante?

Chelsea levantó una ceja y arrugó los labios. Lo miraba casi amenazadoramente. De pronto, la mueca se convirtió en una broma.

—No me preguntes. Así no tendré que mentirte.

Quizá fuera malísima para el ballet pero era una actriz estupenda.

—¿Quieres decir que si me lo contaras tendrías que matarme?

—Exacto —dijo ella apuntándolo con un dedo y riéndose de buena gana—. En realidad, soy una humilde traductora pero me da la excusa para vivir en París y me encanta.

## Capítulo 6

La semana de aclimatación estaba a punto de cumplirse. El día anterior, Kurt y ella había llegado al punto más alto del glaciar, 5.027 metros, donde habían pasado la noche. A esa altura, cualquier actividad consumía mucha energía y sería aún peor cuando dieran la vuelta al glaciar. Agradecía que no tuvieran que subir hasta la Zona de la Muerte. Sólo el nombre ya le hacía sentir escalofríos. Desde luego, la competitividad no estaba muy presente en su forma de ser. Excepto en lo que se refería a los caballos; y, aun en ese caso, el hecho de ganar no había sido la única razón que la había hecho esforzarse. Ella disfrutaba más con la sensación de estar sobre el caballo, un animal musculoso y fuerte.

Su mente viró peligrosamente y, por un segundo, la imagen se centraba en un Kurt totalmente desnudo, poderosamente fuerte y erguido. Se maldijo por excitarse en ese preciso momento. Kurt la estaba asegurando desde arriba y tenía que enfrentarse a un mayor grado de dificultad.

Borró la imagen de su mente. Sus pies tocaron finalmente la repisa. Era más estrecha de lo que parecía desde arriba, poco más de un metro. El ascenso había sido más largo pero más fácil.

—Te toca —dijo haciéndole una señal a Kurt.

Observó cómo descendía. Viéndolo parecía fácil. No se dejaba controlar por el glaciar, sino que usaba sus habilidades y su técnica para controlarlo él. La escalada era su vida. Ésa era otra diferencia entre ellos. Ella disfrutaba con sus pequeños logros pero el dolor que tenía que soportar después oscurecía el esplendor de cada conquista.

¡Conquistas! Su familia materna había seguido los pasos de los

conquistadores. Sin embargo, en ella debían de predominar los genes de los Tedman porque su madre había dominado durante un tiempo el circuito de carreras. Águeda Filipa y de la Chávez, la estrella, se convirtió en Águeda Tedman, segunda esposa, madre y estrella. Chelsea tenía una colección de vídeos de su madre en las carreras, pero había destruido en el que se veía el accidente. Igual que su padre destruyó al caballo.

Tomar clases de hípica en el colegio no había sido sino otra manera de desafiarlo. Se había mostrado bastante inteligente dejándola marchar. Sabía que limitarle el acceso a los fondos no tendría ningún efecto ya que la mitad de la fortuna de su madre había ido a parar a Chelsea sin restricciones de ningún tipo.

Pero si algo había heredado de su madre era la fuerza de voluntad. No iba a subir hasta la mitad del Everest para conseguir un trofeo. No, cuando inició la búsqueda, había empezado a sospechar que la Sydney Carton de *Historia de dos ciudades* de Dickens debería ser una de sus ancestros.

Era evidente que había heredado más cosas de su padre de lo que quería reconocer. Estaba haciendo aquel sacrificio por su negocio, para asegurarse de que no iba a terminar en un escándalo que arrastraría a miles de personas inocentes.

Contempló el paisaje que se extendía ante sus ojos y no pudo evitar empezar a reír a carcajadas. La falta de oxígeno tenía que ser la causa de semejantes delirios de grandeza. Todavía estaba riéndose cuando Kurt llegó junto a ella.

—¿Qué ocurre?

—Nada que se pueda explicar. Digamos que me acabo de dar cuenta de que me estaba tomando demasiado en serio. Si algo te enseña subir a una montaña es lo pequeño que eres en el mundo — dijo haciendo un arco con la mano—. Mira eso. ¿Hemos visto algo tan bonito en los monasterios por los que hemos pasado de camino a Syalkyo? Este lugar te hace creer en Dios.

—¿Quieres decir que no creías antes?

La sonrisa de Kurt no era condescendiente. Mostraba comprensión y otra cosa que la conmocionó por dentro. Ya estaba enrollando la escala que habrían de usar en el siguiente paso. Kurt tenía una manera de hacer las cosas que parecía como si todo fuera fácil, pero Chelsea reconocía el tono de confianza en uno mismo que da la experiencia.

—Antes creía, pero en una manera general. En lo alto de estas montañas es como si pudieras contemplar la mano de Dios. Esa es la diferencia.

—Bienvenida al club. Aunque debo decirte que los sherpas consideran al Everest una diosa, la Madre.

Chelsea no tenía que responder. Su sonrisa lo decía todo.

Kurt iba preparando mientras tanto las cuerdas para el siguiente paso y cuando hubo terminado la miró con una gran sonrisa.

—¿Estás preparada, Teddy?

Sus dientes de un blanco cegador resaltaban más aún sobre la barba oscura que iba poblando su rostro. Estaba segura de que, bajo las gafas de nieve, sus ojos relucían de alegría... y de algo más. Puede que no tuvieran sexo pero la atracción de la que Kurt habló el primer día no había desaparecido. Estaba tan presente entre ellos como la cuerda que Kurt iba tendiendo y que los mantenía unidos.

Kurt miró hacia atrás. Unas delgadas nubes se estaban agrupando sobre el glaciar. El viento le golpeó la cara haciéndole más difícil respirar.

Se cambió el piolet de mano y disminuyó la velocidad para esperar a Chelsea.

—Tenemos que terminar el tramo. ¿Vas bien?

—No me duele nada. Marca el paso y yo lo seguiré.

Estaba a apenas novecientos metros del refugio y habían dejado la cascada de hielo atrás. La superficie que tenían bajo los pies era básicamente hielo y rocas, una superficie dura que podía infligir

mucho daño antes de llegar al refugio, sin contar con el viento que estaba empezando a alcanzar los cuarenta y cinco o cincuenta nudos y cuya fuerza iba en aumento.

—Mira hacia atrás —le dijo al tiempo que hacía que se girara para que contemplara el tramo recorrido.

Chelsea se giró y al hacerlo su mochila dio contra el pecho de él y su cabeza quedó a la altura de sus hombros.

—¿Ves esas nubes que se arraciman sobre la cumbre? —continuó Kurt—. Buena parte de la masa blanca que ves es polvo de nieve que el viento araña de la superficie del glaciar. Es mejor no estar a la intemperie cuando el viento azota de esa manera. Es una suerte que nos hayamos dejado puesta la parka en vez de habernos cambiado.

—Querrás decir que es una suerte que hiciera tanto frío esta mañana que no nos hayamos quitado la ropa con la que dormimos anoche —dijo ella poniéndose la mano en boca a modo de altavoz.

—Sí, eso también —dijo él sujetándola por un brazo para protegerla de un violento golpe de viento. Era lo más cerca que había estado de ella, voluntariamente, desde el beso. Tal vez debiera besarla de nuevo para restarle importancia al hecho de haber ocurrido una vez.

Chelsea se apretó contra él al tiempo que se ponía las manos en la boca para hacerse oír.

—¿A qué estás esperando? Salgamos de aquí.

Cuando por fin llegaron al refugio, todo alrededor estaba desierto. No quedaba resto de tiendas y demás parafernalia de los sherpas. Ni un papel ensuciaba el suelo. Debería alegrarse de que los hombres que había contratado esta vez sabían cuál era su opinión de la conservación del medio, si no fuera porque un terrible pensamiento ensombrecía su mente. ¿Cómo iba a soportar una noche más sin tocarla, sin repetir aquel beso?

—Nunca pensé que me alegraría de ver este refugio.

—Veo que unos días en la montaña han bastado para reducir los

estándares a los que estás acostumbrada.

La noche anterior la habían pasado en una tienda en lo alto del glaciar. Una nueva experiencia a la que Chelsea tendría que acostumbrarse.

Cuando terminaron el descenso del Ama Dablam, Kurt había aceptado a regañadientes que tendría que cumplir su promesa de llevarla a la cumbre del Everest. Lo que significaba, desafortunadamente para él, un mes más cerca de ella sin poder tocarla. En la emoción del momento, Chelsea le había echado los brazos al cuello pero él los había apartado rápidamente y tenía la sensación de que aquel movimiento deliberado de negar acercamiento físico era la razón por la que ahora se estuviera devanando los sesos recordando el beso.

Y no sólo eso. Tenía la impresión también de que Chelsea era mucho más que una mujer rica que disfrutaba del prestigio y los mimos de trabajar en la embajada y que la confianza en sí misma que poseía y que él había considerado autoritarismo no se debía sólo a que fuera rica sino a que se había hecho valer siempre en la vida.

—Bueno, parece que estamos solos —dijo Kurt abriendo la puerta con el hombro—. ¿Qué tal tus habilidades culinarias?

—Inexistentes.

—Entonces, tendré que preparar algo yo mismo.

El ambiente estaba muy tranquilo si no se tenía en cuenta el virulento aullido del viento fuera del refugio. No se oían voces ni ruido de utensilios de cocina. Kurt miró el reloj.

—Me pregunto hasta dónde habrá llegado nuestro equipo.

Se suponía que Rei y Ang Nuwa, su primo, tenían que alcanzar a los otros en el *trekking* hasta el campamento base, donde todo estaría preparado antes de que ellos llegaran. Deseó poder tenerlos allí con ellos.

Pero luego trató de animarse. Sólo sería una noche... una larga noche.

Cuando abrió, el viento empujó la puerta y, después de cederse el paso uno al otro, ambos entraron riéndose y golpeándose con los lados de la puerta en su prisa por escapar a las dentelladas del viento.

Kurt se quitó la mochila y cerró la puerta no sin esfuerzo. El viento estaba haciéndose más fuerte y se alegraba de que hubiera dos maderos para atrancar la puerta. Aun así, el viento la golpeaba haciéndola temblar.

La luz era mínima. Al contrario que días antes, a aquella hora el cielo estaba oscuro. Chelsea se estaba riendo. Kurt escuchó cómo su mochila golpeaba el suelo y cómo se bajaba la cremallera de su anorak. Trató de ignorar el ingrediente sexual que implicaba el estar desnudándose a oscuras y se concentró en lo negativo que podría ser si se tropezaban con todos los trastos desparramados por la habitación. En el Everest, los efectos de una herida aumentaban. La falta de oxígeno hacía que el cuerpo tuviera que esforzarse al límite y costaba más que las heridas curasen. Una cosa más que añadir a la lista de imprevistos contra los que luchar.

—Creo que hace demasiado frío para quitarme la chaqueta —dijo Chelsea.

—Sí, la temperatura está bajando pero pronto entraremos en calor aquí dentro. Por cierto, ¿recuerdas dónde está tu frontal? Creo que necesito ver algo.

—Espera. Lo envolví en una camiseta en la parte superior de la mochila.

—¿Lo puedes sacar? —preguntó Kurt—. Comprueba que nos queda de comida. Me pareció ver un bulto de algo entre las camas cuando entramos —dijo Kurt mientras se quitaba los guantes y buscaba en los bolsillos una caja de cerillas y la lámpara que habían utilizado en la tienda. Que Chelsea encontrara antes su frontal y lo iluminara con él facilitó mucho las cosas.

—Nos han dejado la cocina de keroseno, una botella de

combustible, no mucho, aunque no creo que la vayamos a necesitar porque la mayoría de la comida que nos han dejado son cosas secas. Hay barritas de proteínas y otras cosas. También hay agua, platos y un cazo —dijo Chelsea levantando la cabeza e iluminándolo con el frontal—. Tengo aquí mi taza y unas bolsitas de té en el bolsillo.

—¿Algo más? ¿Alguna otra barrita de proteínas y demás dulces que no te hayas comido? Pregunto porque no estoy muy seguro de que el viento vaya a ceder esta noche. Intentaré conseguir información meteorológica por el teléfono pero puede que la tormenta haya causado problemas en la comunicación. Me preocupa que ahora empiece el mal tiempo y tendremos que racionar los alimentos.

En ese momento, prendió una cerilla y encendió la lámpara. Al momento, ambos podían verse la cara. A pesar de la dura jornada, Chelsea seguía estando muy *sexy*.

—Me quedan todavía dos cartuchos de gas. ¿Tienes alguno tú?

—Sé que me queda uno que está a medias y creo que tengo otro más.

Kurt cruzó la habitación. Los últimos metros hasta llegar al refugio no habían sido un paseo precisamente. Se había tenido que parar dos veces para ajustar la capucha de Chelsea y él había tenido que ajustarse más el gorro de lana hasta las gafas a falta de un pasamontañas, que habría sido mejor si no hubieran estado al fondo de las mochilas.

—Enséñame la cara. ¿Te escuece?

Chelsea tenía unos rosetones de vivo color rojo en las mejillas allí donde las gafas terminaban. Kurt las frotó con el dorso de los nudillos.

—Compruebo si te has quemado.

Los labios de Chelsea estaban muy cerca de los suyos. Kurt se retiró aunque aquella caricia natural había provocado una explosión en su entrepierna. La testosterona negada durante tanto tiempo

estaba llegando a cotas muy altas. Tenía que retroceder.

—¿Qué tal los dedos? ¿Sientes que se te duermen?

—Estoy bien, de verdad. Te lo diría si me pasara algo.

¿Seguro? Tenía un aspecto radiante y no parecía que fuera a decirle nada. Chelsea tenía secretos y no todos tenían que ver con su trabajo. A veces empezaba a decir algo, sobre Atlanta o su padre, y se detenía en seco fingiendo haber olvidado lo que iba a decir. Kurt había empezado a pensar que se trataba de algo misterioso que sólo ella y su hermana sabían y que no pensaba confiárselo.

Con todas las historias de niños maltratados estaba empezando a sospechar aunque no había llegado a ninguna conclusión. No había sufrimiento en sus ojos grises cuando se cerraba a él, sino fiera determinación, la misma que había visto brillar en ellos a cada paso por la montaña que Kurt ponía a prueba. Por mucho que intentaran seguir siendo unos extraños, lo cierto era que si no fuera por el freno que se autoimponía ya serían amantes.

Era hora, sin embargo, de ganarse la confianza de Chelsea. El tiempo pasaba y entre ellos no había esa comodidad y relajación que solía darse con los clientes en ese punto del viaje. Tener que permanecer en el refugio no haría sino aumentar la sensación de incomodidad.

—Será mejor que salga a cazar antes de que el tiempo empeore.

Chelsea sonrió. Siempre bromeaba con él sobre la manera en que se comportaba, como el jefe del clan con sus sherpas.

—Hay una pila de leña en la parte trasera —añadió—. No quería tocarla pero la situación se podría denominar como emergencia —dijo poniéndose los guantes y ajustándose la capucha—. Cierra cuando salga. Llamaré con la punta de la bota cuando vuelva aunque puede que tenga que hacer varios viajes —dijo con la mano en el pomo, pero antes de salir aún bromeó—: Y mientras yo salgo a cazar ¿por qué no haces las labores de la casa y vas preparando la cena?

Chelsea levantó la barbilla pero al segundo Kurt estaba fuera y el

viento ensordecía cualquier comentario sarcástico.

A solas, decidió empezar por encender la cocina de keroseno. Si los sherpas podían hacerlo fuera con viento ella podría hacerlo dentro del refugio. Se concentró en hacer lo que había visto muchas veces. Podía traducir otros cuatro idiomas además del francés, algo que requería técnica y velocidad, pero hasta el momento, el centro no le había pedido nada más. Trató de quitarse de encima la sensación de descontento que la perseguía. Probablemente nunca revolucionara la red de espionaje como otros compañeros habían hecho. ¿Acaso lo había esperado alguna vez? Pidió a Dios para que la protegiera por haberse lanzado a la aventura de recuperar el cuerpo de Atlanta sin pensárselo dos veces, como una manera de demostrar a todos su valía.

Se preguntó cómo podía ser a veces tan ingenua. Jason Hart, su jefe, le había dicho que nunca se le pediría que interviniera en una operación secreta. Su dinero, y si no su rostro, la hacían demasiado memorable.

También se preguntó si ella era el tipo de persona motivada por nada más que la gloria personal. Pero se sacudió cualquier traza de egoísmo que pudiera quedar en su subconsciente. El simple hecho de estar en aquellas montañas, donde todo su dinero no servía de nada, la había hecho cambiar.

Sin embargo, tenía que ponerse en contacto de alguna forma con la agencia o mandarían a alguien en su busca.

Cuando Kurt golpeó la puerta, ya tenía agua hirviendo en el cazo y dos paquetes de comida congelada calentándose para la cena.

Chelsea corrió a abrir y retrocedió rápidamente para dejarlo entrar. Las ramas quedaron apiladas en el suelo y, a juzgar por el tamaño de la pila, se preguntó si Kurt sabría algo del tiempo que ella no sabía.

—Supongo que esto bastará. He perdido por el camino tantas ramas como ves aquí. El viento las arrastraba. Creo que podemos dar

gracias de no estar en una tienda en el Ama Dablam.

Chelsea había estado tan absolutamente perdida en sus pensamientos que no había oído el ruido hasta que trató de reconocer la voz de Kurt entre los aullidos del viento.

—¿Resistirá el tejado? —preguntó mirando el techo. Si caía sobre ellos, ya podría dejar de preocuparse; más aún, si le ocurría algo malo, su primo Arlon se haría con todo. Tenía que haber contado lo de la carta en la agencia antes de lanzarse a una aventura tan descerebrada.

—No te preocupes por el tejado hasta que veas que sale volando. Entonces habrá que buscar refugio.

Chelsea se quedó con la boca abierta. Podían morir y él parecía no estar preocupado. Kurt hacía cosas mientras hablaba. Se había quitado el anorak, el gorro y las gafas. Y entonces la miró.

—Sólo era una broma. Este edificio ha resistido a muchas ventiscas como ésta y aún parece que resistirá. Tenemos que ser conscientes del peligro pero no sobredimensionarlo —continuó Kurt poniéndole el brazo sobre los hombros—. Lo siento mucho si te he asustado. Siempre pareces tan fuerte que olvido concederte la parte vulnerable que hay en toda mujer.

—No ha sido culpa tuya. Supongo que la muerte de Atlanta me ha hecho ser consciente de que todos podemos estar aquí en un momento y muertos al siguiente. Arriba, en el glaciar, me he dado cuenta de lo insignificante que soy —«y de lo descuidada que he sido al venir sin decirle nada a nadie». Tendría que llamar a Josh McBride, Mac, en cuanto pudiera.

De pie junto a Kurt se dio cuenta de que tenía el jersey cubierto de astillas de leña. Se ocuparía de ellas.

—Levanta la barbilla, Kurt. Te quitaré las astillas antes de que te las claves.

Casi había terminado de quitárselas cuando se acordó de la cena.

—Ya termino. A tiempo para la cena. No sé muy bien lo que hay

en cada bolsa pero podemos compartirlo si uno es mejor que el otro.

—Me parece bien —dijo él bajando la vista.

Chelsea se percató del brillo que había en la profundidad oscura de sus ojos, así como de los sutiles matices de la conversación. Por no mencionar las advertencias.

—Echa la cabeza hacia atrás. Sólo queda un par —ordenó ella.

—Creo que se me han debido de meter en la barba también. ¿Te importa mirar?

Chelsea tiró a la chimenea apagada las astillas que le iba quitando, consciente de que estaba bromeando pero pensando si aceptar la invitación.

Su barba era más suave de lo que había imaginado. Mientras le pasaba los dedos sonrió al escuchar el gemido de placer que le arrancaba, como el ronroneo de un tigre.

Los estremecimientos que ella misma estaba sintiendo en su interior provenían del fondo de su laringe, y sus pezones se irguieron. Cuando Kurt deslizó la palma de su mano detrás de su nuca, Chelsea sintió como si se quedara sin aire. Kurt tenía unas manos grandes y no le costó llegar con el pulgar para levantarle la barbilla.

Sus ojos soltaban chispas y Chelsea no pudo evitar ponerse de puntillas. Kurt le rodeó la cintura con la mano libre y la acercó tanto a su cuerpo que ni siquiera el viento podría pasar entre ambos.

Chelsea abrió la boca desesperada por llevar oxígeno a sus hambrientos pulmones. El viento le había reseca los labios pero resistió el impulso de humedecérselos. Si Kurt iba a besarla, sería por propio deseo, sin instigación por parte de ella.

Chelsea pensaba en un millar de cosas. Tema que lavarse el pelo, olía tan *sexy* como un yak y no llevaba ni un poco de maquillaje para disimular las imperfecciones. Si Kurt la deseaba, tendría que conformarse. Y lo hizo. Movié ligeramente el pulgar y le acarició con él los labios como si fueran de raso. La calidez de su aliento sobre su

cara hizo que cerrara los ojos, que le parecían repentinamente pesados. Kurt ladeó la cabeza y se acercó. Chelsea no pudo soportarlo y, en el último minuto, se humedeció los labios antes de encontrarse con los de él.

El abrazo se tensó y los cuerpos se unieron aún más. Chelsea contuvo el aliento. Si no la besaba pronto, se desmayaría como una heroína victoriana.

Y ocurrió.

Suave al principio pero duro y apasionado después, el más apasionado que recordaba. Una necesidad que había estado intentando negarse.

Y se terminó. Tan bruscamente como había empezado.

Kurt la liberó de su abrazo. Aquello no le había ocurrido nunca antes. Puso la mano en el pecho de Kurt como si lo necesitara para recuperar el equilibrio. Este tomó la pequeña mano y se la llevó a los labios. El beso que depositó en su palma fue corto pero de gran intensidad y dulzura. Y después, se llevó la mano a la mejilla y se restregó con ella.

—Gracias. Era una necesidad que me estaba volviendo loco.

Pero no dijo qué necesidad era ésa aunque apostaría todo a que no era la necesidad de mirar entre su barba.

Se acercaron a la cocina de keroseno.

—Parece que la cena está lista. Lo has hecho muy bien mientras yo me comportaba como el hombre de la casa.

De nuevo, había un doble sentido en sus palabras aunque el lenguaje corporal no podía engañar a nadie. Se acuclilló, apagó la cocina y pinchó con un tenedor cada una de las bolsitas de comida.

—Huele bien. Supongo que después de esta semana, has demostrado que eres algo más que una cara bonita.

Chelsea no tenía un espejo a mano pero sabía que, en aquellas circunstancias, alguien tenía que estar muy loco para describirla como una «cara bonita». Kurt tenía que estar ciego para no ver que

no era más que una mujer bastante larguirucha que necesitaba un corte de pelo y una limpieza de cutis. Ciego, sí, pero ¿qué lo llevaba a hablar así? ¿Sería simplemente la pasión o habría algo más? Y lo que era más importante, ¿quería ella saberlo? Después de todo, las circunstancias los habían unido, pero Kurt seguía siendo un extraño.

## Capítulo 7

El viento se estaba haciendo más violento fuera y encontró pequeñas rendijas invisibles al ojo humano por las que colarse en el refugio. Aunque la cena lo había reconfortado, el aire que le daba en la cara era helador.

Había esperado todo lo posible para encender el fuego. Tenían una cantidad de leña limitada pero les costaría menos dormirse si habían entrado en calor antes de meterse en los sacos.

Las pequeñas astillas ardieron las primeras, chisporroteando y silbando. Cuando las primeras ramas empezaron a arder, comenzó a poner más. Kurt escuchaba el ruido que hacían los pantalones de nylon de Chelsea acercándose. Vio que llevaba una taza en la mano y se la ofreció.

—Gracias —dijo Kurt aceptándola. Al girarse, comprobó que Chelsea se calentaba las manos con otra y se encogía de hombros.

—Siento no poder ofrecerte azúcar o leche, ni siquiera en polvo.

—Está bien. El té está caliente y es líquido. Eso es lo importante —vio que Chelsea temblaba mientras miraba al interior de la chimenea—. Todavía no calienta, pero cuando las piedras se calienten se estará muy bien aquí dentro —añadió.

—Lo que daría por tener un sillón para sentarme delante del fuego —dijo Chelsea—. De repente, tengo un deseo irrefrenable de contar con elementos de comodidad. Sé que te debo de estar pareciendo desagradecida cuando fui yo la que insistió en venir aquí, para mis huesos desean caer sobre algo blandito.

—Choque cultural: de hotel de cinco estrellas a refugio de primera necesidad de un salto —dijo él.

—Nunca dije que fuera fácil. Duro sí, fácil no, pero me alegra oír que he pasado todas tus pruebas —dijo Chelsea.

Kurt se había equivocado. Repetir el beso no había sido la respuesta.

—¿Por qué no te metes en el saco? —sugirió—. Tómate el té dentro. Las camas son lo más cómodo que hay en este sitio y no te vendrá mal acostarte más pronto un día después de una dura semana de aclimatación.

Se quedó mirando las llamas; al menos era más seguro eso que mirar a Chelsea y sus labios jugosos. Todavía tenía el sabor en la memoria.

—Creo que yo haré lo mismo —continuó Kurt—. Y si ocurre lo peor y no podemos salir mañana de aquí, al menos tendremos combustible de reserva.

—Buena idea. Estoy bastante cansada.

Kurt escuchó a Chelsea metiéndose en el saco. «¡Ni se te ocurra, Jellic!».

Se mantuvo donde podía ver el fuego, no tanto por comprobar su estado como por evitar la tentación. Aquél iba a ser un mes muy largo.

\* \* \*

Por sorprendente que fuera, Chelsea durmió toda la noche de un tirón. Sin embargo, cuando abrió los ojos, le bastó una mirada a Kurt para saber que no irían muy lejos. Aún estaba durmiendo. No tenía sentido despertarlo. No lo había oído irse a la cama pero probablemente había sido más tarde de lo que había dicho. Aquel hombre sólo dormía unas pocas horas al día.

El día se alargó interminablemente. Estaban solos, día y noche en aquella caja de zapatos, sin poder salir ni hacer nada. Cerró los ojos y trató de no pensar y volver a quedarse dormida. Pero no.

No tenía control alguno sobre su mente o su cuerpo. Tenía la

sensación de que si no cometía asesinato primero, se lanzaría sobre Kurt.

— ¿Otra taza de té?

Kurt se giró rápidamente y se chocó con Chelsea. Aunque era un espacio pequeño, Chelsea siempre se las arreglaba para acercarse a él sigilosamente.

— Esta vez no — dijo él. Una cerveza le apetecía más, o un trago de *whisky* malo, cualquier cosa que lo ayudara a calmar los nervios.

Chelsea lo había recogido todo, había barrido la chimenea y había preparado té. Kurt metió las manos en los bolsillos de su mochila y encontró una vieja novela de misterio con los bordes doblados de estar en la mochila.

Se tiró entonces en la cama, un brazo debajo de la cabeza y el libro en la otra. Ya lo había leído tres veces, pero era lo único que se le ocurría. Si lograba perderse en él, se olvidaría de momento de Chelsea.

Por su parte, Chelsea encontró una navaja multiusos con set de manicura incluido. Se sentó en el borde de la cama y se puso a cortarse las uñas comparando continuamente las de una mano y la otra para ver que estaban igualadas.

Ninguno de los dos había pensado en llevar unas cartas y hacía dos horas que se les habían terminado los temas de conversación. Volvió a mirar el reloj. Demasiado pronto para preparar la cena. ¿Un aperitivo quizá?

Dejó la navaja y se puso en pie. Al momento Kurt la siguió.

— ¿Qué? — dijo él mirando a su alrededor—. ¿Qué te pasa?

— ¡Me has asustado! — dijo ella lanzando un grito de sorpresa.

— No, tú me has asustado a mí — dijo él tomándola por los hombros—. Pensé que te habías hecho un corte en una uña o algo — y mientras lo decía deslizó las manos por sus brazos y le tomó las manos para examinar sus uñas—. Bonitas, pero aquí no tiene sentido.

Chelsea podía sentir el calor que irradiaba su pecho. Podía olerlo

y para ella era como un afrodisíaco. Los párpados le pesaban y el corazón le latía muy deprisa pero resistió la tentación de alargar las manos para tocarlo.

—Iba a comer algo. ¿Te apetece?

Kurt tenía las pupilas muy dilatadas. Estaba tan excitado como ella. Chelsea notó las manos de Kurt en sus muñecas. El pulso se le aceleró, tragó con dificultad esperando lo inminente.

—No deberíamos hacer esto —continuó.

El pulso también acelerado de Kurt ensordecía el razonamiento de Chelsea. No tenía por qué estar de acuerdo aunque ella tuviera razón. El rugido del viento fuera del refugio se tradujo en su mente en un comentario lleno de amargo sarcasmo cuando, finalmente, le soltó las muñecas como un lobo que pierde su presa.

—Cariño, si estuviéramos haciendo algo, no te dejaría ir como voy a hacer ahora.

Y diciéndolo, le dio la espalda y se alejó, todo lo lejos que pudo. Se metió las manos en los bolsillos y trató de calmarse, algo estúpido porque su erección no atendía a razones.

En el suelo estaban sus botas y dentro de una el teléfono por satélite. Le serviría de excusa para hacer algo y dejar de pensar en Chelsea.

—Creo que pediré de nuevo el informe meteorológico para saber cuánto tiempo más va a durar esto.

Lo que no dijo fue a que se refería con «esto». El tiempo cambiaría, como siempre pasaba, pero la necesidad de hacerle el amor a Chelsea no parecía ceder.

Chelsea sentía que el hormigueo bajo su piel empeoraba por momentos y se alegró de poder mantenerse ocupada haciendo la cena. Kurt ya había encendido la lámpara y la había colgado de un clavo en el techo.

Su resistencia estaba flaqueando. Había comenzado a preguntarse qué estarían haciendo en ese momento si no hubiera frenado los

avances de Kurt antes. ¿Tal vez estaría tumbada entre sus brazos totalmente satisfecha?

Satisfecha. ¿Cuándo había experimentado ella algo así con Jacques? Desde luego el francés nunca ocuparía un lugar de honor en la lista de amantes legendarios. Sus habilidades eran más intelectuales que físicas y, además, a él le interesaba más su dinero que su cuerpo. De hecho, cuando el atractivo Jacques la invitó a cenar por primera vez, Chelsea tuvo la desagradable sensación de que tal vez sus intenciones fueran descubrir los secretos de la agencia.

Pero Jacques sólo estaba interesado en hablar de Jacques. El caso era, ¿iba a dejar que su relación con aquel hombre afectara cualquier futura relación? Eso sería darle más relevancia de la que merecía.

En fin, lo que ahora tenía que hacer era romper las reservas de Kurt, pero para eso tenía que averiguar cuáles eran. No se lo había dicho a las claras. Sí le había dicho que la atracción existía entre ambos pero era la seguridad de que no iba a hacer nada lo que le alteraba los nervios.

Echó un vistazo a Kurt, que estaba encendiendo la chimenea con las últimas ramas. Lo veía claramente gracias a la lámpara que se balanceaba sobre su figura acucillada, pero al momento se convertía en una figura borrosa en su mente. ¿Era así como quería vivir aquella experiencia, con sólo un recuerdo borroso de Kurt? ¿O prefería la versión a todo color?

La predicción era optimista. El viento había empezado a ceder. Aunque siempre comprobaba los informes meteorológicos, no siempre confiaba en ellos, especialmente por experiencias de amigos en Nueva Zelanda. Habían salido a hacer un *trekking* con la seguridad de que iba a hacer un tiempo excelente pero cuando las corrientes de aire provenientes del Antártico chocaron con los vientos húmedos del Pacífico, lo impredecible ocurrió. En quince minutos se vieron en el centro de una bomba atmosférica. En menos de una hora casi habían muerto de hipotermia.

De pronto, la punta de la bota de Chelsea lo hizo salir de sus ensoñaciones. Kurt sujetó el plato que sostenía sobre las rodillas y levantó la vista perdiendo toda posibilidad de lograr pasar el resto de la tarde sin pensar en ella.

—¿Qué?

—Se me ha ocurrido algo terrible.

—¿Te dejaste la plancha encendida antes de venir a Nepal?

—No, tonto. No hago cosas como ésa. Quería decirte que me ha gustado la cena.

Kurt miró los trozos que aún quedaban en su plato y el plato vacío de Chelsea.

—Dicen que a buen hambre no hay pan duro —dijo Kurt y continuó comiendo antes de que se enfriara.

—No había muchas pero como parece que vamos a salir de aquí mañana, he decidido permitirme una chocolatina —anunció Chelsea.

—Las mujeres y el chocolate. A todas las mujeres que conozco les gusta —dijo Kurt levantándose y tendiendo una mano para que Chelsea le diera su plato. Recoger los platos de la cena le daría una excusa para alejarse de ella.

Chelsea levantó la vista y ladeó la cabeza, los ojos muy abiertos, relucientes a la luz de la lámpara. Se humedeció los labios sin pintar, lo que los hizo aún más jugosos.

—¿Sabías que algunas pensamos que es mejor que el sexo?

Kurt no sabía a qué juego estaba jugando pero decidió unirse. La miró detenidamente y Chelsea dejó que su mirada la acariciara de pies a cabeza.

—Entonces no te has acostado con los hombres adecuados —dijo él agachándose y metiendo los platos en el cazo con agua que había utilizado Chelsea para calentar la comida.

—¿Te apetece un trago de brandy con el chocolate? En algún sitio de la mochila tengo una petaca y ya que vas a pecar, hazlo bien —dijo él levantándose.

—Había pensado en hacerme un té... —se detuvo pero no desvió la mirada.

Había algo en su mirada que Kurt no se atrevía a asegurar. Tal vez más juegos. Cuando jugaba, lo hacía para ganar, pero tal vez hubiera llegado el momento de dejarse ganar.

—¿Qué tipo de brandy es? —preguntó ella.

—Bueno. Bill me lo dio. Decía que era medicinal.

—Iré a por las tazas.

Cuando Kurt se dio la vuelta con la petaca, Chelsea ya estaba allí con las tazas. Se metió en el bolsillo de los pantalones uno de los paquetes que había encontrado junto al brandy. Comenzó a verter el líquido en una de ellas. El sonido del licor lo llevó de vuelta a la noche en que se habían conocido. Cerró entonces la petaca. Ya no miraba las tazas, sólo recordaba las curvas del cuerpo de Chelsea la noche que se conocieron en la taberna.

—Esta es mía —dijo él tomando a ciegas la taza y bebiendo de un sorbo el contenido. Dejó caer la petaca entonces, tomó la taza de Chelsea y dejó caer también las tazas al suelo.

Chelsea se quedó con la boca abierta cuando oyó las tazas golpear el suelo. Kurt cubrió el paso que los separaba y la besó. La tomó en sus brazos y dejó de luchar contra la atracción que lo tenía totalmente frustrado. Estaba caliente como un animal en celo desde que se diera cuenta de las consecuencias que podía tener dejarse seducir por el encanto de la extraña que había llegado buscando su ayuda. De momento, dejaría que guardara sus secretos y se sentiría satisfecho con su cuerpo.

Cuando notó los brazos de Kurt alrededor, Chelsea supo que eso era lo que había estado necesitando. No había imaginado que pudiera ser tan fiero, tan excitante. Su boca, sus labios, su lengua sabían a brandy, que ella lamía con fruición hasta estar colmada de sensaciones y dispuesta a bajar la guardia.

Continuaron besándose. Ella no quería que terminase nunca.

Rodeó con sus brazos la espalda de Kurt con ansia. Lo abrazó con fuerza y sintió la erección de Kurt presionando contra su estómago. ¿Qué importaba que sólo lo conociera desde hacía unos días? La amabilidad sincera que había visto en él le daba la seguridad de que, incluso en un momento como aquél, Kurt cuidaría de ella.

Muerta de deseo, levantó una pierna y le rodeó la cintura mientras le sacaba del pantalón las dos camisetas. Necesitaba sentir el contacto con su piel.

Por debajo de la ropa, deslizó las manos por la ancha espalda hasta que Kurt empezó a gemir de auténtico deleite. Chelsea suspiró al oírlo.

—Tienes una piel muy suave y cálida.

—Y yo imaginaba que tu piel sería sedosa como pétalos de magnolia —dijo Kurt introduciendo sus manos por debajo de las prendas de ella—. Y lo es.

Sus manos subieron por la espalda buscando el cierre del sujetador.

—¿Se abrocha delante?

—No se abrocha. Se mete como una camiseta.

—Entonces tendré que sacártelo.

Chelsea notaba las manos de Kurt en todo su cuerpo. Le tomó los pezones entre los dedos y sus pechos respondieron mientras le llenaba el cuello de delicados besos que la hacían temblar de placer. Pero la tensión se agravó cuando introdujo una mano bajo sus pantalones y le acarició el sexo hambriento.

—No pares nunca —susurró Chelsea consumida de deseo.

—Me parece poco tiempo —dijo Kurt mordisqueándole el lóbulo de la oreja haciéndola estremecerse de deleite—. Qué bien sabes, Teddy.

Sabía que ya estaba lista para él, húmeda de excitación. Introdujo un dedo entre sus piernas y mientras frotaba con la base de su mano el exterior de su sexo. Chelsea trató de pegarse aún más a él y de

pronto éste se detuvo. Estaba temblando. Tenía que penetrar en ella ya. Dejó la mano libre en la espalda de Chelsea y la empujó hacia él gimiendo de un deseo irrefrenable por poseerla.

Chelsea demandaba su atención besando con ansia su garganta.

—No puedo esperar. Te deseo, ahora.

Kurt estaba empezando a decir que no estaba preparado pero entonces recordó los paquetes que había encontrado junto a la petaca. Una vez resuelto ese problema, surgió otro.

—Maldita sea, los dos llevamos las botas puestas. Tardaremos un montón en quitárnoslas.

—Las mías están desatadas. Y no es momento de sutilezas —dijo ella.

Kurt alargó entonces la mano y le quitó la bota.

—Mira en mi bolsillo. Protección.

—Mi héroe —susurró ella.

La espera se hacía más angustiosa mientras las estilizadas manos de Chelsea buscaban el paquete.

—Creía que tenías prisa —bromeó él.

Se lamentó porque quería sentir los pechos de Chelsea contra su piel, ver los pezones que respondían tan diligentemente a sus caricias, endureciéndose. Le faltaban manos.

—Quiero sentir tu piel.

—Otra vez será. Túmbate para que pueda ponerme encima de ti.

Las manos de Chelsea estaban en la cintura de los pantalones de Kurt. Este contuvo el aliento cuando notó que tomaba en ellas su miembro. Se olvidó de todo. Sólo existía Chelsea, sus manos. Se estremeció ante la intensidad de sus caricias. La había deseado desde el primer momento y la realidad superaba con creces su imaginación.

Tomándole la palabra a Chelsea de que no era momento para sutilezas, le bajó los pantalones. Sentía la piel caliente bajo sus manos. Buscó la pared más cercana y, sosteniendo el cuerpo de Chelsea contra él, la penetró.

El orgasmo amenazaba con llegar, cálido, húmedo, palpitante. Tenía que ir más despacio para ajustarse al ritmo de Chelsea pero por la forma en que los músculos de ésta lo apretaban, parecía que llevaba todas las de perder.

Cubrió la boca de Chelsea con la suya, llenándola con la lengua una y otra vez mientras la embestía. Al tercer golpe, Chelsea empezó a jadear y al cuarto ambos alcanzaron el clímax.

Kurt tuvo que reconocer que aquel encuentro largo tiempo contenido había sido un ataque de locura. Ahora que sabía lo fantástico que era hacer el amor con Chelsea, ¿sería capaz de renunciar a ello?

## Capítulo 8

La segunda vez lo hicieron sobre los sacos de dormir que Kurt puso en el suelo, desnudos. Chelsea saboreaba con la mirada el magnífico cuerpo de Kurt, acariciaba sus músculos flexibles, besaba su cuello y sus anchos hombros, temblando de deseo al saber lo que aquel hombre sabía hacerle.

Nunca antes se había sentido tan femenina. De todos los hombres con los que había estado, él era el más fuerte, física y mentalmente. Y durante esa noche era sólo suyo.

Le rodeó con sus manos el rostro y lo llevó hacia ella para besarlo.

—¿Cómo me llamo? —preguntó Kurt mientras se besaban.

—Kurt.

—Recuérdalo, Teddy. Quiero oírte gritar cuando consigas tu próximo orgasmo entre mis brazos.

Sólo pensar en ello estuvo a punto de provocárselo. Kurt se metió en el saco de dormir con ella y la abrazó como si no quisiera dejarla escapar nunca. Chelsea se sentía amada. Nunca antes nadie la había hecho sentirse así.

En el cálido interior del saco, mientras las ramas crujían en la chimenea y soltaban pequeñas chispas, sus labios volvieron a encontrarse y las llamas brotaron en su interior. Una pasión que no quería que terminara nunca.

Kurt le abrió las piernas y ella lo dejó entrar deleitándose con el peso del cuerpo de Kurt sobre ella. Él la embistió asegurándose de que la mujer que tanto deseaba lo recordara siempre.

Fuertemente abrazada al cuerpo de Kurt en el saco, Chelsea suspiró al despertar. Añoraba la gran cama que tenía en su casa de

París, con sus mullidas almohadas y el edredón de plumas. Allí podrían pasar días enteros porque Kurt era un hombre con mucha energía.

Parecía no saciarse de ella nunca. Era como si fueran a despedirse cuando salieran del albergue para no verse nunca más, pero eso no ocurriría. Le había prometido llevarla a la cara suroeste y ella confiaba en su palabra.

Kurt la había tratado con una cortesía que no había saboreado en mucho tiempo. Desde luego no con Jacques, a quien no le importaba si ella acababa satisfecha o no cuando hacían el amor. Por entonces, ella aún no sabía que sólo la estaba utilizando. Aún no tenían fecha de boda y él ya había planeado pagar a un amigo para hacerlo quedar como el marido engañado y así poder separarse con los bolsillos llenos de dinero de los Tedman.

Era extraño cómo podía haberse sentido atraída por dos hombres tan diferentes. A Chelsea no le parecía gracioso pensar que podría haber llegado a casarse con Jacques y entonces jamás habría conocido a Kurt.

—¿Estás bien, Teddy? —preguntó Kurt con voz adormilada pero muy relajada.

—Mmm. Estoy muy bien. Es muy calentito este saco y me sorprende que haya habido sitio para los dos.

El aliento cálido de Kurt le acarició el oído. Había disfrutado toda la noche con el suave ronroneo que hacía mientras dormía.

—Escucha.

—No oigo nada.

—El viento ha parado. Parece que podemos salir de aquí.

—Demasiado pronto.

—Sí, pero al menos hemos disfrutado de una noche.

A Chelsea no le gustó el tono de finalización que empleó. La asustaba. Estaba temblando pero antes de que pudiera decir nada, Kurt se dio la vuelta quedando frente a ella.

—Dios, Chelsea —continuó. Chelsea sabía que no podía ser nada bueno porque no había utilizado el apodo cariñoso que empleaba con ella—. Sabes que nunca funcionaría. Lo nuestro. La forma en que nos hemos conocido lo demuestra. Siempre habría alguien dispuesto a señalarnos con el dedo. El dinero puede traer problemas en vez de resolverlos. Créeme, Chelsea. Hasta la gente que me conocía desde hacía años empezó a mirarme de reojo cuando comenzaron los rumores. No tengo testigos, no hay pruebas de que el accidente ocurrió. Sólo mi palabra.

Chelsea sentía que el oxígeno la quemaba en los pulmones ante la idea de que Kurt fuera a abandonarla. ¿Estaban utilizándola de nuevo?

—A mí me basta con tu palabra —dijo ella consciente de que estaba empezando a enamorarse de él. Y bastante tenía ya él como para saber que le estaba rompiendo el corazón.

—Gracias por el voto de confianza, Teddy. No sé lo que he hecho para ganármela pero te aseguro que no te defraudaré.

Chelsea maldecía llena de frustración. Sus palabras no habían hecho desaparecer el gesto testarudo que tensaba la mandíbula de Kurt. Le había costado un montón de energía demostrarle que estaba en forma para la ascensión, consciente de que si no lo hubiera hecho bien ya habrían regresado a Namche Bazaar. ¿Y dónde estaría entonces? En un hotel a los pies del Everest mientras la llave que necesitaba para salvar el imperio de su padre estaba en una cadena al cuello de su hermana a medio camino entre la cumbre y donde estaba ella. Su prioridad debería ser ésa, y no pensar en cuándo sería la próxima vez que Kurt la besaría.

Al menos, algo tenía claro y era que nada sería fácil con Kurt. Y que tenía que olvidarse del sexo, el más fabuloso que había disfrutado en su vida.

A juzgar por los comentarios de Kurt, era obvio que había algo que no quería contarle, algo por lo que se mostraba casi paranoico

respecto a lo que los rumores podían hacerle a alguien. Sí, Kurt tenía un secreto que no quería compartir con ella. Y eso dolía. Lo que la llevó a pensar si a él le dolería también que ella tuviera secretos para él.

Kurt miró a Chelsea desde el otro extremo de la habitación. Se estaba poniendo la mochila. Las que llevaban eran mucho más pesadas que las que habían bajado del glaciar y, aunque él había metido en la suya el bulto más pesado, lo preocupaba tener que pedirle que llevara tantas cosas.

—¿Puedes? —preguntó. Debería haberla ayudado a ponérsela pero los recuerdos de la noche anterior estaban demasiado frescos. Eran demasiado calientes. ¿Cómo podría tocarla sin desear tomarla en brazos?

Chelsea se abrochó las correas centrales justo a la altura del estómago antes de contestar.

—Teddy está lista —dijo con una sonrisa, utilizando el apodo que él usaba cariñosamente con ella.

A Kurt le costaba trabajo mirarla a los ojos esa mañana. No se sentía culpable por lo que habían compartido sino por haberle pedido que lo negara. Pero ¿cómo hacérselo comprender sin contarle todos los oscuros secretos que rodeaban a su familia? Aunque sabía que, si la necesidad lo empujaba a ello, le hablaría de su padre. Eso haría que se pensara dos veces si deseaba de él algo más que sus servicios como guía.

Aún recordaba la primera vez que algún documental sobre policías corruptos abrió la herida de nuevo. La historia de Milo Jellic no había hecho más que resurgir y el padre de la prometida de su hermano hizo lo posible por romper el compromiso. No ayudaba nada que el hombre fuera el jefe de Drago. Al final, el padre de su prometida llegó al extremo de contaminar varias garrafas de vino y consiguió echarle la culpa a Drago. Había manchado el buen nombre de su hermano mayor en la industria vinícola. Por derecho propio,

ahora Drago debería estar fabricando su propio vino en vez de dedicarse a escribir artículos y libros sobre los vinos de los demás.

Sabía que en cuanto abriera la boca, Chelsea le iba a decir que era un pesado pero aun así no pudo detenerse.

— ¿Te parece bien entonces lo de olvidar todo lo que ocurrió entre nosotros anoche en cuanto salgamos de este sitio? A partir de ahora, lo único que tendremos será una relación estrictamente de trabajo.

Tal como había supuesto, Chelsea tensó los labios. Sólo esperaba que cuando llegaran al campamento base y se mezclaran con otros escaladores se acostumbrara a ocultar mejor sus sentimientos.

—No tienes que decírmelo más veces, Kurt. No lo entiendo, a menos que sientas algún placer sádico en privarnos de un poco de sexo inofensivo.

Kurt se dijo que nunca entendería a las mujeres pero aquélla tenía una habilidad para metérsele bajo la piel y hacerlo temblar de ira y pasión con la misma facilidad.

—Deja que te repita brevemente lo que ocurre. Bill y Atlanta eran ricos. Tú te harás más rica aún después de su muerte. Yo estaba allí cuando cayeron y murieron pero tuve la mala suerte de sobrevivir. Basta con que empecemos a intimar para que comiencen los rumores. ¿Me comprendes ahora?

Asintió.

—Bien. Entonces, vamos. Cierra la puerta detrás de ti.

—Claro. No queremos que entren los ratones.

Dejó que ella tuviera la última palabra. Era lo menos que podía hacer, y como iba detrás no podía ver su sonrisa de amargura. Su comentario ponía de relieve las vidas tan diferentes que habían tenido. Chelsea no tenía ni idea de que un ratón no necesitaba una puerta abierta para colarse en una casa, ni siquiera en una de piedra.

Había tratado de endurecer su corazón para no ceder al poder de Chelsea, pero ésta se las había ingeniado para atravesar sus defensas.

Llegaron al campamento base al segundo día. Los vientos de las

alturas habían provocado que muchos montañeros estuvieran en las tiendas. Columnas de humo salían de los muchos fuegos encendidos para cocinar, alrededor de los cuales los portadores y los sherpas se sentaban a charlar.

Casi todas las tiendas eran del mismo color amarillento, entre las cuales llamaba la atención aquí y allá una bandera, japonesa, americana, alemana, suiza, de los equipos que reclamaban una parte de la montaña. Kurt no podía recordar si entre sus cosas seguía llevando la bandera neozelandesa.

Abriéndose paso entre los montones de basura apilados a la espera de ser transportados al pueblo de nuevo, Kurt entró en el campamento de muy mal humor. Se sentía frustrado y no dejaba de maldecir por ello.

— ¿Dónde demonios habrá montado la tienda Rei?

— ¿Ocurre algo? — preguntó Chelsea tirándole del codo.

Ahora era ella la que maldecía. Tenía que aprender a no tocarlo. Kurt se limitó a sacudir el brazo fingiendo que se recolocaba la mochila.

— Esto está hasta los topes. Tendremos que dar vueltas entre toda esta gente hasta que encontremos a Rei.

Esperaba haberla preparado para las risitas y los cuchicheos y que sabría mantener una distancia profesional. Subir a la cumbre no se iba a convertir en una competición pero había gente que no pensaba que hacer cumbre con una buena reputación era algo más que dinero. Los clientes pagaban por el mejor. Ahora se estarían riendo a sus anchas al ver que la reputación del mejor estaba por los suelos.

— Empecemos por aquí. Espero que Rei buscara el mismo lugar en el que acampamos con Bill y Atlanta — continuó Kurt.

Siguió maldiciendo. Sentimientos hondos le apresaban la garganta. Miró a Chelsea. La había hecho caminar durante un día y medio después de una noche de sexo agotador. Y de nada servía echarle la culpa al fuego y la calidez del ambiente. La tentación

personificada en sus curvas femeninas había llamado a su puerta y él había cedido a la seducción. Lo único que había deseado era una noche con Chelsea y lo había tenido. Pero ahora sentía que iba a pasar el resto de su vida pagando por ello. No se imaginaba con otra mujer. Todas le parecerían fútiles imitaciones del original.

La gente se giraba para mirarlos a medida que caminaban entre las tiendas y algún sherpa lo saludaba con la mano de vez en cuando. Al contrario que algunos de los guías que tan sólo le habían vuelto un frío hombro a su paso, como si su reputación pudiera contagiárseles. Si alguien resultaba herido o muerto, era por deseo de la diosa. El hombre propone y la diosa dispone.

Kurt divisó una bandera sudafricana en medio del humo de una fogata medio apagada. Pasaron junto a ella teniendo mucho cuidado de no tropezar con las piedras que estaban desparramadas alrededor y que podían hacer que se torcieran el tobillo.

En un extremo del fuego, una cabeza en forma de toro muy familiar se asomó a una de las tiendas.

—Eh, Jellic, amigo. Pensé que ya te habrías ido. Se dice por ahí que habías vuelto a Nueva Zelanda.

Basie no dijo «con el rabo entre las piernas» pero Kurt captó la idea. Era evidente que ése era el último chisme que corría por el lugar.

—Pues no. Tengo trabajo aquí.

Basie salió de la tienda y se unió a ellos. Era un hombre grande dueño de una sonora risa.

—Señora Tedman. Veo que consiguió lo que buscaba. Le deseo suerte —dijo Basie entrecerrando los ojos azul pálido al tiempo que estudiaba a Kurt, aunque era a Chelsea a la que estaba hablando—. Va a necesitarla. La temporada terminará antes de lo que pensábamos si los vientos continúan como anoche.

—Tengo toda la confianza en el señor Jellic —dijo ella.

Para Kurt, ésa había sido una buena respuesta. No le importaba la

formalidad.

—Kurt, tu equipo llegó antes que vosotros. ¿Cómo te las has arreglado sin ellos?

—Encontramos un refugio en el que guarecernos. Hace años que vengo. No hay muchos pueblos en el camino en los que no haya hecho amigos —dijo Kurt dejando que Basie se hiciera su propia composición. Nadie tenía que saber dónde habían estado ni qué habían hecho durante la tormenta.

—Y dime, ¿has visto a Rei? ¿Sabes dónde ha montado la tienda?

—Tus sherpas llegaron ayer. Vimos a Rei cuando regresábamos. No hacía buen tiempo para acampar en una cornisa, aunque no sería la primera vez que lo he hecho. Hemos pasado la mitad de la noche con la espalda apoyada en los clavos de la tienda para que no se salieran. Necesitamos un descanso.

Kurt no se molestó en comentar nada. Él también había vivido muchas tormentas y sabía cómo eran. Además, era a Chelsea a quien Basie pretendía impresionar.

—¿Dónde podemos encontrar a nuestro equipo?

—Donde estuvisteis acampados la última vez. Es un buen sitio pero nadie quería ponerse allí cuando tú no estabas —dijo Basie girándose a continuación hacia Chelsea—. Algunos guías son tan supersticiosos como sus sherpas.

Chelsea quitó importancia al comentario riéndose con risa hastiada.

—Me alegro de no serlo. Lo único que quiero es quitarme esta mochila y encontrar un sitio donde sentarme con una buena taza de té. En ese orden.

Chelsea lo estaba haciendo bien haciéndole ver que su ascensión hasta ahí había sido dura aunque en realidad sus músculos se habían ido fortaleciendo y le habían dolido toda la semana anterior. Kurt decidió ser tan formal como Chelsea.

—No se preocupe, señorita Tedman. He trabajado con el mismo

equipo durante varias temporadas. Los conozco y nos habrán visto llegar. Puede que haya sido un largo camino desde el hotel Cumbres pero puedo asegurarle que mis hombres la tratarán bien y la ayudarán en todo lo que necesite.

Chelsea se dio cuenta de sus intenciones y le siguió la corriente.

—Magnífico. Me muero por ver cómo es el interior de mi tienda —dijo ella mirando hacia la rendija por la que Basie había salido de la tienda. Arrugó la nariz como si todos sus aristocráticos ancestros estuvieran dentro de ella.

Kurt siguió su mirada. Dentro, la tienda estaba absolutamente desordenada, típico de hombres.

—No se preocupe. Las tiendas son más espaciaosas dentro de lo que parece desde fuera y tendrá una para usted sola.

—Es un alivio —dijo ella—. No estoy acostumbrada a compartir —añadió sosteniéndole la mirada a Kurt.

—No habrá problema. Eso no fue nunca parte del trato —dijo él continuando con los dobles sentidos—. Y ahora que sé dónde ha acampado Rei, tendrá esa bebida caliente en un abrir y cerrar de ojos.

Le extendió la mano a Basie, que la estrechó y le dio unas palmadas en el hombro con la mano libre, riéndose.

—Buena suerte, amigo —dijo al tiempo que miraba de reojo a Chelsea como queriendo decir «buena suerte con ésta»—. Te veré en la montaña.

—Sí, nos vemos.

\* \* \*

—No si te vemos nosotros primero —susurró Chelsea en cuanto estuvieron lejos de él. ¡Sería caradura!—. Me alegro de que Basie Serfontien no estuviera disponible cuando le pregunté por ti —dijo en voz alta—. Realmente siente lástima de ti.

Estaba segura de que Kurt sentía ganas de reír. Lo veía en sus ojos aunque no en sus labios.

—¿Acaso no era ésa la intención de toda esta pantomima? —dijo Kurt—. Se te da bien el papel de arpía.

—Tengo práctica. ¿Te lamentas por haber decidido traerme?

—¿Qué crees?

Estaban pasando junto a una tienda en la que ondeaba la bandera japonesa mecida por una brisa suave, muy lejos de los vientos de la noche anterior. No creía que fueran a entender de lo que hablaban pero, en cualquier caso, bajó el tono.

—Esa no es una respuesta. Dime la verdad. ¿Desearías no haberme conocido?

Kurt tardó un poco en contestar y cuando lo hizo, su voz era apenas audible. Apenas un susurro sólo para sus oídos.

—Desearía que no nos hubiéramos conocido en estas condiciones, que no hubiera sido la muerte de Bill y Atlanta lo que nos uniera, porque lo que les ocurrió es la razón de que tengamos que estar separados y nada de lo que puedas decir me hará cambiar de idea.

Durante un segundo, vio la llama de la pasión en sus ojos, oculta rápidamente tras las espesas pestañas antes de que sus ojos tuvieran tiempo a reaccionar al calor. Su cuerpo no tardó, sin embargo y los pezones de sus pechos se irguieron rápidamente.

Perdió el paso, dejando que se alejara un poco de ella. Sería lo mejor, pensó. Tendría que controlar sus instintos femeninos y sólo podría hacerlo si estaba lejos de él.

Si aquello era un ejemplo de cómo camuflar sus sentimientos mutuos, las semanas que les quedaban por delante iban a ser muy duras. Quizá Kurt pensara que era una gran actriz, pero desde el momento que oyó en la televisión la noticia de la muerte de su hermana se había dejado llevar por las emociones. Sería todo lo buena que le permitieran sus sentimientos pero antes tenía que saber la respuesta a una pregunta.

Vio entonces a Sherpa Rei y a los otros más adelante. Si no se lo

preguntaba en ese momento, sería demasiado tarde. Le tomó el brazo y recordó la forma en que se había sacudido su mano un rato antes, al llegar al campamento.

—¡Kurt!

Éste se giró con el ceño fruncido. No la había mirado así desde que insistiera en pagar la comida en el hotel a pesar de haberle dicho que andaba mal de dinero. Entonces fue cuando Chelsea supo que Kurt iba a ser el hombre que tendría la vida de ambos en sus manos mientras durara su acuerdo. Entonces, retrocedió y, por primera vez se alegró de dejarlo todo en sus manos. Descubrir lo que era no tener que ocuparse de tomar las decisiones correctas para ella, ella sola.

—Lo siento. Es que vas muy deprisa. Tengo una sola pregunta más que hacerte y dejaré el tema. ¿Lamentas lo ocurrido entre nosotros? —Chelsea contuvo el aliento mientras esperaba la respuesta. Parecía que el tiempo se había detenido y, cuando por fin respondió, su rostro estaba contraído, como si lo que iba a decir le causara dolor.

—No lo lamento. ¿Cómo podría lamentar la mejor noche de mi vida? Sé que te cuesta aceptar mi decisión de no dejar que vuelva a ocurrir. Sé que te duele. Pero, demonios, Teddy, no tienes ni idea de lo angustiante que es para mí estar a tu lado.

En sus labios había una sonrisa tensa y llena de amargura cuando cruzó el espacio que los separaba. Entonces su voz susurrante flotó como la brisa, como si pudiera barrer las palabras que acababa de decir.

—Si estuviéramos solos, te tomaría la mano y te haría una demostración de lo que siento. Deseo besar tu rostro, saborear tus labios e introducirme en tu cuerpo sanador —suspiró con amargura—. Pero eso no volverá a ocurrir. No puede ocurrir. Has confiado en mí para que te proteja. Deja que haga mi trabajo.

La ruda cadencia de sus palabras se transformó en un gemido. Se dio cuenta del pulso que latía en la sien de Chelsea cuando se inclinó

hacia ella. Cualquiera que estuviera mirando pensaría que estaban discutiendo.

—Así es que déjalo, señorita Tedman, y deja que haga el trabajo por el que me pagas.

Chelsea lo vio darse la vuelta sobre los talones y alejarse levantando piedrecillas del camino en su rápido avance.

«No podías dejarlo estar, ¿verdad?».

Decaída, siguió lentamente sus pasos tomándose tiempo para pensar. Tenía que encontrar la manera de atravesar sus miedos.

Cuando todo eso terminara... cerró los ojos incapaz de soportar que pudiera ser de otra manera. Si se empeñaba en ello, encontraría la manera de estar juntos, si no en Nepal, en París, Estados Unidos o Nueva Zelanda. Fuera como fuera, encontraría la solución al desastre en el que parecía haberse convertido su vida, no sólo con Kurt, sino con su primo Arlon y con el CISI.

## Capítulo 9

Kurt tenía la terrible sensación de un *déjà vu*. No hacía mucho tiempo, había estado sentado alrededor de un fuego parecido, planeando la ruta que seguiría en compañía de los Chaplin, Paul Nichols, Rei y Ang Nuwa.

Contó las cabezas: Chelsea, Rei y su primo. Las posibilidades no eran muchas contando sólo consigo mismo, dos sherpas y una absoluta principiante. No era una combinación que inspirara demasiada confianza. Apretó los dientes pero eso no evitó que la preocupación se instalara en aquel escenario.

No dejaba de preguntarse qué ocurriría si su suerte no era mejor esta vez. Parpadeó muy rápidamente en un intento por ahuyentar el pensamiento. Era difícil tener una actitud positiva y no podía evitar los repentinos ataques de preocupación. Lo peor era que no podía confesar sus preocupaciones a los demás.

—Bien, hablemos de seguridad. Nos mantendremos en cordada la mayoría del tiempo y utilizaremos ascendedores allí donde haya cuerdas fijas. En otras palabras, no correremos riesgos —dijo haciendo un gesto de asentimiento a Rei y Nuwa—. Sí, me refiero a todos.

—Lo que digas, jefe.

—Cuenta con nosotros, Kurt sa'b —sonrió Nuwa—. No correremos riesgos con la bella dama.

—Eh, chicos. Estoy aquí. Podéis hablar conmigo, no de mí —dijo Chelsea suavizando la petición con una sonrisa. Se llevaba bien con los sherpas.

—No correremos riesgos. Punto. Y que os quede bien claro:

bajaremos de allí todos juntos, más los dos cuerpos. Nuestro mayor problema será cómo llevar los cuerpos de los Chaplin hasta el campamento cuatro. La ruta de la cara sudeste no es lugar para portadores —dijo Kurt asintiendo al grupo de hombres que lo escuchaban sentados alrededor del fuego—. Lo más probable es que los cuerpos sigan en el mismo sitio, en el regazo de la diosa madre.

No había discutido ese aspecto del trato con Chelsea pero esperaba que estuviera de acuerdo. La miró antes de empezar y cuando la explicación empezó a tomar forma se dio cuenta de que no sería así.

—Chaplin sa'b y su esposa eran gente importante en América. Estamos hablando de mucho dinero pero los abogados no llegarán a ningún acuerdo si no encontramos los cuerpos. Quieren pruebas.

A Kurt no le gustaba tener que usar unas connotaciones tan mercenarias a la insistencia de Chelsea de que tenía que estar presente cuando recuperaran los cuerpos. De pronto, un frío helador lo invadió. Había visto a Chelsea engañar a Basie Serfontien. ¿Sería mejor actriz de lo que imaginaba? ¿Estaría siendo manipulado por una profesional, seducido para ayudarla? No le había hecho falta pensar mucho cuando le dijo que no sabía quién saldría más beneficiado con las muertes, como si no le importara.

Se maldijo por la dirección que estaban tomando sus pensamientos. Además, había tenido la última palabra al decir que su relación no iba a ninguna parte.

Todavía podía haberse puesto más en ridículo teniendo en cuenta lo que sentía por ella.

«Mira antes de saltar». Y él había saltado y metido las botas hasta el cuello. Cuando los planes de Drago se fueron al garete, su abuela solía decir: «El dinero llama al dinero, hijo. Tú no tienes más que un buen cerebro y una buena nariz para el buen vino. No estaba destinado a ocurrir».

Lo único que tenía Kurt era un cobertizo derruido y el deseo de

hacerlo funcionar.

Tenía que recordarlo. Pero daría la mitad de lo que tenía por saber por qué Chelsea estaba tan decidida a arriesgar su vida para recuperar el cuerpo de su hermana cuando tenía suficiente dinero para pagar a otros, alguien como él, para que lo hiciera.

Cuando terminaron la cena, Chelsea volvió a la tienda en la que había dormido sola la noche anterior. Después de compartir el refugio con Kurt, un hombre que ocupaba bastante espacio, sentía que le sobraba sitio. Por fin, le había pedido el teléfono por satélite y podía utilizarlo en privado. Lo único que tenía que hacer era explicar por qué iba a tardar un mes más en regresar.

Desde que llegaran al campamento base, en la falda de la alta cima del Everest, su experiencia en el Ama Dablam resultaba insignificante.

¿Qué pasaría si, al igual que Atlanta y Bill, ella tampoco lograba regresar? Atlanta lo había arreglado para que el primo Arlon recibiera su castigo por las trampas cometidas al contárselo todo. Ahora ella tenía que hacer lo mismo.

Sólo había un hombre en quien confiar. Mac. Los que lo conocían pensaban que era funcionario de la embajada. Menos de seis personas sabían que en realidad era uno de los agentes especiales de la agencia y no les estaba permitido contárselo a nadie. Pero ninguno se atrevería. El castigo sería muy severo.

Esperó a que fuera hora de llamar teniendo en cuenta la diferencia horaria, tal vez un poco pronto para asegurarse de que Mac estuviera todavía en el despacho. Vivía por y para la agencia. Probablemente no aprobara el plan de Chelsea pero ésta necesitaba confiárselo a alguien. Aunque ella no fuera agente de campo conocía todos los secretos porque los traducía al inglés y después lo pasaba a un código secreto para hacérselo llegar a Jason Hart en Washington, D. C.

La operadora tardó un poco en pasarla con él. Su extensión

cambiaba cada pocas semanas y no sabía cuál era la nueva. Acordarse de apuntar el número de Mac no había sido una de sus prioridades cuando preparaba una bolsa y salía para Bangkok.

\* \* \*

Josh McBride levantó la vista del ordenador y respondió a la insistente llamada del teléfono.

—McBride.

—Mac, ¿eres tú? —dijo una voz con un eco lejano—. Soy Chelsea Tedman. No sabía tu nueva extensión y parece que haya pasado por media docena de operadoras. ¿Estás en París?

—Hola, Chelsea. No te preocupes por mí. ¿Has vuelto ya? Te esperábamos hace una semana. Jason está aquí y empezaba a ponerse nervioso al no tener noticias tuyas —Mac inclinó la silla ligeramente y miró por encima del hombro. La silueta de Jason Hart se recortaba en la luz blanquecina que despedía la docena de ordenadores que lo rodeaban. El Centro de Inteligencia para la Seguridad Internacional era su creación. Tenían oficinas y agentes en todo el mundo y estaban abriendo más. Los agentes provenían de países que habían creado una alianza para luchar contra el terrorismo, dentro y fuera de sus fronteras.

—No. Estoy a medio camino del Everest. Y en caso de que me ocurra algo...

—¿Qué quieres decir con que en caso de que te ocurra algo? —Mac hablaba en voz baja pero su tono se mostraba ansioso—. ¿Estás metida en un lío?

—Tal vez. No lo sé. Déjame contarte el motivo por el que voy a subir a esa montaña —dijo Chelsea y a continuación, le contó los pormenores de la carta, Maddie y las extrañas circunstancias de su muerte. Ya estaba enterado de la muerte de su hermana y su cuñado. Lo de su primo Arlon fue lo que le llamó la atención.

—Maldita sea, Chelsea. ¿Por qué no me dijiste esto antes de

marcharte?

—Pensé que podría solucionarlo. Ya me conoces...

—Sí, te conozco. Nunca pides ayuda a menos que te veas obligada —dijo él mirando de nuevo por encima del hombro. Jason se acercaba a él atraído sin duda por la tensión que despedía mientras hablaba con ella. A aquel hombre pocas cosas se le pasaban por alto. Por eso era el mejor en su trabajo.

—En el vuelo a Katmandú —empezó a explicar Chelsea—, comencé a pensar que las muertes no habían sido un accidente.

Jason pasó junto a él y le gesticuló con la boca «mantén la llamada» mientras Chelsea continuaba hablando.

—Estoy segura de que puedo confiar en Kurt Jellic, el guía que subió con ellos, pero no creía que fuera una buena idea mencionar lo de la llave.

—Has hecho lo correcto. Es mejor que no le cuentes eso a nadie. Está claro que te has dado cuenta de lo que eso significa y por eso estás allí —Mac hizo una señal a Jason para que levantara el otro teléfono que le indicaba—. Alimentos Tedman tiene plantas de fabricación en casi todo el país. Si se hunde, estaremos hablando de un desastre.

—Te daré toda la información sobre lo que contiene la caja fuerte por si me ocurriera algo, para que te ocupes tú.

—Jason está escuchando. ¿Tienes tiempo para contárselo todo de nuevo?

Cuando terminó, Jason dijo:

—¿Sabes, Chelsea? Podíamos habernos ocupado de esto sin necesidad de que subieras al Everest. Ni siquiera tenías que haber ido hasta Nepal.

—Sabía que dirías eso. Tal vez por eso no te llamé antes. Pero mi hermana y yo dejamos muchos asuntos pendientes entre las dos y tenía que ocuparme de ellos. Ésta será la única oportunidad que tenga de hacerlo.

—De acuerdo, no curiosearemos pero, como dijo tu hermana, vigila tu espalda. Yo tampoco creo en las coincidencias y el escenario es una prueba. Te paso con Mac. Dile lo que necesitas y cuándo lo necesitas.

—Puedo pagarlo.

—Ya sé que puedes, Chelsea, pero eres uno de los nuestros y creo que lo que estás haciendo se puede clasificar como emergencia nacional. Cuéntale a Mac el resto y que se ocupe de todo.

—De acuerdo, Mac. Necesito información sobre helicópteros. Vi algunos en el aeropuerto de Shyangboche cuando llegué. No estoy segura de lo alto que pueden volar. Sé que traen provisiones al campamento base en el que estoy ahora, a cinco mil quinientos metros, pero no sé si la capa de aire será demasiado fina para que pueda subir mil metros más. Eso es más o menos lo que hay que subir para llegar hasta los cuerpos. Cuando llegemos, no quiero volver y tener que dejar a mi hermana y a su marido en la montaña, y el terreno es bastante difícil. Hay muchas grietas.

—Chelsea, siempre supe que tenías agallas. No te preocupes. Haré las averiguaciones y te conseguiré un helicóptero. Sé que los franceses construyen el Alouette III, que se utiliza en los Alpes. Pero si hasta creo que la agencia tiene uno de éstos. Si es así, me aseguraré de que haya uno esperando en Shyangboche. Me pondré en contacto contigo cuando tenga noticias, y recuerda que estoy contigo. Si hay algún cambio, por pequeño que sea, llámame.

Cuando la comunicación se cortó, Mac se giró hacia Jason.

—¿Qué opinas?

—Creo que nuestra Chelsea está en más problemas de los que piensa. El dinero y el poder son la raíz de los problemas de la humanidad y nuestro trabajo es resolverlos. Así es que manos a la obra, Mac.

Mac sintió la terrible necesidad de decir «como usted diga, señor» pero ésa era la forma en que siempre lo afectaban las órdenes de

Jason. Lo primero era lo primero. Tendría que comprobar los antecedentes de ese Kurt Jellic para ver si era tan de fiar como Chelsea pensaba.

Chelsea apretó el botón y cortó la comunicación con el lugar que se había convertido en su casa en los últimos años, París. Le habían pasado tantas cosas desde que llegara a Namche Bazaar que le parecía otro mundo, uno que estaba a mucha distancia.

Se levantó del taburete plegable donde estaba sentada con las piernas cruzadas y oyó que Kurt la llamaba.

—Chelsea, señorita Tedman. ¿Está visible? Tenemos visita.

¿Visita? Escuchó el rumor de voces fuera de la tienda, una de ellas con acento sudafricano, y se estremeció al pensar que se trataba de Basie Serfontien. Después de su conversación con Mac no estaba de humor para las bromas punzantes de Basie.

—Chelsea, éste es Paul Nichols. Te he hablado de él.

Paul era la antítesis de Serfontien. De complexión normal pero fibroso, con el pelo oscuro y la piel olivácea. Sus ojos azules eran lo que más llamaba la atención. Le extendió la mano.

—Mi más sentido pésame por la pérdida, señorita Tedman. Bill y Atlanta eran buenas personas.

Su acento no era tan fuerte como el de Serfontien.

—Gracias. Siento decir que no conocía a Bill muy bien. Vivo en París la mayor parte del tiempo —dijo a modo de excusa.

—Me sentí terriblemente mal por no estar arriba cuando ocurrió. Uno empieza a pensar que, de haber estado, podría haber hecho algo para evitar la tragedia. Me siento un poco ridículo al admitir que fue indisposición gástrica lo que me hizo quedarme en el campamento.

—¿Y qué lo trae por aquí, Paul? Creí entender que Kurt dijo que se había marchado.

Los ojos azules de Paul la observaron con acritud durante unos segundos aunque su respuesta fue amable.

—Sólo he venido a Katmandú. Cuando regresé a Namche Bazaar,

fui a buscar a Kora, la hermana de Rei, en el mercado. Ella me dijo que Kurt había vuelto a la montaña y por eso he vuelto.

Chelsea miró a Paul y a Kurt alternativamente antes de volver a hablar.

—¿Y?

—Y Paul ha venido a unirse a nosotros —interrumpió Kurt—. Nos vendrá bien otro par de manos expertas.

Chelsea inspiró profundamente.

—Oh, vaya —se limitó a decir cuando en realidad lo que pensaba era «oh, veo que no me has preguntado si me importaba que hubiera un extraño, entre nosotros».

Si hubiera llegado unos minutos antes podría haberle pedido a Mac que buscara información sobre él. Tal vez lo hiciera por su cuenta. Le había dicho que un tal Nichols había formado parte de la expedición cuando ocurrió el accidente, pero no sabía que fuera sudafricano. De hecho, había dado por hecho que era inglés por el nombre.

—Me gustaría terminar lo que empecé —se explicó Paul.

«¿Y qué fue lo que empezó?».

Se maldijo por empezar a ver sombras en todas partes y espías ocultos bajo todas las personas después de su conversación con Mac. Intentó sonsacar desde otro punto.

—Pensé que habría preferido formar equipo con su compatriota, Basie Serfontien.

—Quise hacerlo la última vez pero me dijo que no tenía sitio para otro escalador y, por suerte para mí, me encontré con Kurt. Él me dijo que tenía espacio en su tienda y los Chaplin no pusieron ninguna pega.

—Bien, si mi hermana no lo hizo, ¿por qué habría de hacerlo yo?

Acababa de darse cuenta de la intención de Kurt. Pensaba que si compartía la tienda con alguien, no se vería tentada de colarse y meterse en su saco de dormir.

Como si fuera a hacer algo así.

Aunque, pensándolo mejor, tal vez debería. Había estado demasiado cansada hasta el momento para pensar en ello. Le devolvió el teléfono.

—Estoy segura de que el señor Jellic tiene muchas cosas que contarle y no me necesitarán.

No le diría a Kurt nada del helicóptero hasta que estuviera segura de que era viable.

—Y como tengo tiempo libre, voy a calentar agua para ocuparme de mi higiene personal —añadió.

Dejaría a Kurt Jellic pensando en ello mientras ponía al día a su visitante.

Mientras indicaba a Paul dónde podía dejar sus cosas, Kurt no paraba de pensar que aquella mujer sabía cómo irritar a alguien.

—Pensé que ya habrías tirado esa cosa —dijo Kurt refiriéndose a la vieja taza que Paul sacó de la mochila.

—Supongo que está fea, pero ya sabes, es mi favorita. El té sabe mejor en ella —contestó Paul tirándola al aire y recogéndola en el vuelo.

—Debe de ser por la capa de mugre del interior, pero ya que la tienes a mano, veamos si la dama nos deja un poco de agua para tomar un té mientras hablamos.

Chelsea se había mostrado disgustada, pero Kurt se alegraba de tener a Paul. Haría disminuir un poco la tensión de estar a solas con Chelsea, si es que se podía decir que estar acompañado de dos sherpas y una docena de porteadores era estar a solas. Pero cuando pensaba en ello, llegaba a la conclusión de que no había bajado la guardia hasta que los dejaron solos en el refugio.

—Me vendrá bien un té fuerte. Hablar de la higiene de las mujeres me ha hecho entrar en calor.

—Y que lo digas —dijo Kurt recordando su primer encuentro con Chelsea—. Pero recuerda que ella es la dueña de la chequera y tienes

que tratarla con respeto.

—Puedes estar seguro. Veo que es una mujer independiente y éstas siempre me asustan. ¿Te has dado cuenta de que es más alta que yo?

Kurt asintió. Paul sólo medía un metro ochenta y siempre se estaba comparando con los demás.

—Me he dado cuenta, pero no hay duda de que es una mujer.

Uno de los rasgos más bonitos de Paul era su amplia sonrisa. Partía en dos su rostro con una banda de dientes blanquísimos que resaltaban sobre la piel oscura.

—Ya me he dado cuenta, y eso también me asusta. Apuesto a que es una tigresa en la cama.

Kurt no podía culpar al hombre pero si se mostraba nervioso ante una conversación tan típicamente masculina podría levantar sospechas. Así que optó por decir:

—Me temo que eso nunca lo sabremos.

Chelsea se quedó muy sorprendida de lo rápidamente que se había acostumbrado a madrugar tres horas más de lo habitual. También Kurt estaba sorprendido, cuando la vio fuera de la tienda antes que Paul y él, terminándose la barra de proteínas y la taza de té del desayuno.

Era de noche aún en el Himalaya, los frontales de la gente estaban encendidos, de forma que todos parecían Cíclope y su brillante ojo.

—Muy bien, señorita Tedman. Nos ha ganado esta mañana —dijo Kurt felicitándola en voz alta aunque cuando pasó a su lado susurró —: ¿Impresionando al nuevo?

Chelsea se quedó pensando a qué se referiría con aquello. No podía creer que Kurt estuviera celoso de Paul. Para ella no había comparación posible.

—¿Por qué no empiezan a llamarme Chelsea? Dentro de poco seremos como trillizos unidos por el mismo cordón umbilical, y si hay un accidente, no me gustaría que perdierais el tiempo gritando

«cuidado, señorita Tedman», cuando es mucho más rápido decir «cuidado, Chelsea».

—Chelsea entonces. Y tú puedes llamarme Kurt —dijo éste.

Chelsea esperaba que Kurt estuviera aplaudiendo en silencio por haberse colado sigilosamente por uno de los eslabones de la cadena de formalidad que Kurt había estado usando para mantener las distancias.

Cada vez que la llamaba «señorita» apretaba los dientes. ¿No era suficiente que tuviera que estar sola en la tienda, echando terriblemente de menos la compañía que habían compartido en el refugio? Echaba de menos oírlo hablar de las montañas que había escalado y de las aventuras que había vivido en compañía de Atlanta y Bill. Historias que la ayudaban a quedarse dormida.

Ahora, lo único que escuchaba eran los ruidos de los porteadores moviéndose fuera y el murmullo de Kurt mientras hablaba con Paul en la otra tienda.

Lo echaba de menos.

Y no le gustaba dormir sola mientras su cabeza no dejaba de dar vueltas. No había tenido noticias de Mac aún, pero las cosas no eran fáciles. Tal vez cuando llegaran al campamento dos mientras se quedaban aclimatándose un par de días antes de avanzar hasta el siguiente. El plan era subir y bajar entre los campamentos hasta que se acostumbraran a la altitud. Cuando lo lograran, Kurt dijo que establecería un segundo campamento base en la cima del West Cwm. Y volverían a hacer lo mismo.

Kurt no había dicho que fuera fácil y ella se estaba dando cuenta de que nada que mereciera la pena era un paseo de rosas. La condición humana se crecía ante los retos.

Ang Nuwa había salido delante de ellos con un grupo de porteadores y los otros lo seguirían porque ellos no tenían problemas de aclimatación con la delgada capa de aire.

Kurt ocupó el puesto del líder mientras que ella iba a

continuación, después Paul y, finalmente, Rei. El suelo que pisaban era todavía de roca pero para cuando el sol saliera, estarían ya cerca de la traicionera Cascada Khumbu.

Allí comprobaría si le había servido de algo el entrenamiento.

—Kurt, has subido al Everest varias veces —dijo Chelsea—. ¿Has visto alguna vez uno de los famosos yetis?

—Paul ha oído hablar de esas historias. Deja que te lo cuente él cuando lleguemos al campamento. Hasta entonces, reserva las fuerzas para subir. Las necesitarás.

Eso por distraerse. Tras ella, Paul maldecía al levantar una piedra con la bota, lo que le recordó a Chelsea que tenía que prestar atención.

El vello de la nuca se le erizó. Se cerró bien la capucha pero no sirvió de nada. Tal vez se debiera a que aquel extraño iba detrás de ella. A pesar de lo que habían hablado la noche anterior, no sabía nada de él.

Sus facciones delgadas y bronceadas y el pelo oscuro lo describirían automáticamente como el tipo que lleva el sombrero negro en las películas del oeste.

Por delante, las luces de los demás equipos ya no parecían luces amarillas en medio de la oscuridad. La mañana había amanecido de un gris pálido teñido de rosa en la cumbre de la montaña por donde el sol se levantaba en el Tibet, lo que facilitaba la visión de lo que se le venía encima.

Sintió un nudo en el estómago por la excitación al pensar que podría estar a punto de conseguir su objetivo. Ella siempre jugaba a ganar.

Lo único que tenía que hacer era recordar que aquello no era más difícil que la primera vez que había tenido que saltar un seto con su caballo. Lo que había al otro lado era igualmente desconocido pero tenía que superarlo y eso haría.

Lo malo era no poder evitar escuchar la vocecilla que le decía: «¿Y

qué pasará si no lo consigues?».

Era un consuelo saber que, si no lo conseguía, al menos Mac podría poner freno a la carrera del primo Arlon.

## Capítulo 10

¿Cómo podría acostumbrarse alguien a la blanca y gélida belleza de la cascada de hielo? Siempre que subía por ella, Kurt se quedaba asombrado de lo irreal que parecía, como si hubiese llegado a otro planeta o de pronto se encontrara en el polo. No era de extrañar que muchos montañeros consideraran el Everest como el tercer polo. El mismo paisaje desnudo, sin pájaros que llenaran con sus trinos las alturas.

Debería reinar el silencio pero una guerra se libraba bajo sus pies. Grandes bloques de hielo presionaban y se relajaban alternativamente dejando que sus gruñidos atravesaran la superficie. Enormes gigantes que en cualquier momento podían derrumbarse sobre ellos. Era el riesgo que se corría al subir la cascada Khumbu.

El viento de las noches pasadas era sólo un recuerdo así como lo era la otra «guerra» en la que habían estado Chelsea y él pero que debería seguir siendo eso un recuerdo.

El crujido de los crampones en el hielo parecía débil en comparación con los profundos gemidos de los bloques. Nadie hablaba para reservar el oxígeno, excepto Rei. Uno de los motivos por los que los sherpas aguantaban mejor la delgada atmósfera era que respiraban más rápido.

Tras él, Kurt escuchaba a Chelsea tosiendo ocasionalmente como un bebé de foca por la falta de oxígeno. La respiración de Paul era más profunda, más como un león marino. El propio Kurt necesitaría una parada pronto y así les daría la oportunidad de repostar fluidos. Recordó que Paul había tenido problemas para adaptarse la última vez. Era extraño cómo se había decidido por este deporte cuando sus

facultades físicas estaban más desarrolladas para las planicies de África. Y aunque nadie lo había mencionado, era posible que se hubiera salvado debido a su problema gástrico.

¿Entonces por qué había vuelto?

Tal vez necesitaban que le metieran en la cabeza el mensaje. Él no tenía ni idea de qué lo empujaba a escalar.

Tiró de la cuerda para avisar a Rei, con quien había cambiado el puesto como líder de la cordada una hora antes.

—Es hora de hacer un descanso.

Rei se detuvo y apoyó la mochila sobre un bloque de hielo hasta que Kurt lo alcanzó. Para cuando Chelsea y Paul llegaron, el sherpa había encendido la cocina de keroseno y estaba calentando agua. Chelsea se desabrochó las cintas de la mochila, se la quitó y se sentó encima.

—¡Qué gusto!

Las palabras le recordaron la última que las había dicho con sincera gratitud, sólo que entonces Kurt estaba penetrándola haciéndole llegar al clímax y él también había creído entonces que era muy placentero.

—Cansada, ¿verdad?

—Pensé que nunca nos íbamos a parar.

—Lo hemos hecho muy bien —dijo Kurt—. Hemos llevado buen paso. También ayuda que en estas primeras fases, tenemos los escalones ya cortados en el hielo y las cuerdas están instaladas. Cuando lleguemos a la cara suroeste deberíamos estar en buenas condiciones físicas para continuar, salvo algún incidente. Respiraremos mejor y habremos aprendido a no sobrecargar los pulmones y los músculos.

Con la mochila protegiéndola del hielo, Chelsea se terminó el té. Le parecía que nunca había probado algo tan bueno. Pensando en la historia que le había contado Kurt de que Atlanta se dejó olvidadas unas cuerdas, se había asegurado de que todavía seguían en su

cintura para no llevar tan sobrecargados los hombros.

—En marcha —ordenó Kurt.

Paul se incorporó de su postura en cuclillas más cómoda para descansar.

—Estoy contigo, amigo.

Chelsea guardaba sus reservas de oxígeno para algo más importante y empezó a ponerse la mochila. Esta vez estaba realmente cansada y estaba luchando para no perder el equilibrio cuando Kurt se acercó a ella.

—Déjame ayudarte.

Kurt estaba frente a ella ajustándole las cintas de los hombros para que estuviera lo más cómoda posible. Después se inclinó un poco para ajustarle la cinta de la cintura y sus rostros quedaron muy cerca. Llevaba días guardando las distancias, y ahora esto.

—Puedo sola —murmuró sin aliento por la distancia que los separaba, no por la delgada atmósfera.

Podía oler su aroma personal entre el frío aire de la mañana y una oleada de calor la invadió. Kurt la miró a los ojos y Chelsea pudo ver que, tras los cristales ahumados, sus pupilas se dilataban. Estaba muy caliente, y se preguntaba si Kurt lo estaría sintiendo a través de las múltiples prendas térmicas, el anorak y los guantes con los que la estaba tocando. Chelsea puso la mano sobre la de él.

—Creía que me habías dicho que tenía que aprender a manejarme.

—Eso era cuando eras la alumna. Ahora eres la cliente —dijo él.

Chelsea levantó la barbilla y lo miró.

—Ahora soy la que paga, ¿es eso lo que quieres decir? —dijo ella en tono bajo pero muy rápidamente, de forma que unas palabras se montaban sobre otras en su prisa por decir lo que sentía—. Kurt... no puedes seguir haciendo esto. Tócame o si no déjame en paz. Tengo que centrarme en lo esencial si quiero sobrevivir a esta experiencia. Tenías razón al reírte de mis alardes como escaladora.

Empezó a toser y se tapó la boca con la mano. Tenía el guante tan frío como el aire pero le dio la fuerza que necesitaba para terminar. Tenía que encontrar a su hermana y la llave, no dejar que su cuerpo antepusiera sus necesidades básicas a la que debía ser su prioridad.

Deseaba volver a besar a Kurt, sentir su cuerpo cubriendo el suyo con toda su fuerza masculina, pero Kurt tenía razón en lo de los rumores. Ella lo había sentido en el campamento base cada vez que Kurt le presentaba a alguien que pasaba junto a ellos y comprendían quién era ella.

Tenía que dejar a un lado el sexo.

—Nadie que no haya estado antes aquí puede saber lo que es. No importa lo en forma que estés —y créeme, yo lo estaba— aclimatarse no es divertido. Así que no me ayudes más. A menos que esté cayendo por una grieta, deja que me las arregle yo sola.

Vio que Kurt palidecía. Estaba enfadado y no lo culpaba, pero si su truco funcionaba, habría valido la pena.

Kurt retrocedió, el ceño fruncido y la cara seria.

—No vuelvas a decir algo así, ni siquiera en broma. Y no te preocupes. A partir de ahora, guardaré las distancias —y diciendo esto se alejó, se aseguró con el mosquetón a la cuerda y no miró hacia atrás. Chelsea suspiró. Había aprendido lo que era la manipulación desde bien pequeña, pero ni siquiera su difunto padre podía tener razón siempre. Elegir al primo Arlon no había sido una buena idea. Cuando regresara a casa llamaría a unos auditores para que revisaran las cuentas, tal como se hacía cuando su padre dirigía la compañía.

Chelsea se aseguró también a la cuerda y usó el piolet para guardar el equilibrio cuando cruzaban zonas más complicadas, lo que ocurría casi todo el tiempo. Kurt no parecía tener el mismo problema. Iba pensando en ello y llegó a la conclusión de que debía de ser por sus grandes pies. Era lo que cualquiera esperaría de un hombre de su estatura, grandes pies, una gran nariz, grandes manos, un gran... se maldijo por haber llegado a esa parte. No quería hacerlo

pero le bastaba con mirarlo y sólo podía pensar en... sexo.

Al fin, divisó unos bultos de color amarillo en el horizonte.

—¿Son nuestras tiendas? —gritó.

—Sí —dijo Kurt girándose—. Nuwa ha llegado pronto y si tenemos suerte nos recibirá con un regalo. El café nunca te habrá parecido tan delicioso. A cinco mil quinientos metros, sabe a gloria.

No eran los únicos grupos acampados allí. Basie Serfontien y los sudafricanos habían montado sus tiendas cerca de ellos y un equipo ruso lo estaba haciendo al otro lado.

Chelsea vio que Kurt fruncía el ceño y se giraba hacia Paul.

—Esto está abarrotado.

¿Por qué Kurt estaba tan enfadado? A sus ojos inexpertos parecía que había mucho sitio.

—¿Qué importa?

—Es un problema de higiene. Algunos escaladores no son muy cuidadosos con el lugar donde echan los desperdicios. Lo más probable es que ésa fuese la razón por la que Paul se indispuso la otra vez; a esta altura es muy peligroso.

Chelsea se dio cuenta de que Paul se acercaba muy a menudo a las tiendas de sus compatriotas y cuando regresaba parecía sentir añoranza de su país.

—Alimentos Tedman tiene una fábrica en Port Elizabeth. ¿Conoces la ciudad? —dijo Paul y ya no pudo parar. Al momento, le estaba contando historias de Sudáfrica, preguntándose qué tendrían las montañas de Nepal para haberlo arrastrado tan lejos de casa.

Después de un día y dos noches, continuaron camino hacia el campamento dos sin salir aún de la cascada. Nunca había esperado encontrar tanto tráfico en la montaña.

Hasta el momento, se había adaptado bien. Correr le había hecho desarrollar más capacidad pulmonar y había aprendido a controlar su respiración. Estaba segura de que la estaba ayudando pero pasar a un nivel superior era como empezar de nuevo.

Kurt seguía fiel a su palabra. Estaba dejando que se manejara ella sola pero tendría que haber estado ciega para no reaccionar ante el hombre que le había enseñado tanto sobre ella misma sin casi darse cuenta.

Era producto de una educación privilegiada. Era duro olvidar todo eso en unas pocas semanas. Tenía un trabajo, sí, pero no era agente. Algunos días, sus horas se hacían interminables pero todo podía hacerlo en una oficina. En París, iba a correr, al gimnasio y al rocódromo; pero cuando terminaba se daba una ducha y se iba a casa, o tal vez a un *spa* moderno a hacerse la manicura y a arreglarse el pelo.

Nunca había tenido que enfrentarse al sacrificio del día a día que se requiere para llegar a ser un buen escalador. En aquellos parajes, no había posibilidad de descansar en una mullida cama como la que se había imaginado compartiendo con Kurt.

No tardó en darse cuenta de que su hermana había madurado como persona mucho antes de que Chelsea supiera que un estado así existía.

Al final del día, estaba cansada, muy cansada, pero no era el cansancio que sentía después de haber estado bailando toda la noche con gente como ella, que no tenía ni idea de que ese tipo de vida existía, y si lo sabían, no les importaba.

Sus experiencias le daban una noción más acertada de lo que significaba ser un sherpa, y vivir año sí año no en el Parque Nacional de Sagarmatha.

Hacia media tarde, Kurt se detuvo hasta que Paul y ella llegaron hasta él.

—Vamos a llegar a la última grieta de la cascada. Recuérdalo, Paul —se detuvo un momento antes de continuar y la miró—. Ésta es la mayor, pero sé que puedes cruzarla. Sólo es un poco más larga. No dejes que la distancia te asuste. Sólo son unos pocos pasos más.

Chelsea se levantó las gafas hasta la frente.

—Si se supone que lo decías para darme ánimos, Kurt, no te dediques a la neurocirugía. Tus modales de compañero de cama apestan.

Kurt también se levantó las gafas y le sonrió hasta hacerla derretirse, como si Paul no estuviera a su lado. ¿Qué había ocurrido con la decisión de no dejar que nadie supiera que había algo entre ellos? Supuso que Paul no contaba. ¿Acaso Kurt lo había descartado como el causante de los rumores? Tenía que admitir que era difícil comportarse como verdaderos extraños las veinticuatro horas del día.

—¿Intentas decirme que mis habilidades diplomáticas y mi tacto necesitan mejorar?

Deseó que Kurt no le hubiera sonreído de esa manera. Su costumbre de levantar una comisura del labio la hacían estremecerse. Debería haber previsto su respuesta antes de decir «modales de compañero de cama».

—Lo que quiero decir es que tienes que aprender a tranquilizar, no a asustar a la gente.

—En eso tiene razón, tío —interrumpió Paul riéndose—. Ahora me estoy pensando dos veces si cruzar.

—Déjalo ya —dijo Kurt dando una palmada a Paul en el brazo—. A Chelsea la podría pasar sobre los hombros pero a ti no.

—¿Qué quieres decir? —Paul miró a Chelsea de arriba abajo—. Es más alta que yo.

—Sí, pero ¿no te has dado cuenta? Es una mujer.

Indignada, Chelsea quería apretar los puños pero le costaba con tanta ropa así que se puso a dar patadas en el suelo.

—Por todos los santos, dejadlo ya, chicos. Puedo hacerlo y lo sabéis. Puedo con mi peso. No necesito que ninguno me lleve a cuestas.

Paul le pasó el brazo debajo del suyo y la acercó hacia sí.

—Lo sabemos. Estábamos bromeando. No hace daño relajar tensiones. ¿Te habría parecido mejor que hubiéramos empezado a

reírnos al borde de la grieta?

Kurt se colocó las gafas en su sitio y empezó a sacudir la cuerda para evitar que se hicieran nudos.

—Paul podría estar riéndose encima de la escala sobre la grieta. Este tipo me ha tenido despierto con su interminable reserva de chistes malos y es incapaz de no reírse antes de terminar de contarlos.

—Lo he oído.

—¿Lo ves, Paul? Has tenido a Chelsea despierta también. Sigamos antes de que se nos quede dormida.

Si alguien la mantenía despierta, era Kurt. Nunca se había sentido tan sola como cuando tenía que dormir en esa tienda tan vacía; nunca había sentido tanto frío como cuando no lo tenía a su lado. Lo echaba de menos. No sólo por el sexo, por muy fabuloso que fuera, sino también por escuchar su respiración mientras dormía.

En vez de dormir, Chelsea había pasado la noche tumbada con los ojos cerrados especulando sobre el futuro y lo que ocurriría una vez que recuperaran los cuerpos de su hermana y de Bill Chaplin.

¿Esperaría acaso que ambos se separarían y continuarían con sus vidas como si aquella loca pasión no hubiera tenido lugar, como si no la hubiera hecho responder como nunca le había respondido a ningún otro hombre?

No podía retroceder. A la primera oportunidad, dimitiría en su trabajo.

«¿Y después qué?».

Estaba en el regazo de la diosa, como había dicho Kurt, y esperaba que la estuviera mirando con bondad. ¿Acaso no le había rezado el día antes de abandonar el campamento base? Los porteadores habían plantado un poste del que colgaban banderolas de oración. Después, el lama había llegado y se había puesto a rezar al tiempo que golpeaba los tradicionales tambores. Antes de terminar, habían espolvoreado harina de cebada al viento y habían

quemado ramas de enebro a modo de ofrenda para terminar cubriéndose el cuello con pañuelos blancos de seda. Un precioso ritual, sagrado por la esperanza que implicaba.

Kurt cruzó la grieta el primero. Desde el otro extremo, Chelsea lo observaba deslizando las manos por las cuerdas. Sus grandes zancadas y su peso hacían que el frágil puente consistente en tres escaleras de aluminio se hundiera.

—Vale. Ahora tú, Chelsea, pero quítate la mochila. Después iré yo a buscarla cuando llegues sana y salva.

Paul la ayudó a quitársela y Chelsea no pudo evitar un escalofrío cuando dejó de sentir el calor en la espalda.

—No te pongas nerviosa —dijo Paul—. No es diferente a las demás que hemos cruzado. Pon un pie y después otro, y pronto llegarás al otro lado —y diciendo esto le dio un suave golpecito en la espalda—. Vamos. Respira hondo y ánimo.

Chelsea pensaba que era fácil decirlo cuando no era él quien estaba al borde de la profunda grieta al fondo de la cual se veían las aguas verdosas de un río. Inspiró profundamente un par de veces y se preparó. Trató de calmarse. Sus pensamientos tomaron la forma de las palabras que utilizaba con los caballos. Lo único que tenía que hacer era darlo todo.

—Lo estás haciendo muy bien —decía Kurt cuando estaba llegando a la mitad, pero ella no levantó la cabeza.

Desde el otro extremo, Paul también la animaba.

—Ya no te queda nada. Sabía que podías hacerlo. Eres una gran luchadora, Chelsea.

Tres metros más y habría cruzado. Diez pasos. Los empezó a contar. Uno, dos... ocho, nueve. Levantó la vista mientras daba el último paso sobre los peldaños y vio a Kurt con los brazos extendidos para ayudarla.

De repente, lo único que quería era eso. Que la tomara en sus brazos y no la soltara nunca.

—Aquí estoy, K... —pero no terminó la frase porque el último peldaño desapareció bajo su peso y el pie derecho quedó colgando en el aire.

Su rostro se tornó lívido. Dejó escapar un gemido al perder el equilibrio. El reflejo automático fue soltar la mano derecha para protegerse la cara de un golpe contra la escalera. Afortunadamente, no soltó la mano izquierda sino que asió la cuerda que la aseguraba con más fuerza.

Un salvavidas.

No escuchó gritos de alarma. De alguna manera, el silencio era más aterrador. Durante el momento más largo de su vida, la idea de que podría haber acabado allí su aventura se cernió sobre ella.

Sintió un tirón al llegar al final. La cuerda de seguridad que llevaba atada a la cintura quedó olvidada en el suelo cuando su cuerpo dio contra el hielo.

Kurt empezó a tirar de ella y le pasó las manos por debajo de las axilas para levantarla. La retuvo en sus brazos como si nunca fuera a dejarla marchar.

Kurt abrazó a Chelsea contra su pecho. Durante unos segundos, había visto pasar delante de sus ojos su futuro, desierto y vacío, sin Chelsea.

Cuando logró calmarse lo suficiente para soltarla, se quitó uno guante con los dientes. Tenía que tocarla y encontrar el latido de su corazón para asegurarse de que estaba viva. Le tomó la cara en las manos y se acercó a ella.

—¿Estás bien?

«Dime que estás bien».

—Estoy bien... aunque sin aliento —dijo ella al fin antes de buscar de nuevo la seguridad de su pecho.

Kurt sintió cómo el pecho de Chelsea subía y bajaba como si estuviera sollozando, aunque no emitía sonido alguno. Con la espalda a los demás, la ocultaba de miradas curiosas.

—Creo que nuestro secreto se ha desvelado.

Entonces, Chelsea levantó la vista y lo miró. Tenía los ojos aún hinchados, pero no demasiado mal. Miró por encima del hombro de Kurt y vio cómo la escalera crujía. Paul estaba pasando.

—Puedo fingir que he estado llorando. Nadie me culpará.

—Dios sabe que tienes todo el derecho pero no es tu estilo, Chelsea, ¿verdad? —dijo él poniéndola a un lado—. Tómame un segundo para recuperarte. ¿Algún hematoma?

—Ninguno que quiera que me frotes. Eso podría ser aún más peligroso que cruzar la enorme grieta en el hielo por la que Paul está pasando.

—Ten cuidado con el último escalón —gritó Kurt girándose y viendo a Paul, que ya se acercaba con más suerte que juicio.

Éste jadeaba pero le quedaba oxígeno para hablar.

—Demonios, Kurt. Creía que era mujer muerta. Vaya suerte. Creí que se iba a repetir el incidente.

—Tú no lo viste —dijo Kurt tendiéndole la mano a Paul.

Paul tomó la mano de Kurt y saltó.

—Lo sé, pero es como si hubiera estado presente. Recuerda que fui yo quien te encontró cuando bajabas, solo.

—Sí, lo recuerdo. Dijiste que te sentías mejor y querías unirse a nosotros. Fue peligroso hacerlo solo, casi tanto como la forma en que has cruzado el puente.

—Este puente insignificante no me asusta. Pasé varios años en el ejército de mi país.

—Nunca dijiste nada —dijo Kurt sorprendido al pensar que cuando Paul hablaba de su país, siempre era sobre algo superficial, nada personal. En realidad no sabía nada de ese hombre. Empezó a preguntarse si Paul se habría molestado tanto por no poder subir a la cumbre que se había puesto a hacer circular los rumores que ponían en tela de juicio a Kurt, por que él había sobrevivido cuando todos iban en la misma cordada.

—Nunca preguntaste. Pero no importa. ¿Cómo está Chelsea?

—Un poco nerviosa, pero se recuperará. Míralo tú mismo —dijo girándose para ver a Chelsea, sentada sobre la mochila de Kurt. Era absolutamente asombroso. Nadie creería que había estado a punto de caer y morir llevándose su corazón con ella.

Por eso no podía dejar de gastar bromas.

—Si necesita otro hombro sobre el que llorar —dijo Kurt cuando Paul se dirigió hacia ella—, dale el tuyo. Yo voy a buscar su mochila antes de que cruce Rei.

Al fin y al cabo, ella había sido la que había tenido la idea de fingir que estaba llorando.

—¿Cómo está la señorita? —preguntó Rei cuando Kurt llegó al otro extremo en el que éste esperaba.

—Sobrevivirá, Rei —dijo Kurt.

Sabía que a su sherpa le gustaba Chelsea y le parecía curioso que éste, que era mucho más pequeño, la viera como un ser que necesitaba protección por ser una mujer, como las frágiles flores que florecían ocasionalmente en aquel ambiente congelado. Pero lo que le parecía aún más curioso era que, a pesar de lo fuerte que Chelsea parecía, se había convertido en alguien a quien protegería con su propia vida.

# Capítulo 11

Chelsea llevaba en las montañas más de un mes si contaba el período de aprendizaje en el Ama Dablam y contaba con que ésa fuera la última vez que bajaban al campamento tres. El frágil puente de aluminio ya no le daba miedo después de todas las veces que lo había cruzado.

Estaban en el West Cwm, un lugar silencioso comparado con la cascada de hielo. Grandes grietas estriaban el suelo llano del valle pero no era necesario cruzarlas. La nieve era espesa, y gemía bajo el peso de las botas. Era la única parte de la ruta en la que Kurt había insistido que asegurara una cuerda con él y de esta forma podía caminar a su lado en vez de detrás de él.

La temperatura en el valle superaba los treinta grados por el reflejo del sol en la nieve. Habían tenido que quitarse las camisetas interiores y ponerse pañuelos de algodón bajo las viseras para evitar el sol en la nuca.

Unos días antes, habían estado en el campamento base recuperándose y haciendo tareas «domésticas» antes de emprender, de nuevo, la subida.

—¿Sabes, Kurt? Si les dijera a mis amigos de la embajada que me he pasado cuatro semanas sin darme una ducha, pensarían que me he vuelto loca.

Kurt torció la boca, prueba del guiño que le había hecho bajo las gafas.

—Sí, y justo cuando ya te estás acostumbrando al olor rompes la rutina dándote una.

—Aunque el chorro ha sido escaso y apenas templado, me ha

parecido la mejor ducha de mi vida.

Kurt miró hacia atrás y Chelsea lo imitó. Paul estaba a unos tres metros y medio de distancia. Kurt rozó con el antebrazo desnudo el de Chelsea al acercarse a ella.

—Yo también he disfrutado mucho de mi ducha, pero la tuya ha sido una absoluta tortura para mí. Hacer guardia junto al biombo consciente de que estabas desnuda ha sido la peor de las tentaciones. Me excité pensando en lo mojada y resbaladiza que estarías —dijo él sin aminorar el paso y la miró cuando terminó de hablar.

Chelsea se había sonrojado y sabía que Kurt se daría cuenta de los signos que evidenciaban la reacción de su cuerpo ante sus palabras. Sentía los pechos hinchados y los pezones erguidos parecían taladrar el tejido de algodón del sujetador. Pero lo que sentía húmedo y resbaladizo era el interior de los muslos.

—No me digas esas cosas cuando sabes que no podemos hacer nada al respecto. Hace mucho tiempo desde que hicimos el amor, ha sido más que una tortura.

—Bienvenida al club, Teddy. Cuando terminemos con esto, reservaré una habitación junto a la tuya en el hotel Cumbres y espero que nadie me vea salir a hurtadillas en medio de la noche.

—Estoy impaciente —dijo ella haciendo pucheros—, pero odio que tengamos que ir a escondidas porque considero que no tenemos nada que ocultar.

—Ya te lo he dicho. No estoy seguro de que no fuera Paul quien empezó a esparcir el rumor. Sin embargo, no pasa nada porque nos comportemos amigablemente. Después de un mes en mutua compañía es natural, pero no podemos ir más allá. Así que deja de mirar mi miembro empalmado con los ojos muy abiertos durante la cena o lo echarás todo a perder.

Chelsea se echó a reír. Sería bruto... Kurt lo había hecho a propósito para cortar la tensión que flotaba entre ellos con tal intensidad que, probablemente, Paul se habría dado cuenta.

—Puede que fuera porque te acababas de afeitar y no pude evitar fijarme en el semental que se ocultaba tras la barba.

—Recuérdame que me afeite todos los días.

Cuando Paul los alcanzó, se reían a carcajada limpia.

—¿Qué es eso tan divertido?

Chelsea decidió apiadarse de Paul. Le gustaba a pesar de las sospechas de Kurt.

—Hablábamos de lo que diría la gente que me conoce si supiera lo mal que olía cuando me metí el otro día en las duchas del campamento base.

—No te preocupes. Siempre me pareció que olías como una cachorrito adorable —dijo Paul riéndose también.

Chelsea notó que Kurt se ponía rígido y una rápida ojeada le confirmó que tenía el vello de los brazos erizado.

—Quieres decir que huelo a bebé. Tengo que agradecersele a Kurt. Él me dio toallitas de bebé. Me dio hasta su última caja. Sólo espero que no se me agoten antes de terminar.

—Puede que ya no quede tanto, Chelsea. Creo que estamos cerca. ¿Qué dices, Kurt? ¿Crees que hay suficientes cuerdas fijas y anclajes suficientes para llegar al corredor? Es realmente pequeño en comparación con el Hornbein.

—Tienes razón en eso. Apenas es un diminuto garabato en el mapa del Everest, pero aun así es duro. En cuanto a las cuerdas, sí, creo que hay suficientes. Sólo tendremos que llevarnos unas cuerdas extra para descender hasta el punto donde cayeron los Chaplin. Eso no significa que vaya a ser fácil, de todas formas. ¿Estás seguro de que puedes hacerlo? No importa que hayamos tomado todas las precauciones necesarias, subir por la cara suroeste es muy arriesgado.

Kurt se detuvo. Chelsea lo oyó tomar aliento para terminar de hablar. Cuando Paul trató de decirle algo, Kurt le hizo un gesto con la mano.

—Para Chelsea y para mí, hay demasiado en juego como para no correr el riesgo. Tenemos que hacerlo. Pero, tú, Paul, no es necesario que arriesgues tu vida cuando no vamos a llegar a la cumbre.

—Quiero hacerlo, Kurt. Tengo que hacerlo. Siempre he creído que, tal vez, si no me hubiera puesto malo ellos seguirían vivos. A veces te comportas de forma muy brusca conmigo, Kurt, porque creo que, en cierta forma, tú también me echas la culpa. Los Chaplin se habían convertido en mis amigos, así que pienso que para mí también hay demasiado en juego.

—Como quieras, pero no digas que no te advertí.

Chelsea deslizó un brazo bajo los de los dos hombres y los acercó a ella.

—Ya vale de discusiones. Estábamos pasándolo muy bien y lo estáis estropeando.

—De acuerdo. Lo dejamos de momento, pero era algo que tenía que decir, en un momento u otro —dijo Kurt.

—Mirad —dijo Chelsea liberando los brazos—. Rei nos está haciendo señales. Puedo ver las tiendas. El último en llegar tomará su café frío —dijo al tiempo que apretaba el paso y sacaba ligera ventaja aunque nunca ganaría. Las zancadas de Kurt eran demasiado grandes y, aunque Paul era más bajo que ella, tenía una constitución delgada y fibrosa que le permitía moverse con agilidad por la nieve espesa. Al final, los tres alcanzaron juntos el campamento tres.

El café estaba caliente pero no logró calmar el miedo que Chelsea sentía en su interior. No temía por su vida. Era la sensación de que todo se terminaría cuando encontraran el cuerpo de Atlanta lo que la asustaba.

Cuando encontraran a su hermana, estaría muerta. Ver para creer. Y eso significaba que después tendría que enfrentarse a sus problemas con el primo Arlon. Sabía que Mac le había conseguido un helicóptero pero no sabía si había llegado ya a Shyangboche. La comunicación era difícil y, si no podía decirle a Kurt que tenían un

helicóptero, ¿cómo iban a bajar los cuerpos de la montaña? Por muchos sherpas y porteadores, sería un trabajo hercúleo.

Paul se sentó junto al fuego frente a Kurt y a Rei y los observó mientras hablaban. Kurt no había suavizado ni un ápice su actitud hacia Paul desde que Chelsea había estado a punto de caer por la grieta. Esta le había preguntado por qué se comportaba así pero él no era un hombre propenso a desnudar sus emociones, ni siquiera a ella que había estado más cerca de él que cualquier otra persona.

Pero bueno, ella también tenía sus propios secretos, el helicóptero era el último que le reservaba. ¿Cómo podía culparlo? Tenía una desagradable sensación de que se estaba enamorando de un hombre que nunca compartiría sus sentimientos más profundos, ni siquiera con la mujer que amaba. ¿Estaba segura de querer vivir con alguien así? ¿Para el resto de su vida?

Kurt miró a Rei y asintió pero sabía que el sherpa no estaba contento. Él tampoco estaba muy alegre. Sacar los cuerpos iba a ser tarea difícil.

Chelsea no lo sabía pero entre las provisiones que Kurt había hecho llevar al campamento base, barritas, dulces, y otros bienes esenciales que todos habían agradecido, había dos bolsas especiales de un material más resistente para meter los cadáveres. En algunos lugares, como el corredor, sería imposible llevarlos a cuevas y habría que arrastrarlos o dejarlos caer rodando.

No le gustaba nada pero no encontraba otra solución al problema. El corredor caía hacia abajo. Al fondo, había una serie de grietas más profundas que las que habían visto en la cascada de hielo. Los cuerpos se habrían detenido en el borde de una de estas aristas que recortaban la montaña.

—No te preocupes, Rei. Rezaremos una plegaria a la diosa antes de salir y dejaremos que ella decida —dijo Kurt. Cuando los sherpas decían que estaban en el regazo de los dioses, era cierto.

—Le pediremos que nos proteja.

—Bien. Quiero que vengas con nosotros. Nuwa puede organizar a los otros mientras estemos fuera.

Kurt apuró el contenido de la taza, frío desde hacía rato.

—Eso es, Rei. Veremos qué nos dice, amigo. Algunos porteadores pueden acompañarnos en el corredor. Chelsea tiene el dinero. Puede compensarlos por ello. Podrán ayudar a transportar los cuerpos cuando pasemos la peor parte y lleguemos a las cuerdas fijas.

«Chelsea tiene el dinero». ¿Sería ése el motivo por el que Paul no dejaba pasar la oportunidad de halagarla? «Admítelo», se dijo Kurt, «estás actuando como el gallo del gallinero. Has estado demasiado ocupado tratando de guardar el buen nombre de los dos y Paul ha visto un hueco por el que colarse y no dudará en hacerlo».

Y aunque no corrieran tantos rumores sobre él, ¿qué posibilidades tenía de estar con una mujer como Chelsea? Por parte de madre, descendía de aristócratas españoles, una de las familias más influyentes en Argentina, dueños de muchos acres de tierra. Él sólo poseía un cobertizo medio derruido. Ella tenía dinero y él sólo deudas. Nunca funcionaría. Pero eso no quería decir que fuera a dejarle el sitio a Paul. Y, desde luego, no iba a dejar de vigilarlo.

Kurt estiró las piernas y se puso en pie. Cuando levantó la vista, vio a Paul sentado junto a Chelsea. Aquel hombre nunca podría competir con él.

Siguió mirando a Paul, que en ese momento se ponía de pie. Kurt vio que murmuraba algo al oído de Chelsea y, una rápida ojeada por encima del hombro le dio la razón. Basie Serfontien había llegado.

Paul debía de sentir añoranza otra vez por que si no, no podía comprender que el joven prefiriera la compañía de Basie a la suya. El enorme africano de pelo claro contaba su vida a todo el mundo mientras que Paul estaba lleno de secretos.

Eran estos secretos los que más preocupaban a Kurt.

Fue el viento lo que despertó a Chelsea. Sabía que cuando empezaba a correr aire gélido y fuerte por la noche, el viento se

asentaría sobre la montaña.

«Por favor, no dejes que esto arruine nuestro plan. No dejes que alguien salga herido».

Avergonzada de su pequeña plegaria, se acurrucó en el saco dispuesta a aguantarse el miedo con tal de no bajar de nuevo al campamento base.

Cuando sintió que la tienda se sacudía de nuevo, Chelsea decidió no seguir ahí. Se sentó y sacó medio cuerpo del grueso saco. Buscó a tientas el frontal y lo encontró.

Estaba intentando ponérselo cuando notó un nuevo ruido en el exterior de la tienda. Reconocía el sonido de la cremallera que se atascaba a veces y había que dar un tirón. Había alguien fuera de su tienda.

¿Estaban intentando rescatarla? ¿Tan mala era la situación?

Siguió tratando de colocarse el frontal a oscuras y, cuando encontró el botón de encendido, se levantó aunque se puso a maldecir porque no se encendió la luz. Cuando finalmente funcionó, la luz la cegó. Rápidamente, dirigió la luz hacia la entrada. A pesar de ver puntitos rojos por el contraste, distinguió un fornido brazo blanco y la luz se reflejó en algo de metal.

Un cuchillo. Chelsea dio un grito al tiempo que tomaba lo primero que encontró, una bota con los crampones puestos. La fuerza con que la tiró hizo que perdiera el frontal y no logró ver a quién le había tirado la bota. En lo que tardó en recuperar la luz, el brazo había desaparecido como si hubiera sido una mala pasada de su imaginación.

Volvió a gritar con todas sus fuerzas y llena de enfado. Nadie iba a rescatarla. El viento ocultaba su pequeña voz. El rugido lo dominaba todo, incluso su grito de terror.

Cerró los dedos y trató de colocarse el frontal en la cabeza, pero ocurrió lo habitual: cuanto más deprisa más despacio. Tardó unos minutos en salir del saco y ponerse las botas. Tenía la parka bajo la

cabeza. Como el intruso no se molestó en cerrar la doble puerta, no tardó en salir de la tienda. Pero cuando intentó ponerse en pie, el viento le heló la garganta. Se dobló para protegerse de los lengüetazos heladores del viento y salió finalmente. Dando tumbos entre las rocas donde se había hecho la fogata, veía cuerpos moverse, cabezas con una luz central, como una reunión de cíclopes.

No se acercó. Lo único que quería era encontrar a Kurt. No podía alejarse de su tienda y menos dejando una luz dentro. La puerta ondeaba abierta y se acercó para cerrarla, pero cayó dentro.

Suspiró aliviada al ver el anorak rojo de Kurt. Quien se hubiera acercado a su tienda no podía haber sido él. Hasta ese momento, no había admitido que cuando vio el cuchillo llegó a su memoria el momento en que Kurt y ella se conocieron y más atrás, el momento en que Atlanta le escribió diciéndole que andara con cuidado.

Kurt, al igual que Rei, estaban apoyándose con su cuerpo sobre los clavos que sujetaban la tienda al suelo, amenazada con ser arrancada por el viento. Ambos la miraron desde la tienda y Chelsea pudo oír la risa de Kurt mientras sacaba la pierna.

El suelo de la tienda estaba cubierto de sacos de dormir y otros artículos de acampada. Envoltorios de dulces salían de una bolsa de basura como si hubieran estado celebrando una fiesta a la que Chelsea no estaba invitada.

Pero una mirada a su expresión aterrorizada, y la risa de Kurt desapareció.

—¡Chelsea! ¿Qué ocurre? ¿El viento ha destrozado tu tienda? Este viento es aún más fuerte que el del Ama Dablam.

Ignorando el desastre que había en el suelo, pasó por encima de todo y echó los brazos a Kurt.

—Alguien ha intentado entrar en mi tienda.

—Teddy, cariño, debe de ser un error. Todos los porteadores están comprobando que las tiendas no salgan volando. La mayoría están reforzando las piedras que las sujetan al suelo.

—¿Y necesitan un cuchillo para eso? Sólo vi un brazo blanco, pero ningún rostro. La mano llevaba un cuchillo pero desapareció cuando encendí la luz. ¿Por qué? No le he dado motivos a ningún porteador para tener miedo de mí.

—¿Estás segura de que no estabas soñando? Tal vez una de las historias de Rei y Paul sobre el yeti te ha jugado una mala pasada y el raído del viento no haya hecho sino intensificar el sueño.

Chelsea tembló de ira. ¿Cómo podía dudar de ella de esa manera?

—¡No era un yeti, ni un sueño! Era un hombre. Vi su brazo... y su mano enguantada sosteniendo un cuchillo.

—Ya te he oído, pero nadie va vestido de blanco. Así no podríamos reconocerlo en la nieve —dijo él acercándose más—. ¿Quieres pasar el resto de la noche aquí con nosotros? Puedo hacer que unos porteadores ocupen tu tienda y sostengan los clavos. Saldrá volando si sólo tiene el contrapeso de tu mochila y tus accesorios femeninos.

—No. Y no tengo accesorios femeninos, no que yo sepa. ¿Y sabes lo que te digo? Que al demonio lo que piensen los demás. Quiero que vengas a mi tienda conmigo. Tu peso es lo que necesito dentro de ella. Mi tienda no es tan grande como ésta.

—Cuando Paul venga a relevarme, te llevaré a tu tienda. Espero que los porteadores la hayan asegurado para que dure hasta entonces.

Chelsea dejó escapar un suspiro angustiado, como si la tormenta girara dentro de ella.

—Estupendo. Me siento más segura teniéndote a mi lado.

—Escucha. Deja de tratarme como si fuera un héroe. He hecho lo que haría cualquiera. No hay nada heroico en ello —dijo Kurt tomándola por los hombros—. Si quieres ser útil, busca un lugar que necesite refuerzo y apóyate en él antes de que Paul vuelva y nos vea. Sólo un momento de flaqueza y nuestros esfuerzos de las pasadas semanas no habrán servido de nada.

Chelsea cruzó el suelo sembrado de artículos de acampada lentamente, pero hizo lo que Kurt le decía. La luz se balanceaba en el clavo donde estaba colgada la linterna y cada vez que iluminaba la cara de Rei, veía que le sonreía.

No hacía falta ser vidente para darse cuenta de lo que estaba pasando. Salir en busca de Kurt la había dejado al descubierto. Hasta un ciego se daría cuenta de que sentía algo por él.

Al menos, Rei era una persona en la que podían confiar. En el fondo, el sherpa era sincero. Rei nunca habría sembrado un rumor en contra de Kurt.

Y cuando estuviera a solas con Kurt, tal vez podría reunir el coraje para decirle lo de la llave. ¿Cómo podría hacerle comprender que no habían sido imaginaciones suyas? Si lo pensaba, la mano era blanca, también. Quienquiera que había intentado entrar en su tienda no habría tenido que hacer más que tumbarse en la nieve para pasar inadvertido.

Decirle a Kurt lo de la carta de Atlanta y el primo Arlon no iba a ser fácil. No quería que dejara de confiar en ella ni que pensara que su motivo para estar allí arriba fuera el dinero. Por difícil que le resultara de creer para Kurt, Chelsea tenía la desagradable sensación de que alguien en esa montaña quería verla muerta.

¿Qué se suponía que tenía que hacer un hombre en una situación así? Kurt no dejaba de darle vueltas mientras tiraba el saco en la tienda de Chelsea y a continuación entraba él. Por si fuera poco, estaba totalmente excitado, preparado para jugar un rato con ella.

Pero sus necesidades físicas tendrían que esperar. Su primera obligación era descubrir si realmente Chelsea había sido víctima de un ataque frustrado con un cuchillo. Y en caso de ser así, ¿qué podían hacer?

No podía dejar de pensar en el incidente con el puente de aluminio. ¿Por qué sólo el último peldaño estaba tan gastado? Había comprobado los demás y todos estaban bien.

Rei lo había arreglado con un cordón de acero que llevaba entre los aparejos. El último peldaño de un puente era precisamente en el que la gente dejaba de mirarse los pies para mirar el suelo firme.

Oyó que Chelsea entraba en la tienda y cerraba la cremallera.

—Deja eso y quédate donde estás hasta que encienda la luz.

Kurt se quitó el guante tirando con los dientes y buscó las cerillas. En un momento, la lámpara despedía una luz con la que se podía ver con los frontales. El suelo estaba muy recogido en comparación con su tienda, claro que ella no la compartía con dos hombres más. La tienda se sacudió como si estuvieran en una tormenta en el mar. Kurt le lanzó a Chelsea el saco.

—Toma. Envuélvete en él si tienes frío pero no te quites las botas por si tenemos que salir corriendo —dijo él.

—Quiero hablarte de lo que ha ocurrido antes —dijo Chelsea manteniendo una prudente distancia pero desde la que se podía ver su gesto frustrado.

—Ya sabía yo que llegaríamos a esto. ¿Algún motivo para sentirte incómoda mientras lo hacemos? —dijo él pero en ese momento una fuerte sacudida los golpeó y, sin pensarlo, se dirigió hacia el clavo más cercano y apoyó todo su peso sobre él—. Sujétate bien y apóyate sobre otro clavo hasta que pase —tenía que gritar para hacerse oír.

La luz se balanceó haciendo que sus sombras parecieran distorsionadas sobre la tela amarilla de la tienda. El doble techo de la tienda se agitaba violentamente haciendo un ruido muy molesto. Kurt lo miró con el ceño fruncido. Era culpa suya porque le había dicho a Chelsea que no se preocupara de cerrarlo. El viento aullaba y veía cómo el suelo de la tienda se levantaba del suelo.

Una de las polainas de Chelsea se escurrió hacia el medio de la tienda acompañada de algo más... un cuchillo. Desde luego, no era para alegrarse mucho.

—Mira hacia la puerta. ¿Ves lo mismo que yo?

—Una de mis botas y... ¡Dios mío! Le tiré mi bota. Debo de

haberlo golpeado —dijo ella alargándose para tomarlo.

—No, Chelsea, ¡espera! Es la única prueba y no te servirá de nada si salimos volando encima de esta montaña.

Ninguno decía nada. Sólo miraban el cuchillo como temiendo levantar los ojos por si desaparecía. De pronto, el viento se calmó lo bastante para que el clavo que sujetaba Kurt dejara de temblar.

—¿Tienes una bolsa de plástico?

—¿Para qué? —preguntó Chelsea desviando la mirada del cuchillo.

—Esto podría ser una prueba —dijo él señalando hacia el cuchillo—. ¿Nunca te he dicho que mi padre era policía?

Chelsea se humedeció los labios y los apretó. Su mirada pareció titubear bajo la tenue luz como si estuviera sopesando los pros y los contras antes de decir nada. Kurt no podía culparla después de la forma en que la había recibido antes.

—Creo que el hombre llevaba guantes también, blancos.

—¿Qué demonios está pasando? —dijo él sacudiendo la cabeza sin poder deshacerse de la idea de que alguien quería matarla. ¿Pero por qué?

En los minutos siguientes ninguno de los dos dijo nada. Sólo miraban el cuchillo. Kurt sufría viendo a Chelsea de esa manera. Ya tenía bastante por lo que preocuparse. Bajar a su hermana de la montaña, para empezar.

—¿Guantes blancos? Entonces no pudo tratarse de un yeti. Creo que ellos los llevan negros este año —dijo con la intención de borrar la expresión de su rostro con la broma.

Chelsea lo miró de forma inequívoca antes de dar un paso en dirección a su mochila.

—Tengo una bolsa en la que guardo el cepillo y el peine.

Kurt tomó el cuchillo con la punta de los dedos índice y pulgar enguantados y el corazón le dio un vuelco cuando Chelsea le dijo:

—¿Kurt? Se parece mucho al tuyo.

Kurt se llevó la mano libre al cinturón donde solía llevar su cuchillo pero no lo llevaba.

—Maldita sea —dijo en voz alta—. Te juro que el mío está en la tienda. Me lo quito para dormir.

—Sé que no pudiste ser tú. No iba vestido de rojo.

Kurt deseó que Chelsea hubiera tenido otro motivo para creer que no había sido él.

—Podría haberme cambiado —dijo él con una sonrisa aunque no estaba para bromas.

Chelsea exhaló un largo suspiro al tiempo que le tocaba el brazo.

—¿Quieres que sospeche de ti?

—Lo que quiero es que no des nada por sentado, ni siquiera a mí.

La puerta comenzó a agitarse de nuevo en un golpe de viento. Se decía que los condenados no disfrutaban de paz. Kurt dobló un poco los hombros para evitar que su cabeza rozara el techo y enfocó la cremallera con su frontal. Se acercó un poco pero se detuvo de golpe.

—Hay sangre en la cremallera y parece reciente.

—Debió de ser con la bota. Parece que tuve mejor puntería de lo que creía. Perforé su guante y por eso tiró el cuchillo.

Kurt levantó la hoja y la miró detenidamente. Al igual que el suyo, se trataba de un cuchillo de caza, mango de hueso y hoja ancha. No necesitaba hacer ninguna prueba para saber lo afilado que era.

—Puede que vuelva a buscarlo.

Chelsea lo miraba con la boca entreabierta. Kurt estaba lo suficientemente cerca como para ver el círculo gris que rodeaba el iris de sus ojos. Chelsea no parpadeó al preguntarle:

—¿Qué crees?

—Creo que será mejor que me cuentes por qué no te sorprende que alguien quiera matarte.

## Capítulo 12

Chelsea no tenía opción. Tenía que contarle a Kurt toda la historia y les iba a doler, a los dos. No sabía por qué había dejado que la cosa se alargase tanto sin haberla solucionado antes. Atlanta le había dicho en su carta que estaba nerviosa, como si alguien la estuviera observando.

¿Qué pasaría si ese alguien estuviera realmente en el monte Everest en ese momento?

—Kurt, hay algo que debería decirte —Chelsea comenzó a abrirse el anorak lentamente.

Posponer las cosas no era lo que Chelsea Tedman solía hacer y lo sabía, aunque, a veces, no tenía muy claro por qué se comportaba como lo hacía. Tal vez fuera miedo. Siempre se había considerado una mujer valiente. ¿Qué había cambiado?

Tal vez si no le prestaba atención desaparecería pero aquélla sería una actitud muy cobarde. ¿Qué hacía que aquel obstáculo fuera diferente para no querer sortearlo? ¿Por qué no había recurrido a Kurt en busca de ayuda, el hombre que la había hecho sentirse como una mujer, el hombre que había hecho lo increíble por defender su buen nombre?

Pero, en vez de eso, había llamado a Mac a la agencia. Se preguntó si Kurt se lo tomaría como un golpe.

Se quitó entonces los guantes y se sacó la carta de Atlanta del bolsillo interior. Su respiración formó una nube de vaho.

—Es la carta que recibí de Atlanta poco antes de que muriera.

Kurt metió el cuchillo en la bolsa y lo dejó junto a la mochila de Chelsea. Iluminó el trozo manoseado de papel con el frontal. Chelsea

la había leído más de cien veces en busca de alguna pista, esperando encontrar algo escrito entre líneas, sin éxito.

Lo que la hizo pensar en la carta de Maddie. Se preguntó dónde estaría oculta. Tal vez entre las posesiones de Atlanta, su mochila o tal vez en su ropa. Chelsea deseó que su hermana hubiera sido más explícita con el contenido de la carta.

Observó cómo Kurt pasaba a la segunda página y sujetando las dos páginas dejó caer el brazo a un lado.

—Maldita sea, Chelsea. Deberías habérmelo contado antes —dijo él con tono de exasperación—. ¿No ves que cuanto más gente sepa que estás amenazada menos poder tendrá sobre ti y más segura estarás?

Sus ojos eran dos piedras negras y cálidas, encendidas por la marea de sentimientos que contenían. Una ola de furia descontrolada era lo que Chelsea esperaba. Aun sabiendo que la respuesta era afirmativa, preguntó.

—Después de leer la carta, ¿sigues pensando que las muertes de mi hermana y Bill fueron un accidente?

—¿Es eso lo que te preocupa? ¿Que los Chaplin fueran asesinados? ¿Por quién? Por mí, ¿verdad? ¿Es eso lo que piensas? —dijo él expandiendo el pecho al tiempo que se quitaba el gorro y se pasaba los dedos por el cabello mientras ella lo miraba—. Claro, muy lista. Seguro que lo pensabas mientras yacías desnuda a mi lado y dejabas que te hiciera el amor —dijo con disgusto—. ¿Cómo has podido pensar algo así?

—¡Kurt, no! Nunca pensé que hubieras sido tú. Eran tus amigos, no podrías hablar de ellos como los haces si los hubieras matado. Tu sinceridad estaba en tu voz —dijo ella cerrando a continuación los ojos; pero no podía confesar sus pecados sin mirarlo, tenía que dejar que la mirara a los ojos y supiera la penitencia que tenía que cumplir y tal vez allí encontrara la respuesta—. Kurt, al contrario que yo, en ti sólo hay sinceridad —empezó tras abrir los ojos—, mientras que yo

haría cualquier cosa para evitar que esto saliera de aquí, aunque eso significara tener que mentirte. Es parte de mi trabajo. No era broma. Trabajo para una organización de la que no habrás oído hablar porque es secreta, pero no te mentí porque creyera que estabas compinchado con el primo Arlon. Tu integridad ha quedado más que clara.

Kurt le tomó las manos y su forma de sacudir la cabeza decía que no sabía que hacer con ella.

—Dime lo que sabes. Éste no es momento para ese tipo de confidencias sobre nuestras vidas privadas.

La respiración de Chelsea se volvió entrecortada y el pulso comenzó a acelerársele ante el súbito contacto prohibido hasta entonces. Su cercanía la hacía temblar.

Le parecía que había pasado una eternidad desde que sintiera su aliento en la cara la última vez. Hacía sólo dos días que se había afeitado y a su piel asomaban ya las puntas de una barba incipiente. Deseaba sentir la piel rasposa en sus mejillas, deseaba tocarla con sus propias manos.

Se preguntó si Kurt podría leerle en su rostro, saber lo que estaba pensando.

—Hemos intimado bastante. Deberías habérmelo dicho.

Chelsea le pasó un dedo por el hoyuelo de la barbilla.

—Tienes que creerme, Kurt. Nunca te consideré una amenaza para mí, ni siquiera cuando me recibiste con el cuchillo. Y cuando empecé a conocerte, descubrí que nunca matarías a nadie a sangre fría.

—No estés tan segura. Podría matar, pero sólo para proteger lo que es mío, nunca por dinero —dijo él haciendo una pausa antes de continuar—. Porque hablamos de eso, ¿no? Piensas que ese primo tuyo, Arlon, habría pagado a alguien para matar a tu hermana y a su marido.

—Sí.

—Olvídalo. Puede que tu primo haya pagado a alguien, pero no es lo que ocurrió ahí arriba. No pudo ser. Yo los vi caer, oí sus gritos, y no vi a nadie más hasta que me encontré con Paul, que subía a nuestro encuentro. Pienses lo que pienses, fue un accidente.

Chelsea frunció el ceño.

—Y no me mires así, como si no supiera de lo que hablo —dijo él tensando los labios—. Los oí golpearse al caer, muchas veces. Bill no decía nada, pero Atlanta pasó a mi lado gritando. Todavía la oigo. Tuve que descender para estar seguro. Los dos estaban muertos, no tenían pulso.

Chelsea deseaba reconfortarlo, quería abrazarlo y borrar su dolor, pero lo único que sentía que le estaba permitido hacer era acariciarle la cara y frotarle el hombro con la palma.

—Lo siento. De veras.

Se encogió de hombros rechazando la caricia como si fuera demasiado tarde para las condolencias. Tal vez demasiado tarde para ellos dos.

—Lo que no comprendo es por qué Atlanta no se lo dijo a Bill. Vale, ya he visto que tú no me lo querías decir. Éramos extraños —su voz era apenas un susurro—. Pero Bill era su marido. ¿Cómo no se lo dijo?

—Ya has leído su carta —dijo ella también susurrando—. Quería que Bill disfrutara de su ansiada aventura a la cumbre del Everest. Bill tenía mucho dinero, tal vez más que ella. Quiero comprender sus motivos. ¿Qué podía darle que no pudiera comprar?

Kurt apretó la mandíbula, inspiró profundamente y la miró a los labios mientras respondía.

—Amor. Podía darle amor.

—Ya lo tenía.

—Eso habría sido suficiente para Bill. Era ese tipo de hombre.

Y, por algún motivo, en el momento en que sus voces fueron haciéndose menos audibles, sus cuerpos fueron acercándose

buscando, automáticamente, la intimidad que habían compartido en el Ama Dablam... hacía un millón de años.

Kurt extendió la mano y le tomó la nuca para atraerla hacia sí. El viento zarandeaba el pequeño universo en el que se hallaban, haciendo que sus sombras bailaran recortadas sobre la tela de nylon.

—Kurt, pueden vernos desde fuera.

La carta cayó al suelo cuando Kurt se estiró para apagar la luz de gas. Tenía la respiración entrecortada. Su olor masculino brotó del cuello de su anorak cuando se inclinó hacia ella. La luz del frontal de Chelsea le hacía daño en los ojos y ella se giró pero Kurt se lo quitó de la cabeza y lo tiró lejos. La única luz que había en la tienda estaba en lo alto de la tienda e iluminaba hacia arriba, como un faro.

—Apenas puedo verte.

—Dentro de poco no será necesario.

Y diciendo eso, se quitó el otro guante y lo tiró al suelo. Chelsea notó las manos de Kurt en sus mejillas.

—Para mí, el amor habría sido suficiente —murmuró justo antes de besarla.

Chelsea no tuvo tiempo para pensar lo que habría querido decir con ello; si se estaría refiriendo a su amor. En el momento en que sus labios se rozaron, no pudo pensar en nada más. Sólo podía sentir, sentir sus manos tocándole el rostro, su boca, su lengua. Eran dos personas sedientas la una de la otra.

—Te deseo —susurró él mientras caían al suelo abrazados.

—Tómame. Si me deseas tanto como yo a ti, hace mucho que lo necesitaba —Chelsea estaba tan excitada que ni sentía las piedras que había bajo el suelo de nylon. Sólo podía pensar en Kurt, en el calor y la dureza de su cuerpo presionando contra el suyo.

Kurt se apresuró a desnudarla y ella lo ayudó. No le importaba el frío. Su cuerpo ardía por dentro y lo único que necesitaba era a Kurt, en aquel momento y el resto de su vida.

—Dios, cómo lo he echado de menos, cómo te he echado de

menos.

—Qué bien sabes, Teddy —gemía Kurt tomando en sus manos los pechos de Chelsea y besándolos.

El viento aullaba fuera de la tienda como si estuviera celoso del calor que generaban sus cuerpos en contacto. Sus gemidos quedaban silenciados por la tormenta, cómplice involuntaria que vigilaba el secreto encuentro de los amantes.

Alcanzaron el clímax a un tiempo. Chelsea deseó que el momento se alargara indefinidamente pero pronto una piedra bajo el suelo de la tienda la trajo de golpe a la realidad. Se movió imperceptiblemente para esquivarla y Kurt se dio cuenta.

—Maldita sea, te estoy aplastando. Después de esto estarás llena de magulladuras. Tenía demasiada prisa por meterte en mi saco.

—¿Y crees que me importa? ¿Qué importan unas magulladuras entre amantes? —dijo ella riéndose al tiempo que cambiaba de posición y se ponía sobre él—. Has estado magnífico.

—Un hombre de verdad no hace daño a su mujer —dijo él acariciándole la espalda hasta llegar a los firmes glúteos, que sujetó en un acto puramente posesivo. Sabía que no tenía ningún derecho pero no pudo evitar pensar en que era suya.

Chelsea colocó la cabeza en el hueco que se formaba entre el hombro de Kurt y dejó que la acariciara.

—¿Sabes que tienes una piel de seda? No me canso de tocarla. Es una pena lo de ese trasero tuyo.

Chelsea levantó la parte superior de su cuerpo apoyándose en el pecho de él.

—¿Qué pasa con mi trasero?

—Que ahora es más pequeño.

—¿Eso es todo? —dijo ella regresando a su posición—. Creía que era algo malo.

—Nada malo. Simplemente estás haciendo mucho ejercicio. Lo estás haciendo mejor de lo que esperaba —dijo él.

—Gracias —dijo ella sin cambiar de posición.

—Menos mal que tus pechos no han variado. Siguen teniendo la medida justa —dijo él recordando el momento en que se conocieron—. Deseaba mucho esto. Te deseé desde el mismo momento en que nos conocimos.

—Ya me lo demostraste —dijo ella.

—¡Ja! —se rio él—. Venga, metámonos en los sacos, Teddy. Empiezas a tener la piel de gallina.

Y diciéndolo, se sentó arrastrándola consigo y empezó a buscar la ropa.

—¿Podemos dormir juntos en uno? —preguntó ella cuando estuvo vestida.

—No, no podemos —contestó él, por mucho que lo deseara—. ¿Te imaginas lo que diría Rei si nos encontrara juntos en el saco cuando venga mañana con una taza de té?

—Creo que lo sabe.

—Bueno, pero no tenemos que darle la prueba. No sería justo esperar que fuera a guardarnos el secreto.

—¿Podemos dormir al lado uno del otro, al menos? —preguntó cuando se metía en el saco.

—Vale —dijo él colocando el saco junto al de ella.

En silencio, apagó el frontal y se protegió la cabeza con la capucha del saco mientras se ponía de lado y se movía hasta que su espalda rozó la de ella.

—Qué gusto —la escuchó decir y empezó a relajarse mientras intentaba conciliar el sueño.

—Sé que te sonará extraño —le dijo medio dormido—, pero no me gusta que Paul sepa lo nuestro.

—¿Paul? ¿Por qué? ¿Crees que fue él quién empezó con los rumores?

—Puede ser. Se fue de Namche Bazaar poco después de declarar ante el juez. Y después aparece de repente —dijo Kurt consciente de

que habría preferido hablar del tema cuando fuera de día—. Además, he visto cómo te mira y no quiero ni que imagine lo que tú y yo hacemos juntos. No sé si me entiendes.

—No quiero que él piense en mí de esa forma, pero tú si puedes hacerlo. De hecho, insisto en que lo hagas.

—Cariño, desde que nos conocimos, no he hecho otra cosa que imaginarnos juntos. Sueño contigo.

—Y yo contigo.

Entonces guardaron silencio y, por primera vez en su vida, Kurt sintió que las cosas eran como tenían que ser.

\* \* \*

Chelsea estaba sola cuando se despertó al amanecer. Se giró y palpó el interior del saco de Kurt. No estaba frío y pensó que no debía de hacer mucho tiempo que se había levantado.

Se sentó y entonces se dio cuenta de que no había sido la luz del sol lo que la había despertado sino el silencio. El viento ya no soplaba y era consciente de que Kurt ya no la dejaría seguir subiendo ahora que sabía la historia.

Habían hecho el amor, sí, pero había ocurrido de forma instintiva, sin atender a razonamiento alguno. ¿Qué pasaría si Kurt hubiera decidido que tenía que hacerla bajar de la montaña para que estuviera más segura? Tenía que convencerlo de que estaría más segura a su lado, logrando su objetivo, que en una ciudad llena de gente donde un matón a sueldo podría sorprenderla en cualquier momento.

Sí, estaría mejor allí aun en el caso de que el hombre al que había golpeado con la bota estuviera pagado por el primo Arlon. Ése era el problema de que Kurt pensara que tenían que sospechar de alguien del campamento: lo obvio podía nublar la verdad. No eran los únicos que se habían quedado en el campamento debido al tiempo, pero ninguno tenía intención de subir por la ruta abierta por la expedición

americana en 1963. Cuando Kurt y ella se dirigieran hacia el oeste, los demás enfilaban hacia la pared del Lhotse.

Chelsea se aseó con las toallitas húmedas y había terminado cuando Kurt entró en la tienda. Durante un momento, quedó paralizada al darse cuenta de que no habían utilizado preservativo. Cuanto más pensaba en ello, menos la preocupaba la posibilidad de estar sola y embarazada. Kurt no era el tipo de hombre que abandonaría a su hijo y, si las cosas iban a peor, tenía dinero para mantenerlo ella sola.

De pronto, recuperó el buen humor. Estaba haciendo una montaña de un grano. Acababa de terminar el ciclo, otro motivo por el que agradecía infinitamente el baño que se había dado en el campamento base.

Kurt llegaba con regalos.

—Gracias —dijo ella aceptando la taza de té—. ¿Cómo han pasado los demás la noche?

—Bueno, creo que no tan bien como nosotros, pero podría haber sido peor. Algunos cortes y golpes, nada grave —dijo él poniéndose en cuclillas junto a ella con su taza azul en la mano.

—¿Podremos salir mañana? —preguntó ella conteniendo el aliento.

—Claro —replicó él—. El tiempo será bueno. Cielos claros todo el camino. Saldremos pronto y, con las cuerdas fijas que ya hemos instalado, podríamos llegar en un día fácilmente. Aunque tendremos que pasar la noche donde están Bill y Atlanta y mover sus cuerpos al día siguiente. He intentado organizarlo pero siempre acabo con dolor de cabeza.

—Tengo que decirte otra cosa.

Aunque Kurt estaba en cuclillas, Chelsea vio que se ponía rígido, como si se preparara para lo peor. Aquello no era bueno para su relación. Tomó la decisión de no volver a ocultarle nada nunca más.

—Esta vez son buenas noticias. Llamé a la organización para la que trabajo y me prometieron conseguirme un helicóptero.

Kurt apretó la taza hasta que los nudillos se pusieron blancos.

—¿Y me lo dices ahora? ¿Tienes idea de lo difícil que será? ¿De lo arriesgado y caro?

—Sí, lo sé. Todo. No te preocupes por el dinero.

Kurt no dijo nada. Se limitó a mirarla con gesto severo.

—No me mires así —protestó ella—. No se trata de alardear de mi dinero. Puede que no sea más que un pequeño engranaje en la organización, pero valoran mis aptitudes y quieren ayudarme. Comprendo la dificultad que entraña bajar los cuerpos de la montaña pero si esto puede evitar más muertes... —se atragantó al pensar que algo malo pudiera ocurrirle a Kurt. ¿Acaso estaba pidiendo demasiado por no querer perderlo?

—Tienes razón. Debería haber pensado en ello. Y sé que no alardeas de tu dinero. Ni siquiera piensas en ello la mitad del tiempo y yo desearía no tener que hacerlo —dijo él poniéndose en pie y mirándola—. Menos mal que no vamos a salir hasta mañana. Te traeré el teléfono por satélite. ¿Crees que puedes contactar con ellos?

—Sí, trabajo con él. No me hagas demasiadas preguntas.

—Como quieras —dijo él saliendo de la tienda.

Mientras Kurt estuvo fuera, Chelsea empezó a recoger el interior de la tienda. Había cosas por todas partes y lo primero que guardó fueron las toallitas y el frontal. Ya había enrollado los sacos cuando se encontró la bolsa en la que estaba el cuchillo.

A la luz del día, el poder letal del arma lucía en su esplendor. No pesaba tanto como ella habría esperado de un cuchillo de caza. La hoja era fina, como si la hubieran afilado a menudo para mantenerla en perfecto estado.

Había una inscripción en ella pero no podía verla a través del plástico. Con cuidado para que no quedaran las huellas la sostuvo igual que Kurt había hecho la noche anterior. A la luz pudo leer el sello del fabricante en la parte más ancha de la hoja. Por un momento pensó que iba a desmayarse. Tuvo que leerla de nuevo para

cerciorarse de lo que ponía. *Fabricado en Sudáfrica.*

Las piezas casaban. Aparte de Kurt y los sherpas, lo único que se repetía en ambas expediciones era Paul Nichols. Y pensar que aquel hombre le gustaba. Se avergonzaba de no haber tenido mejor ojo.

Cuando Kurt entrara en la tienda se lo diría. Tenían que estar en guardia. Durante semanas, había estado subiendo seguida de Paul. Sería una tortura continuar el orden en la cordada sin dejar de darse la vuelta para vigilarlo.

Su mente bullía con montones de preguntas. ¿Desenmascararían a Paul en ese momento o esperarían a que intentara otro ataque? Le dolía la cabeza de pensar en las precauciones que tendría que tomar para mantenerse a salvo.

Kurt sabría lo que hacer. No importaba que sus dotes para leer a las personas le hubieran fallado con Paul; con Kurt no se equivocaba. Le había confiado su vida y seguiría haciéndolo. Nada la podría convencer de que no era uno de los buenos.

Justo cuando llegaba a la conclusión, su «hombre bueno» en cuestión entró en la tienda cubriendo con sus hombros la entrada. Llevaba en la mano el teléfono.

Eran unos hombros en los que podía apoyarse, aunque sólo fuera metafóricamente. Sabía que, en cualquier momento, Kurt insistiría en volver al comportamiento amigable y todo el contacto físico quedaría prohibido. Al menos, habían tenido la noche anterior.

Kurt miró el cuchillo que se balanceaba en las manos de Chelsea y suspiró.

—No deberías jugar con eso. Tiene que estar en lugar seguro hasta que saquen las huellas. Eso probablemente sea en Estados Unidos.

—Lo haré, cuando leas lo que pone en él. Creo que la hoja es la pista que necesitamos.

—Maldita sea —dijo Kurt, después de leer la inscripción—. Esto explicaría por qué Paul llevaba un vendaje en la mano derecha

cuando salí a buscar el teléfono.

## Capítulo 13

El cuchillo no constituía prueba suficiente para que Kurt enviara a Paul Nichols de vuelta, aunque sabía que Chelsea quería que hiciera algo inmediatamente.

—El problema es que no tenemos nada que confirme que el cuchillo es suyo. ¿Lo has visto utilizarlo alguna vez? Yo no.

Kurt se quitó el gorro y se pasó los dedos por el pelo mientras pensaba.

—Puede que no sea más que una coincidencia. Mucha gente se hizo anoche alguna herida durante la tormenta y hay demasiados escaladores sudafricanos en este campamento. El cuchillo podría haber sido robado.

—No lo había pensado.

—Una cosa —dijo él mostrándose susceptible por no haber sido hecho partícipe del secreto durante tanto tiempo—, ahora que me has dejado leer la carta de Atlanta, tengo doble motivo para tener que vigilarte. Si es Paul, no podrá conseguirlo si tanto nosotros como Rei lo estamos vigilando.

—Gracias, Kurt. Sé que esto no es lo que acordamos y te agradezco mucho tus palabras.

—Esto es mucho más que un contrato y lo sabes muy bien —dijo él y estirando la mano le acarició con los dedos las mejillas y los labios dejando que sus actos hablaran por sí solos. Si no tenía cuidado, todas sus preocupaciones por evitarle el escándalo a Chelsea se irían al traste—. Nadie te hará daño mientras yo esté cerca. ¿Lo has entendido?

—Entendido. ¿Alguna posibilidad de que duermas aquí conmigo

esta noche?

Veía que Chelsea quería escuchar un «sí» y a él le encantaría poder decirlo, pero si lo hacía se dejaría llevar por sus hormonas y a éstas no les importaba la seguridad. Sólo querían seducirlo para que entrara en el suave y cálido cuerpo de Chelsea.

—La oferta es muy tentadora pero creo que será más productivo dormir en la misma tienda que Paul. Cuando estamos solos por la noche siempre acabamos perdiendo el control y por mucho que quisiera dormir contigo, la única forma de cazar a Paul será vigilándolo por si se levanta a dar un paseo nocturno y siguiéndolo.

—Supongo que no puedo hacer nada más que llamar a Mac y ver si ha conseguido el helicóptero —dijo Chelsea extendiendo la mano hacia el aparato—. Espero que el piloto esté habituado a estas condiciones. Sigo sin saber si esos aparatos tienen problemas para elevarse con una atmósfera tan delgada.

—¿Cuál es el trabajo de ese Mac?

A Kurt aún le escocía que Chelsea no le hubiera consultado antes de hablar con ese tipo. Sabía que era una mujer acostumbrada a actuar con independencia. Tal vez haría lo mismo cuando su aventura terminara y ambos continuarían con sus vidas. Cuando se casara con una mujer, él quería que se convirtieran en iguales, compartir todos los aspectos de sus vidas, no sólo dos personas que viven juntas pero sin saber nada de lo que hace la otra.

—No es algo que tengas que saber. De hecho, olvida que te he dicho su nombre.

—Creía que tal vez podría averiguar algo sobre Paul. Dile todo lo que sabemos de él para ver qué averigua. En cuanto a los helicópteros, si me hubieras preguntado, te habría dicho que han practicado rescates a más altura.

Kurt se rio al ver el puchero que le hizo Chelsea. Supuso que lo merecía. Su último comentario había sonado muy superior.

—Bueno, al menos sé que es posible.

—El piloto tendrá que tener en cuenta muchas variables cuando se vuela tan cerca de una montaña. Los cuerpos están justo debajo del pico, así que el viento podría ser un problema. El peso que puede levantar también depende de la temperatura del aire. Los Alouette III tienen motores turbo pero dependen de los motores de cola para maniobrar.

Chelsea abrió mucho los ojos mientras Kurt le daba todas esas explicaciones. Lo había infravalorado al pensar que sólo sabía escalar montañas.

—Para sobrevolar una zona tan complicada se necesita un piloto experimentado —continuó—. No me gusta pensar que se vaya a utilizar uno que sólo lo hace por el riesgo.

—¿Cuántas veces tendré que pedirte disculpas?

—No es eso lo que quiero. Venga, llama a ese tipo —dijo Kurt, que ya había visto demasiadas muertes en aquella montaña y no quería añadir un piloto a la lista.

Y tampoco quería añadir a Chelsea. La sola idea le hacía sentir el estómago revuelto. Iba a acabar con una úlcera. Entonces recordó los detalles de la carta de Atlanta; a partir de ese momento, toda su atención se centraría en Chelsea, en mantenerla con vida.

Se quedó mirándola mientras ésta marcaba. Parte de él quería tomarla en sus brazos y protegerla del mundo pero tratar de envolverla en algodones no se podía llamar vida. Había mejorado mucho desde que salieron de Namche Bazaar. Al menos en su técnica escaladora, se veía que había nacido para ello. Podrían haber sido grandes compañeros si no fuera por todo el dinero que ella poseía.

Observó su pelo oscuro, su hermoso y vivaz rostro y empezó a sentir calor en la garganta. Estaba hablando con Mac, pero Kurt no escuchaba realmente. Algo más importante estaba ocurriendo dentro de él. Se acababa de dar cuenta de que si alguien quería hacerle daño a Chelsea tendría que vérselas con él. En cualquier momento y lugar, la protegería aunque fuera con su propia vida. Y ahora que sabía esto,

¿cómo podría dejarla ir cuando la expedición terminara? Sería algo muy difícil, sobre todo para él, y tendría que aprender a vivir con la situación. Y sin ella.

Los nervios formaban un nudo en la boca del estómago de Chelsea a la mañana siguiente. Por fin, lo que había ido a hacer a Nepal estaba a punto de ocurrir. Iba a encontrar a su hermana y la iba a llevar a casa.

Todavía estaba oscuro y las estrellas cubrían el cielo cuando abrió la tienda, aunque ella ya estaba vestida y masticaba una barrita dulce. Había superado el horror a comer barritas de dulce para desayunar siempre que quería. El ejercicio quemaba pronto todas las grasas. De hecho, su cuerpo estaba más delgado y fuerte que cuando llegó.

No podía soportar pensar que cuando llegaran a Namche Bazaar aquel mundo desaparecería. Las montañas se habían metido en su sangre. Parecía que tenía más cosas en común con Atlanta de lo que había creído.

¿Cómo podría abandonar aquello para volver al trabajo en una gran ciudad? Había creído que París era su medio, pero se equivocaba. Ir a las tiendas de moda y al ballet seguiría siendo agradable de vez en cuando pero no como algo constante. Había aprendido a ver el mundo con nuevos ojos y las montañas provocaban en ella más expectación que la Torre Eiffel.

Cuando habló con Mac la noche anterior, se había dado cuenta de que éste le había conseguido mucho más de lo que le había pedido. Un Alouette III esperaba su llamada en el aeropuerto de Shyangboche, y él dentro. Probablemente, Mac había ido hasta allí en uno de los aviones de la compañía Courier-Air, que también pertenecía a la agencia y utilizaba oficinas desperdigadas en todo el mundo que facilitaban agentes secretos y los medios necesarios para cruzar de un país a otro sin ser vistos. No le había dicho nada de dinero y, por mucho que Jason Hart lo insinuara, Chelsea no dejaría que la agencia corriera con todos los gastos.

Incluso antes de saber que el helicóptero estaba disponible, Chelsea se había debatido entre dos opciones: enterrar los cuerpos donde estaban o tratar de bajarlos de la montaña. Durante el último mes, había comprendido las dificultades que entrañaría bajarlos. Sin duda, los lugareños veían la montaña como una diosa celosa que no quería entregar a aquéllos a los que había tomado en su regazo. Era prácticamente imposible retirarlos.

Era extraña la sensación de que no era ella la que mandaba en su destino sino que dejaba que otros tomaran la decisión. Sin embargo, ella había sido la que había dejado su destino en manos de Kurt. Se preguntaba si él se daría cuenta de ello.

Se alegraba de haber sucumbido la otra noche a los deseos de amarse. Si ocurría lo peor, al menos se había sentido amada. Quizá él no lo había dicho con palabras, pero ella lo había visto en sus cálidas miradas y en sus caricias.

Deseó que Kurt no estuviera tan decidido a llevar hasta el final su decisión de evitar todo contacto físico. ¿Qué le importaba su reputación si no podía estar con el hombre que amaba?

Ya estaba. Lo había admitido. Amaba a Kurt.

Estaba sonriendo para sí cuando Kurt entró en la tienda. Ambos estaban haciendo lo imposible por protegerse mutuamente, pero poner a Kurt en peligro al arrastrarlo hacia el punto de mira de Arlon constituía una mayor amenaza que adquirir mala reputación.

El pensamiento le borró la sonrisa. El gesto serio en el rostro de Kurt parecía esculpido en el hielo que los rodeaba. Sintió que se le erizaba el vello de la nuca al notar la amenaza.

—Kurt, ¿qué pasa?

—Paul —dijo él con gran disgusto—. Dice que le duele demasiado el corte de la mano para subir con nosotros. Me hubiera gustado mandarlo al infierno y que se quedara en el campamento, pero no me da buena espina el giro de los acontecimientos. La historia se repite.

Su instinto la empujaba a abrazar a Kurt para reconfortarlo. Tuvo

que endurecer todos sus músculos para mantener la distancia sobre el hombre que amaba por encima de todo, a pesar de haber tenido semanas para acostumbrarse.

—Bueno, al menos la herida significa que no será necesario dejar que Rei vaya el primero y dejar a Paul entre él y tú para que pudieras vigilarlo —añadió Kurt—. No puedo evitar pensar cómo subió detrás de nosotros la última vez. Aunque el accidente fuera eso, un accidente, habría preferido tenerlo a la vista. Ahora, una parte de mí quiere esperar aquí hasta que su herida sane.

—Y yo estoy muy contenta de no tenerlo cerca. ¿Volverá al campamento base para ver si allí se cura?

—Eso dice pero no me fío.

—Conozco la sensación. Te prometo que mi confianza se tambaleó cuando recordé que su pueblo era Port Elizabeth. Anoche estuve pensando en la coincidencia. El año pasado, el primo Arlon visitó la fábrica de la compañía en la zona.

Kurt levantó las cejas al oírlo.

—Recordé haberlo visto en el boletín que recibo dos veces al año. Me asusta comprobar todas estas coincidencias —continuó Chelsea dejando escapar un suspiro de rabia—. Pero es muy frustrante que sigamos sin tener pruebas fiables.

—Nadie dijo que fuera fácil. Lo que no puedo soportar es que yo le hiciera un hueco en mi grupo cuando Basie lo había rechazado. Al menos, Paul dijo que le había pedido a su compatriota estar en su grupo. Pero ahora no estoy seguro.

Chelsea sólo quería decirle «te quiero, no te preocupes». ¿Sería capaz de decírselo alguna vez? Su vida estaba en una profunda crisis, y sabía que ni siquiera cuando recuperara la llave su vida no estaría segura hasta que lograra encontrar los papeles que Maddie había guardado en la caja y el primo Arlon fuera a la cárcel.

Hasta entonces, tendría que estar lejos de Kurt.

Una larga separación. El gran neozelandés había decidido que era

inevitable porque pensaba que lo estaba haciendo por su propio bien, aunque ella no lo hacía por el bien de él. Qué ironía.

\* \* \*

Kurt estaba muy contento. Todo el trabajo de montar cuerdas que habían hecho con anterioridad estaba dando resultados. La primera parte del ascenso se llevó a cabo sin dificultades. Dejó escapar el aire que estaba conteniendo, aunque no todo. Era demasiado pronto para relajarse y bajar la guardia.

—Detengámonos aquí a descansar —les dijo a Chelsea y a Rei. Costaba trabajo hablar. Cada bocanada de aire contenía menos oxígeno del necesario a pesar de haber hecho período de aclimatación. Por eso Kurt hacía frecuentes paradas para descansar.

En la última parte del viaje, apenas si habían ganado cincuenta metros de altura. Por debajo de ellos, la cascada de hielo se extendía hacia abajo dibujando blancas ondas en lo alto de otros picos menores. Era un paisaje hermoso aunque la travesía resultaba aterradora. Sin embargo, era el camino directo para llegar al lugar en el que estaban los cuerpos, trescientos metros más abajo.

Kurt tomó la cantimplora y bebió mientras echaba un vistazo a su alrededor. Chelsea se acercó a él y Rei se apoyó sobre uno de sus piolets. Habría tramos en los que iba a ser necesario utilizar dos.

La entrada en el corredor estaba a unos cincuenta metros del pico. Por eso, Kurt había consentido en que Bill ayudara a Atlanta a entrar mientras él rapelaba en busca de la bolsa de nylon en la que Atlanta había estado sentada mientras descansaban. ¡Igual que en ese momento!

Aunque un nudo formidable se le había hecho en la garganta, Kurt revivió la cadena de acontecimientos de la anterior expedición.

Bill lo había seguido hasta la parte superior. Los dos iban prácticamente doblados por el peso de las sacas con las cuerdas que necesitarían para cruzar la Arista Oeste. Kurt había dejado la suya en

el suelo y se preparaba para sacar las cuerdas que iban a necesitar en el siguiente paso y Bill ya se preparaba a hacer lo mismo.

Más despacio, Atlanta iba ocho metros más abajo cuando recordó que se había olvidado su saca con cuerdas. No había sido culpa suya. Él estaba al mando. Debería haberse dado cuenta.

El dolor por la pérdida de sus amigos lo golpeó de nuevo, fresco, como si no hubiera pasado el tiempo. Hacía más de siete semanas desde el accidente y la herida abierta seguía sin curar. Tal vez, hacer de nuevo la expedición fuera el bálsamo que necesitaba para restaurar su paz de espíritu, igual que le ocurría a Chelsea.

Si se hubiera dado cuenta de la saca faltante, no estarían allí en ese momento. Parte de la culpa que ardía en su garganta se centraba en la creencia de que si hubiera estado con los Chaplin, podrían haberse evitado las muertes.

Pero entonces ni Chelsea ni él se habrían conocido y ahora no tendría que enfrentarse a la agonía que le suponía decirle adiós cuando llegaran a Namche Bazaar. Tenía que haber sido más fuerte y haber evitado que las cosas llegaran hasta el punto en que estaban en ese momento. Chelsea habría discutido con él por semejante decisión, claro. No esperaba menos de la mujer que se había abierto paso hasta su corazón.

Pero Chelsea no sabía lo peor. No sabía nada del padre que había tenido. «La heredera y el hijo del poli corrupto». Sería un buen titular. No podía dejar que se pudiera relacionar a Chelsea con un personaje que tenía tan mala fama. Ya era bastante malo que alguien se diera cuenta de la pasión que hervía en cada mirada que se regalaban o que ambos ardían en deseos de tocarse.

Encerró todos aquellos pensamientos en el fondo de su cabeza. Era hora de continuar.

Mientras Chelsea y Rei preparaban sus mochilas, Kurt observó el borde superior del corredor.

—Parece que vamos a necesitar al menos dos o tres sacas de

cuerda para subir.

—Iremos contigo —dijo Chelsea con una sonrisa. Kurt no pudo evitar pensar si le sonreiría igual si supiera que le había estado ocultando algo.

Rei apenas había dicho nada pero cuando habló fue directo al grano.

—Es demasiado fuerte para la señorita. Yo la llevaré abajo mientras Kurt va por la cuerda. No podemos usar demasiada —y como dándolo por hecho, Rei comenzó a organizar las cuerdas, los mosquetones y los clavos que Chelsea y él necesitarían para rapelar hasta el pie del corredor.

Kurt observó que Chelsea abría la boca para protestar y entonces se giró y habló antes de que ella hubiera podido decir nada.

—Rei sabe lo que está diciendo. La subida sería innecesariamente agotadora para ti. Si quieres que el helicóptero nos rescate antes de que anochezca, será mejor que vaya solo. Iré más rápido.

«Viaja más rápido el que lo hace solo». Una metáfora que se adaptaba perfectamente a la vida de Kurt Jellic.

Chelsea dejó escapar un suspiro que formó una nube de vaho.

—Tú eres el jefe. Te veré abajo.

Kurt ya había cubierto la mitad del tramo antes de que ellos dos hubieran organizado la bajada. Había metido un clavo por el que había introducido su cuerda en el punto en el que había comenzado a subir. Si caía, el clavo evitaría que pasara de aquel punto. Sus manos trabajaban con fluidez, resultado de años de experiencia sobre el hielo.

Cubiertos dos tercios, alcanzó una protuberancia que le sirvió como repisa. Le permitió darse la vuelta para ver cómo Chelsea se preparaba para caminar de lado por el corredor mientras Rei preparaba las cuerdas para el descenso.

Hundió el extremo de su piolet un poco más arriba de la repisa sin problemas gracias al filo dentado que se agarraba con fuerza al

hielo. Sujetándose en él, se apoyó para subir el cuerpo hasta el punto siguiente donde pudo meter la bota. Casi había llegado. Sonrió para sí imaginando la cara de Chelsea si se hubiera atrevido a hacer una carrera de aquello pero no, nunca la asustaría de esa manera. Ella estaría bajando con cuidado, de la forma que él le había enseñado, sin correr riesgos.

Miró hacia el interminable azul del cielo desnudo de nubes. Todo era blanco y azul aparte de un objeto negro que sobresalía del borde. ¿Habría estado todo ese tiempo el piolet de Bill ahí?

Kurt se dio cuenta de su error cuando lo vio moverse. Lo sostenía una figura vestida de blanco de forma que era invisible en la nieve pero no ocurría lo mismo cuando se recortó contra el cielo azul. ¡Blanco! ¡Ahí estaba el yeti que había visitado a Chelsea por la noche! ¿Cómo habría conseguido Paul adelantarlos?

Kurt vio cómo el tipo apuntaba no hacia él sino más abajo, hacia Chelsea, que había comenzado a descender por el corredor. El corazón se le subió a la garganta, latiendo con violencia mientras un grito de advertencia se formaba en su laringe. A continuación, sin tiempo para pensar en su propia seguridad, lanzó uno de sus piolets, que fue a clavarse en el hombro del tipo.

Un rifle se disparó pero el sonido no fue sino un leve gimoteo en vez del sonoro estallido que esperaba rasgara el aire del corredor en el que se encontraban. Ocultándose bajo la repisa a la espera de ser el siguiente objetivo, escuchó un grito y un par de golpes contra el hielo como una piedra lanzada sobre la superficie tranquila de un lago.

Reconoció lo que era, lo recordaba perfectamente de la última vez que lo había vivido en el mismo lugar. Alguien estaba cayendo. De la garganta salió con toda la fuerza que sus pulmones le permitían el sonido de un nombre.

—¡Chelsea!

Miró hacia abajo y volvió a respirar tranquilo. Chelsea seguía en el

mismo punto donde la había visto la última vez, en el extremo de la cuerda que Rei iba dándole. El tipo que estaba cayendo por la montaña era un bulto blanco que no dejaba de maldecir y gritar mientras bajaba, y bajaba, igual que les había ocurrido a Bill y a Atlanta.

—No os mováis. Voy a bajar —gritó a continuación a los dos. Chelsea debía de estar conmocionada. Él ya había pasado por ello y no le deseaba a nadie la sensación de paralización que invadía cuerpo y alma mientras se observaba cómo otra persona se despeñaba.

Desde la repisa plana no tenía más que dar dos pasos y un pequeño salto y estaría en el borde superior. Las sacas azules que contenían las cuerdas estaban cubiertas de hielo pero eran visibles. Se puso en pie y comenzó a buscar pruebas hasta que encontró una pequeña mochila blanca también. El tipo había subido allí para algo, y era evidente que no había planeado quedarse mucho tiempo, porque la mochila no era lo suficientemente grande para llevar lo necesario para pasar la noche en el hielo.

El piolet que había al lado era el suyo. Había sangre en la punta y alguna se había filtrado en la nieve pero ya estaba congelada. Se inclinó para recuperar ambas cosas.

Entonces, una segunda figura también vestida de blanco estaba prácticamente encima de él antes de que pudiera darse cuenta. Kurt dejó caer la mochila y tomó el piolet en la mano.

—No te acerques. He reducido a tu amigo y haré lo mismo contigo sin pensármelo dos veces.

El hombre levantó los brazos, uno de ellos en gesto de rendición, y con el otro se quitó la máscara que le cubría el rostro.

—¡Paul Nichols! —dijo Kurt sin aliento. Estaba seguro de que Paul era el hombre que yacía muerto al fondo del corredor.

Y si no era así, ¿a quién demonios había matado?

## Capítulo 14

—¡No te muevas! No des un paso más, Paul, y deja las manos donde pueda verlas —dijo Kurt sorteando las sacas con cuerdas que había ido a buscar. Un río de sudor helado serpenteó por su espalda. Kurt estaba de espaldas a la entrada al corredor y no estaba a lo que él denominaría una distancia prudente. Dos veces ya había visto que el descenso podía ser veloz y fatal.

—No es lo que piensas, Kurt. Estaba siguiendo a Basie.

—¿Qué quieres decir con que estabas siguiendo a Basie Serfontien? Cuando estábamos en el campamento tres se supone que tú debías estar bajando hacia el base debido a una herida en tu mano. La primera vez que me engañaste, te inventaste un problema de estómago. Esta vez fue un corte que te impedía subir. ¿Cuántas mentiras más esperas que me trague?

—No eran mentiras, sino excusas —dijo Paul encogiéndose de hombros—. Llevo casi un año siguiéndolo, en Sudáfrica y aquí.

Kurt se golpeó la mano con el piolet. El eco del sonido atravesó el aire helado. Se había separado de Paul lo suficiente en caso de que la conversación se convirtiera en una pelea y se encontraba a unos dos metros y medio de distancia, más cerca de lo que había estado de Basie, demasiado cerca para errar el tiro.

Entornó los ojos para estudiar a Paul Nichols, un hombre al que una vez había confiado su vida.

—Pero deberías saber que Basie se dirigía a la cumbre por la pared del Lhotse. Eso está bastante alejado de la ruta que nosotros pensábamos tomar. Podías haber buscado un grupo mejor que el mío al que unirte. Yo te hice un favor y tú muerdes mi mano.

Sopesando la distancia que los separaba, Kurt separó las piernas en busca de un mejor equilibrio y clavó los crampones para evitar caer al suelo en caso de que Paul se le echara encima.

—Otra cosa, aún no me has dicho qué era eso tan importante que te ha llevado a seguir a Basie Serfontien desde Sudáfrica —añadió.

—Es mi trabajo. Yo era agente de la Comisión de Reconciliación de Sudáfrica hasta que ésta cesó. Ahora, un nuevo organismo secreto me ha contratado —Paul se detuvo pero no le puso nombre al organismo del que hablaba.

—Seguro que te has dado cuenta de que Basie Serfontien es un exmilitar —continuó Paul—. Probablemente, el ejército era su lugar natural. Incluso Basie significa «pequeño jefe» —Paul se llevó las manos a los bordes de su capucha—. ¿Te importa que me la quite? Estoy sudando como un cerdo.

—Como quieras. Recuerda que el filo de este piolet será letal en cualquier parte de la cabeza. Piensa en ello antes de hacer ningún movimiento.

—No soy estúpido.

—Puede que creas que me has engañado, tío —dijo Kurt arrugando la boca en una mueca—, pero estabas contándome por qué has viajado todo este tiempo tras Serfontien.

—Basie formaba parte de un grupo secreto que luchaba contra el terrorismo. Decidieron expulsarlo cuando empezaron a sospechar que su trabajo le gustaba tanto que había empezado a pluriemplearse. Por lo que sabemos, es el responsable de los asesinatos de cuatro jóvenes cabecillas pero una cosa es saberlo y otra encontrar las pruebas.

—¿Y quieres que me crea esa basura?

—Tengo una tarjeta de identificación en la parka que te demostrará que soy quien digo ser —dijo Paul mientras se llevaba la mano a la chaqueta.

—No lo hagas. Aún no me has convencido para que te deje

meterte la mano en la chaqueta —dijo Kurt moviendo, amenazante, el piolet—. Las manos donde las tenías. Quiero saber por qué decidiste meterte en mi grupo en vez de en el de Basie. Él nunca dejó pasar la oportunidad de ganar dinero. Me pregunto por qué no te aceptó.

—Cuando llegué al campamento base la primera vez, fui a buscarlo y lo sorprendí vigilando a Atlanta cuando creía que nadie lo veía. Por eso fingí que no me había aceptado y entonces te lo pedí a ti. Podía ser simplemente un perverso, pero yo sabía por experiencia que Basie nunca haría nada si no iba a conseguir beneficio —Paul sonrió con amargura—. Y el resto, como se dice, es historia.

Kurt maldijo que el asunto se estuviera enturbiando cada vez más. Si lo que Paul insinuaba era cierto, los actos de los dos sudafricanos no le olían nada bien.

—¿Eres consciente de que Basie ha disparado a Chelsea? Eso no es historia. Ha estado a punto de matarla hace unos minutos.

—Bueno, algo debía de estar buscando en esas sacas porque si no, no comprendo por qué tomarse tantas molestias. A juzgar por los comentarios que hizo de ellas, ni siquiera estoy seguro de que le gustasen las mujeres. Pero si ha tratado de disparar a Chelsea, para mí es una razón más que suficiente para tratar de averiguar su objetivo. Me gusta Chelsea, tío. Nunca le haría daño.

—Creo que te quedarías atrás para ver cómo otro le hacía daño y conseguir así la prueba que buscabas tan desesperadamente.

Paul ya abría la boca para replicar cuando un ruido detrás de Kurt le hizo volver la cabeza, rezando porque Chelsea no estuviera a punto de entrar en el callejón sin salida. Sonrió al ver la cabeza de Rei aparecer por el borde. Era evidente que el sherpa había estado escuchando.

—La señorita Chelsea es una buena mujer. Si le tocas un pelo, también tendrás que vértelas conmigo.

—Buen hombre, Rei. Eres justo lo que necesitaba, otro testigo — dijo Kurt y tan pronto éste se colocó junto a él, pudo librarse de la tensión que había estado acumulando en el pecho—. Vale, Paul. Ahora puedes sacar tu identificación. Rei la leerá mientras yo te vigilo.

Kurt le echó un vistazo a la tarjeta que le dio Rei y comprobó que la foto correspondía con Paul Nichols. Decía *Servicio Secreto de Sudáfrica* pero lo cierto era que Kurt no había oído hablar de tal organización hasta ese momento.

—Cuéntanos el resto. Quieres decir que Basie podría haber ido tras los Chaplin pero yo estaba allí y no vi a nadie, ni escuché nada excepto cuando cayeron rodando.

—Utiliza un silenciador. Tú has tenido mucha suerte de haberlo descubierto antes de que disparara. Su camuflaje es el mejor. Debería haberlo sabido, el traje que yo llevo cuesta una fortuna. Pero esta vez seguí sus pasos en la nieve. La última vez seguí a su equipo hacia la pared del Lhotse hasta que me di cuenta de que me había engañado.

—Toma —dijo Kurt entregándole la identificación, que cayó a sus pies en la nieve—. ¿Pero por qué estaba detrás de Atlanta y Bill? No eran sudafricanos ni siquiera habían estado nunca allí, por lo que sé.

«Pero Arlon Rowles sí».

Paul se agachó a recoger la tarjeta. Su historia podía ser cierta. Pero eso no evitaría que Kurt lo vigilase. Kurt dejó que bajara las manos. Paul estaba gastando mucha energía y oxígeno cuanto más tiempo hablaba.

—No até los cabos hasta que apareció Chelsea. Ella no estaba casada, y en cuanto apareció, me di cuenta de lo que ocurría. Alimentos Tedman. Basie era el jefe de seguridad de la fábrica que tienen en Port Elizabeth —explicó Paul con tono complacido.

Kurt, sin embargo, estaba furioso. Pensar que habían compartido su comida con aquel hombre y todo el tiempo les había estado ocultando información tan importante...

—Debiste avisarnos. Chelsea se habría mostrado agradecida de ayudar. Cuando esto salga a la luz, será mejor que tengas cuidado. Tiene amigos en lugares que tú y yo ni sabíamos que existían, y su seguridad significa mucho para muchos de ellos. Probablemente, éste sea el último aviso que recibas.

Aunque no estaba seguro completamente de lo que le acababa de decir, era gratificante sentir que la situación cambiaba drásticamente y Paul Nichols se mostraba incómodo.

—Puede que estés actuando como un asesino especializado, pero yo diría que ellos son los verdaderos agentes secretos —añadió para fastidiarlo aún más.

—No podía decirte nada, tío. Podría haberme descubierto.

—Bueno, espero que puedas mirar a Chelsea a la cara cuando bajemos a su encuentro. Si te empuja de la cornisa te lo tendrás bien merecido cuando descubra que podías haber salvado a su hermana —dijo Kurt tomando la mochila de Basie—. Si encuentro algo aquí dentro que pruebe que lo que dices es cierto, se lo entregaré al juez —dijo y a continuación miró a Rei—. Quiero que esperes con Chelsea en el punto donde empezamos a subir al corredor. Yo os seguiré.

Revivió las emociones que lo habían embargado mientras esperaba en lo alto hasta que los otros hubieron descendido. Si hubiera perdido a Chelsea, ¿la vida habría tenido sentido? Le parecía que no. Había necesitado que una tragedia casi hubiera tenido lugar para darse cuenta de algo que hacía tiempo debería haber sabido. Que la amaba con todo su ser. Eso no significaba que fuera a confesárselo. Sería mejor no decir nada, lo haría más fácil para los dos cuando tuvieran que separarse.

Porque eso era lo que iba a suceder.

Sin embargo, su decisión no logró reducir el ritmo cardíaco que golpeaba su corazón. Siguió a los otros y trató de fingir que amarla desde lejos sería suficiente, aunque ni su cabeza ni su corazón lo creían.

Si llegaba a los cien años, Chelsea nunca olvidaría el momento en que quedó suspendida en el aire mientras sus ojos buscaban, desesperados, los de Kurt.

Cuando oyó que gritaban su nombre, había tenido la seguridad de que era él quien había caído. Inmediatamente, sintió una punzada de dolor y de culpa. Si Kurt moría sería por su culpa. Ella, y sólo ella, era la culpable de convencerlo para llevarla a la escena de la tragedia.

Sintió como si el corazón se negara a seguir latiendo sin saber si Kurt seguía vivo. Cuando sus ojos se percataron de su figura vestida de rojo recortándose contra el cielo azul en la parte superior de la cornisa, su corazón empezó a bombear sangre de nuevo a todo su cuerpo. Estaba completamente conmocionada.

Rei había evitado que cayera. Su voz le había dado instrucciones urgentes hasta que consiguió tenerla sujeta, sonrojada y exhausta, en el punto de partida.

Aquel momento había sido muy tenso. No importaba lo que Kurt le hubiera dicho, ni lo que protestara diciendo que no era lo suficientemente bueno para ella. Ella sabía que nunca podría querer a alguien con la misma fuerza abrumadora con que amaba a Kurt. Lo difícil iba a ser convencerlo de ello.

Cuando era joven, si algo le parecía difícil, su padre solía decirle: «Debes de haber sufrido un cortocircuito. La próxima vez lo harás bien». Dejaría en paz a Kurt hasta que cumpliera con sus obligaciones. Después, sería suyo.

Pero antes de eso, Paul Nichols, tenía que explicar muchas cosas. Ahora que el incidente había pasado, lo que la preocupaba era por qué le había fallado su habilidad para leer la mente de los demás. No se había dado cuenta de lo calculador que podía ser aquel hombre, y todo en nombre de la verdad y la reconciliación.

Bueno, el infierno se helaría antes de que ella pudiera reconciliarse con él sabiendo que la muerte de su hermana y su cuñado podrían haberse evitado si los hubiera avisado de sus

sospechas. Y desde luego no era por él por quien estaba allí escuchando las mismas excusas que le había relatado a Kurt.

Las emociones la invadieron cuando Kurt se unió a ellos y agradeció en silencio a la diosa que Kurt no tuviera que añadir su muerte a la culpa que ya arrastraba después de lo ocurrido a Atlanta y Bill. Y lo más trágico era que sus muertes podrían haberse evitado.

Kurt se mostraba serio y silencioso. Dejó las excusas de Paul a un lado y, tomando la cuerda, empezó a dar órdenes para el siguiente descenso.

—Bien, Rei, tú irás primero, después tú, Paul. Chelsea y yo nos quedaremos al final hasta que os veamos alcanzar la cascada inferior.

No habían pasado ni tres segundos desde que la cabeza de Paul había desaparecido de la vista cuando Kurt se dirigió a Chelsea.

—Ven aquí conmigo —dijo soltando cuerda con una mano y haciendo un gesto con la otra para que Chelsea entrara en el círculo que formaba su brazo—. ¿Cómo estás, Teddy?

Escuchar el apodo cariñoso que Kurt utilizaba con ella le calentaba más el corazón que todos los absurdos halagos que Jacques solía utilizar.

—Mejor ahora que estás tú aquí —dijo ella levantando el rostro para mirarlo—. Y estaría mejor aún si me dieras un beso.

—Por mucho que quisiera hacerlo, y dejar que Paul cayera, tendré que dejarlo por esta vez. Puede que sea una rata pero ya he tenido suficiente matando a un hombre hoy.

—Me conformaré con el abrazo —respondió Chelsea abrazándose a él—. Me has salvado la vida, Kurt. Si consigo superar lo que queda y consigo hacer que el primo Arlon pague por lo que ha hecho, será todo gracias a ti.

—Teddy, no es para tanto. Parte del mérito es tuyo. Yo he matado a un hombre hoy. Es fácil para Paul llegar a la conclusión de que Basie se lo merecía, pero para mí era la primera vez. Ahora que el caos ha terminado y veo que estás bien, vuelvo a hacer lo que mejor hago

pero con un mal sabor de boca.

Chelsea extendió la mano y le acarició la mejilla rasposa con un dedo enguantado.

—Pareces un verdadero un chico malo con esa cara sin afeitarse, pero la diferencia entre esos dos y tú es evidente para todo aquél que te conozca.

—Gracias por el voto de confianza.

Sintió que la cuerda daba un tirón en su mano indicador de que su momento de asueto y conversación íntima había terminado.

—Bien, Teddy, te toca. Despacio. Con seguridad. Enseguida estaré de nuevo contigo.

Kurt dejó una cuerda en caso de que las cosas con el helicóptero no salieran como se esperaba y la necesitaran para el viaje de regreso. No quería dar nada por hecho.

Cada vez que miraba a Chelsea no podía evitar sentir alivio. Bastante le había costado revivir uno a uno los movimientos que había hecho con Atlanta y con Bill el día que cayeron. Si le hubiera ocurrido eso a Chelsea...

La idea lo ponía malo. No podía evitar pensar que el escenario era de lo más propicio. No podía seguir así. Necesitaba tiempo y distancia para verlo todo con perspectiva, algo que no ocurriría a corto plazo.

Chelsea se mantuvo a un lado mientras los demás comprobaban el estado de Basie. Kurt le puso una mano en el hombro y la animó a ir con él.

—Vamos, acabemos con esto.

Chelsea nunca había visto un cadáver, al menos no antes de que lo hubieran adecentado en la funeraria. Basie se iba a quedar allí. Seguramente no habría nadie capaz de subir una montaña para llevarlo de vuelta a casa.

—Si es demasiado duro para ti, no mires, pero el juez puede que te pregunte por ello cuando le demos los datos. No te preocupes. Yo

estoy contigo —dejó escapar un suave risa, algo de lo que no se habría creído capaz en semejantes circunstancias.

—Incluso te dejaré que me tomes de la mano.

—Como Paul tiene más que temer de los medios de comunicación que nosotros, acepto.

Basie estaba más golpeado que Bill y Atlanta así que no dejó que Chelsea se quedara por allí. Le dejó a Paul una cámara.

—¿Has tomado suficientes fotos? —preguntó cinco minutos después—. Chelsea y yo vamos a bajar al lugar en el que descansan los otros cuerpos. Necesito la cámara para tomarles unas fotos.

—Si no te importa, Rei y yo buscaremos la pistola —dijo pasándole la cámara—. Voy a registrar el cuerpo y preferiría que Chelsea no lo viera.

—Bien. Chelsea, hay alguna grieta, así que pondremos una cuerda de seguridad. Estamos buscando una marca. Se trata de un piolet con un pañuelo atado al mango. Y si mal no recuerdo, está a varios metros.

Chelsea sabía que Kurt le estaba dejando encontrarlo. Estaba siendo cuidadoso, casi tierno con ella y sus sentimientos. Lo malo era que sabía lo que iban a encontrar cuando vieran la marca.

La marca del lugar de descanso de los Chaplin no era nada llamativo, nada como lo que merecían. Nada de barras y estrellas, sólo un pañuelo congelado sujeto al mango del piolet.

—Aquí estamos —dijo ella y esperó.

—Atlanta es la que está más cerca. Es ese bulto cubierto de nieve en el medio. Bill está boca abajo. No quise moverlos. Lo único que hice fue comprobar su pulso y asegurarme de que estaban muertos.

Se giró entonces y Chelsea vio cómo se pasaba el dorso de la mano enguantada por la cara antes de continuar.

—Puede que suene duro, pero mientras descendía, recé porque hubieran muerto. Yo solo no habría podido bajarlos hasta el campamento. Y cuando los encontré, le di gracias a Dios porque su

sufrimiento había terminado.

Pero ni siquiera Dios podría solucionar el problema de Alimentos Tedman, sólo ella. Se quitó la mochila y se arrodilló junto al cuerpo. Kurt estaba detrás de ella.

—¿Quieres que te ayude a desenterrarla?

Chelsea levantó la vista. Desde aquel ángulo, Kurt parecía muy grande, muy reconfortante, pero había cosas que tenía que hacer ella sola. La culpa estaba muy dentro de ella. Debería haberse preocupado más por la compañía familiar. Las dos deberían haberlo hecho, pero ella había sido la que se había ido a Francia en busca de nuevas emociones.

—Estoy bien. Ve a ver a Bill. Una cosa antes de que te vayas —tragó con dificultad el nudo que se le había formado en la garganta—. ¿La reconoceré aún? Quiero decir, es la cara de mi pobre hermana... ¿se golpeó? —preguntó ella incapaz de preguntar si estaría ensangrentada y destrozada.

—No, murió antes de que las magulladuras salieran, y no creo que eso haya cambiado. No te preocupes, seguirá pareciéndose a Atlanta.

—Gracias.

Empezó a desenterrarla. Descubrió primero un hombro, cubierto por el anorak verde. Reconoció el color por las fotos que Kurt le había enseñado. Siguió con el resto del cuerpo sin atreverse a descubrir la cara.

Lo que la detenía era la sensación de que allí acababa todo realmente y que no le quedaría más remedio que creer que su hermana estaba muerta. No habría camino de vuelta cuando viera la cara de Atlanta.

La cara de su mami. Todos esos años sin verse para encontrarse así. Nunca tuvieron su viaje de compras por París, ni compartieron la risa que ella recordaba de los días antes de que Bill apareciera en escena.

Y ya nunca tendrían nada de eso.

Chelsea estuvo, a punto de cortarse con los crampones de las botas de Atlanta, y la sorprendió pensar que no podía seguir posponiendo las cosas.

Reunió todo su coraje y comenzó a quitar la nieve pero no podía, y se detuvo a mirar cómo iba Kurt antes de continuar. Le había dado la vuelta a Bill para tomar fotos. Enseguida se acercaría para hacer lo mismo con Atlanta. El tiempo se le terminaba.

—Hola, tesoro —susurró teniendo especial cuidado al quitarle la nieve de la frente—. Esta vez seré yo la que cuide de ti.

Dio un brinco sorprendida cuando un mechón rubio congelado le rozó la mano. Atlanta tenía un precioso pelo rubio ondulado. No le habría gustado nada verlo tieso por el hielo.

—Lo siento, cariño —dijo Chelsea utilizando otra de las maneras en que solía dirigirse a su hermana cuando eran pequeñas—. Ojalá tuviera un peine para adecentarte un poco.

Se movía lentamente pero sin pausa descubriéndole el rostro, viendo sus ojos cerrados como si hubiera caído en un mágico sueño como el de las princesas de los cuentos. Atlanta le había contado muchos cuentos. No necesitó a su madre teniéndola a ella.

La nariz de su hermana era tal y como la recordaba, un pequeño botón que se adaptaba perfectamente a su rostro de forma ovalada. Chelsea siempre había envidiado esa nariz, convencida de que la suya en forma afilada era el punto que más llamaba la atención de su rostro en detrimento de otras partes.

Sin la sonrisa que Chelsea recordaba, la boca de Atlanta parecía fría y cansada, y tan sola... Atlanta echaba de menos a Bill.

—No te preocupes, preciosa. Pronto estaréis juntos. Chelsea se ocupará de ello —dijo Chelsea y las lágrimas ensombrecían sus ojos mientras le quitaba la nieve del cuello y los hombros y la tomaba en sus brazos.

Su hermana estaba muy fría. Fría como el hielo. Ni todo el calor

del mundo podrían calentarla, ni devolverle la vida.

—Descansa.

Su amor era lo único que podía ofrecerle. La abrazó y empezó a acunarla. Atlanta había hecho lo mismo con ella muchas veces cuando era pequeña.

Abrazándola, comenzó a cantar una nana que a ella la había reconfortado mucho cuando era pequeña.

Cuando su padre decidió que ya eran mayores para seguir compartiendo habitación, Atlanta se colaba por las noches en su cama cuando su padre estaba en el estudio. Cada noche, Atlanta la había acunado, cantándole la misma canción hasta que se quedaba dormida. Sólo ella se había dado cuenta de cuánto la aterraba dormir sola a oscuras.

Pero Chelsea había tenido que superarlo todo sola cuando su padre se enteró de lo que ocurría. Charles Tedman nunca creyó en la teoría de mimar a sus hijas. ¿Adónde había ido todo el amor que las dos niñas habían compartido? ¿Acaso lo habría matado ella al no reconocer que su hermana pudiera amar a alguien más?

La tristeza era demasiado fuerte para soportarla y le rasgaba el corazón. Las lágrimas la cegaban y comenzaban a congelarse en sus pestañas. Igual que en los ojos de Atlanta.

—Te he echado mucho de menos, cariño. Mucho —lloró y Kurt en ese momento le puso una mano en el hombro.

—Tienes que dejarla ir, Teddy. Es hora de decir adiós —dijo separándolas con ternura y devolviendo a Atlanta a su hueco en la nieve.

Los sollozos de Chelsea le partían la voz. Tomó la mano de su hermana.

—Es duro decir adiós.

—No te queda opción, Teddy. Si no permitimos que el helicóptero salga, no conseguirá bajar de la montaña antes de que anochezca.

—He estado pensando en ello. Fue muy egoísta por mi parte

esperar que otras personas arriesgaran sus vidas para que yo pudiera llevar a mi hermana de vuelta a casa. Creo que tal vez ella y Bill deberían quedarse juntos. ¿Podríamos hacerlo? ¿Enterrarlos aquí, en la nieve? ¿O en la grieta?

—Claro, cariño, pero tienes que darte cuenta de que la montaña está en constante movimiento. Tarde o temprano acabarán en el fondo del glaciar.

—Está bien —contestó ella sin poder evitar el hipo mientras trataba de recuperar la compostura—. Ya volveremos entonces y recuperaremos los cuerpos.

Kurt no mencionó la presuposición implícita en el plural. Ayudó a Chelsea a ponerse en pie.

—¿Estás bien para venir a ver esto?

—Sí... oh, no. Se me olvidaba la llave. Imagínate —se rio con amargura—. Se me había olvidado.

Kurt la abrazó. Su risa era un poco histérica, incluso a ella también se la parecía. Estaba demasiado emocionada para sentir otra cosa que no fuera dolor.

—No te preocupes. Yo la recogeré.

—No, no. Yo lo haré. Debo hacerlo. Mi hermana murió por ello. Al menos, puedo guardarla por ella.

Se quitó los guantes para sentir la piel del cuello de Atlanta temiendo que la llave se hubiera perdido en la caída, pero allí estaba, donde Atlanta le dijo que estaría.

Se puso en pie y se colocó la cadena en el cuello. El metal helado ardía al contacto con su piel pero no le importaba. En su cabeza oyó a Atlanta suspirar y sintió que su espíritu se aligeraba por primera vez desde que conoció la noticia de la muerte.

—Todo saldrá bien, mami. Esta vez, yo me ocuparé —y diciendo esto reunió el coraje necesario y se dirigió hacia donde Kurt estaba esperándola.

—Echa un vistazo a Bill. He tomado fotos pero después de la

forma en que he sufrido por rumores infundados, preferiría no ser el único que sabe la verdad ahora que Basie está muerto.

Chelsea parpadeó sorprendida. El agujero en el pecho de Bill no dejaba lugar a dudas. Conmocionada, retrocedió un paso. Lo mismo podría haberle pasado a Kurt o a ella.

—Lo sé —dijo Kurt malinterpretando el movimiento—. Debería haberle dado la vuelta. Entonces la razón de sus muertes habría sido obvia. La bala debió de entrar en su mochila. Si Paul encuentra el arma y coincide con la bala, tendremos la prueba definitiva de quién los asesinó. Creo que no hace falta decir que Bill murió antes.

Chelsea asintió mirando al hombre a quien había culpado durante años por haberle robado a su hermana. Sabía que no merecía ese final. Había sido un peón inocente en el juego que el primo Arlon estaba jugando con sus vidas y ahora era hora de que ella gritara «jaque mate».

Estiró los hombros pero era incapaz de liberarse del peso, y era una carga que no podía transferir a nadie, ni siquiera a Kurt. Ya le había pedido demasiado. Dos veces en un mes un miembro de la familia Tedman había puesto su vida en peligro. Una tercera vez era esperar demasiado de un hombre que había empezado esa aventura con ella siendo extraños.

Una extraña que no quería saber que lo amaba.

# Capítulo 15

## *Namche Bazaar*

Una semana después, Kurt se giraba en la cama y abrazaba con fuerza a Chelsea, temeroso de dormirse y que se esfumara la noche que habían pasado juntos. Compartían una cama pero no lo habitación. Su habitación en el mismo hotel estaba en el piso inferior.

Chelsea murmuró algo junto a su cuello. Kurt notó un escalofrío cuando Chelsea le mordisqueó esa sensible parte de su cuerpo. Había conseguido poner su marca en él de todas formas. Algunas en lugares visibles y otras en lugares que sólo Chelsea podría ver.

Apenas si habían dormido y la luz del día ya se colaba entre las cortinas.

—Parece que pronto tendré que irme.

Chelsea dejó escapar un gemido estrangulado, amortiguado por el hombro de Kurt.

—¡No! No quiero que te vayas. La noche no ha terminado —dijo mientras sus brazos lo atrapaban con fuerza acercándolo tanto a ella que sus latidos se fundieron en uno solo. Chelsea cubrió el cuerpo de Kurt con una pierna y frotó la sensible piel de la cara interna de sus muslos contra él llevándolo a la locura con sus eróticos gimoteos hasta que éste penetró en su cálido cuerpo. Esta vez, estaba decidido a que fuera la última.

Una larga noche de amor serviría para mantener el recuerdo ardiente de Chelsea en su corazón cuando ésta regresara a Estados Unidos y él Nueva Zelanda, un gran continente y un océano de por medio.

Sin soltarla, se puso de espaldas arrastrándola a ella hasta que

estuvo sobre él. Él tenía los hombros más altos por efecto de las mullidas almohadas de la cama y Chelsea se sentó erguida y orgullosa como una princesa. Sus pechos firmes eran los más hermosos que había visto nunca.

Nunca, ni en un millón de años, habría imaginado que sus manos sostendrían aquellas caderas mientras ella apresaba y soltaba su miembro con sus músculos internos.

—Teddy, te daría cualquier cosa porque no dejaras de hacer eso — gimió.

Ella se inclinó sobre él, sus pechos al nivel de su boca, tentándolo. Sólo tenía que sacar la lengua para saborearlos.

—Mientes, Kurt. Si tanto te gusta, ¿por qué me dejas marchar?

Kurt ignoró la pregunta y se apoyó contra las almohadas para penetrar más profundamente mientras ella se inclinaba hacia atrás. Sus labios persiguieron uno de sus pezones.

—Estás deliciosa.

Chelsea tomó entre sus dedos los lóbulos de ambas orejas de Kurt. A él no le importaba y no podía dejar de chupar con deleite las deliciosas piedras que eran sus pezones mientras la penetraba. Llegaron al orgasmo pero no era suficiente. Quería más, quería toda una vida, pero era imposible. Ésa tenía que ser la última vez.

Kurt jadeaba mientras deslizaba sus dedos por la espalda de Chelsea hasta llegar al punto que la hizo congestionarse y apretar sus músculos alrededor de él. Lo apresaba con más y más fuerza. Kurt sentía la tensión aumentar con cada embestida. Nada podía romper su concentración y estaba decidido a que Chelsea sintiera lo mismo.

Empujó con más fuerza y miró su rostro plateado por la luz grisácea del Himalaya, un rostro rodeado de fantasía, sus fantasías. Entonces giró sobre sí mismo hasta dejarla debajo de él, llevando el sexo a otro nivel. Kurt se hundió en el cálido interior de ella con los movimientos rápidos que le gustaban a Chelsea. Notó que Chelsea se unía a él cuando empezó a embestir de nuevo. Sus suspiros y

gemidos eran música para sus oídos. No le importaba lo que Chelsea dijera de que su vida sin él sería un infierno. Si muriera en ese momento, su vida habría valido la pena. Él había experimentado lo que era estar en el cielo y quería que Chelsea lo hiciera también.

Chelsea se mostraba muy obstinada. Era la última oportunidad que tenía de llegar a Kurt.

—Dices que mi sabor es delicioso, pero no pareces ser adicto al sabor. No puedes serlo cuando eres capaz de irte y dejarme atrás. Para mí eso es el infierno.

Kurt la abrazó a su lado. Estaba exhausta pero también tenía miedo de dormirse y perder el mágico momento que estaban compartiendo.

—Un infierno para los dos, Teddy —dijo Kurt pasando un dedo por la curva que formaban sus caderas como si no se atreviera a tocarla—. Me sentiré muy triste sin ti, pero tengo que proteger tu reputación.

La desesperación la invadió por completo pero se sentía lo suficientemente segura de su feminidad en el momento como para que su voz no lo dejara transmitir.

—Podrías casarte conmigo. Te he dicho que te quiero, ¿acaso no es suficiente?

—Yo también te quiero —gimió él—, pero casarte conmigo sería la peor decisión de tu vida.

—Pero no pueden decir que tuvimos algo que ver en las muertes ahora que tenemos la prueba que demuestra que fue Basie Serfontien. Cuando Paul entregue sus pruebas a las autoridades americanas, no tendremos nada de qué preocuparnos.

—Nada es seguro —le recordó él—. La certeza significaría que tu hermana y Bill están aún vivos.

—Bueno, también tenemos el informe de la compañía Tedman que prueba la conexión. Maldita sea, hay una foto en la que el primo Arlon está estrechando la mano a Basie.

Chelsea se sentía saciada después de tanto sexo. Era la frustración de saber que nunca podría volver a sentirse igual lo que le hacía estar tensa.

—Sabía que me resultaba familiar. ¿Quién habría pensado que una vez trabajó para mí? Y si Paul Nichols hubiera hecho su trabajo bien habría filtrado las llamadas de teléfono de Basie. Sus métodos están muy atrasados.

—Ya habló mi pequeña espía.

—Lo único que hago es traducir.

—Y por eso... —se detuvo cuando Chelsea lo amenazó con un dedo, riéndose—. ¿Ese tipo de cosas que si me hablaras de ello tendrías que matarme?

No le estaba dejando opción. Kurt tendría que explicarle lo de Milo Jellic. Pero no hasta que salieran de la cama. Kurt no podría soportar verla alejarse de él cuando descubriera que era el hijo de un hombre que había vendido droga en la parte trasera de un coche de policía.

Los pecados de su padre lo habían visitado más de una vez en su vida. No esperaba que esta vez fuera diferente. Y aunque Chelsea lo pretendiera, no podría evitar que los tiburones de la prensa rosa hicieran de ella su siguiente presa.

El anonimato del que Chelsea había disfrutado en París antes del accidente no continuaría. No ahora que era extremadamente rica. Aparte de que Bill no tuviera familia, Chelsea heredaría su fortuna junto con la de su hermana porque el disparo en el pecho demostraba que murió antes que su mujer.

Chelsea había dicho que tenía la intención de dejar su trabajo cuando regresara. A juzgar por la manera en que Mac y su jefe, Jason Hart, habían hablado, sentirían mucho su marcha pero no era un trabajo que pudiera dejar alegremente sin hacer los informes debidos. Su amor por ella no lo había cegado tanto como para no ver que tenía responsabilidades con la organización igual que con

Alimentos Tedman.

No necesitaría volver a trabajar. En poco tiempo, entraría a formar parte de círculos aún más selectos, con mucho más postín que los rigurosos agentes secretos con los que se había movido hasta el momento.

Era demasiado rica para él y eso era casi tan malo como Chelsea lo era para su equilibrio, algo que le parecía imposible de recobrar cuando ella estaba cerca. Pero ahora las aguas volverían a su cauce. Lo único que no podía olvidar era que Chelsea estaría mucho mejor sin él.

—¿Podría mandar a alguien a por mis maletas? Señorita Tedman, número 312. Saldré después de desayunar.

Dejó la zona de recepción con su aspecto impecable y su aire reservado de celebridad que quiere ocultar sus pensamientos a los medios de información que tanto preocupaban a Kurt. Cuando se despertó esa mañana, Kurt ya no estaba en la habitación.

Y en el momento que lo vio, su pose se disolvió y se mostró radiante. Seguro que una sonrisa no haría daño a nadie, se dijo.

—¿Quieres desayunar conmigo? —le preguntó.

—Suena bien. Tomemos algo ligero en la terraza, sí —dijo él sin devolverle la sonrisa.

—Tú primero —dijo ella.

Se preguntaba si Kurt se habría dado cuenta del cambio que se había operado en ella, cómo había cambiado su actitud desde que compartieron una comida en aquella misma terraza. Ya no era la mujer controladora y molesta de dos meses antes.

Kurt eligió una mesa al fondo, lejos de la entrada por la que fluían continuamente los clientes desde el vestíbulo.

—¿Te parece bien un *croissant*? —preguntó cuando el camarero se acercaba.

—Perfecto —dijo ella tragándose los nervios que la atenazaban, incapaz de recordar la última vez que se había sentido tan inquieta.

Tal vez la primera vez que saltó un seto con su caballo, cuando era pequeña. No, hacía menos tiempo. Un año antes, Mac no había dado señales de vida durante más de una semana y nadie sabía si estaba vivo o muerto. Recordaba las miradas que los demás le echaban, como si hubiera algo más entre Mac y ella. Ella lo quería mucho, pero como a un amigo, el único al que había sido capaz de contarle la traición de Jacques.

La terraza estaba tranquila y su camarero era muy eficiente. Enseguida tuvieron una cafetera, *croissants* y todo lo demás en la mesa.

Chelsea esperó a que Kurt tuviera la boca llena de bollo y lanzó su pregunta.

—Ibas a decirme por qué casarme contigo sería la peor decisión de mi vida. Estoy lista para oírlo.

Kurt inspiró profundamente y casi se atragantó con el trozo de *croissant* con mermelada de mora que estaba comiendo.

—Debí haber pensado que no lo dejarías estar, claro.

Se limpió la garganta con un sorbo de café y rellenó su taza con la esperanza de que la cafeína hiciera su efecto, y dio un sorbo más del líquido negro, el mismo color que su humor. La última vez que le había contado a una mujer lo de su padre, una mujer de la que creía estar enamorado, le había faltado tiempo para dejarlo plantado.

—Cuando yo tenía trece años, mi padre se suicidó. Despeñó su coche por un acantilado.

—¡Kurt! Pero eso debió de ser terrible —dijo ella inclinándose sobre la mesa y tomándole la mano.

Un leve roce y los dedos de Kurt se convulsionaron como si hubieran sufrido un cortocircuito. Se preguntó si Chelsea lo habría notado y espero que no hubiera sido así. Sólo quería contarle toda la historia y no dejarse embaucar por su piel, suave como pétalos de magnolia.

Igual que el magnolio que había junto a la entrada de la casa en la

que había vivido de niño. Fue sólo un salto desde allí a la imagen del coche de policía aparcado junto al árbol, y de ahí a recordar el día que salió corriendo, feliz, al ver que su padre había llegado pronto a casa. Recordó también cómo retrocedió al ver salir dos agentes con los rostros serios sin que se le ocurriera que estuvieran allí para informar de la muerte de su padre.

Chelsea no se había dado cuenta del alejamiento que estaba viviendo Kurt.

—Trece años es muy mala edad, llena de reproches hacia todos. Mira si no lo que nos ocurrió a mi hermana y a mí. La pubertad tiene la culpa de todo.

—Ahí no termina todo. La siguiente noticia que tuvo la familia fue que unos reporteros estaban asediando a mi abuela, acosándola a preguntas sobre la relación de mi padre con el mundo de la droga — dijo Kurt. Entonces fue cuando comenzó su odio por los medios de comunicación, cuando descubrió que una pluma podía hacer más daño que una espada. Apuró la taza—. Mi padre era un policía corrupto que se dedicaba al tráfico de drogas. La abuela Glamuzina siempre me había parecido una anciana, pero a mis ojos de niño de trece años envejeció cien años más de la noche a la mañana. Aquello me disgustó mucho, me dolía ver lo que la insistencia de los periodistas le estaban haciendo. Cuando mi padre murió, ella fue lo único que nos quedó. Éramos cuatro chicos y nuestra hermanita, Jo. Cada uno de nosotros ha sufrido de una forma u otra lo que nuestro padre hizo. Hemos sufrido por sus pecados.

—¿Y eso es lo que crees que va a hacerme daño? Lo que hizo tu padre no puede afectarnos ahora. Forma parte del pasado.

—¿De veras? Cuando mi hermano mayor decidió casarse y el padre de su prometida se enteró de la historia, hizo todo lo que pudo por romper el matrimonio, y lo consiguió. Drago lo pasó muy mal. Lo que hizo mi padre tuvo la culpa de que se arruinara su carrera como productor de vinos. La amargura no se va. Cada vez que aparece un

policía enviado por Asuntos Internos, la historia resurge de los archivos de la hemeroteca. Puede que Nueva Zelanda sea pequeña, pero los medios de comunicación tienen buena memoria. ¿Tú también quieres ser la protagonista de esa basura de prensa rosa?

—Podría soportarlo si te tengo a mi lado —dijo ella apretándole los dedos y sintiendo que Kurt también apretaba los suyos.

Kurt se sentía como un idiota. Se estaba conteniendo de decirle a Chelsea, su osito Teddy, la mujer que amaba, lo que realmente quería. Tenía que contentarse con rozar sus dedos cuando lo que realmente deseaba era hacerle el amor igual que la noche anterior. Quería volver a oírla gemir su nombre cuando alcanzara el orgasmo en sus brazos, pero eso no volvería a ocurrir.

—¿Qué clase de hombre sería si dejara que sufrieras semejante acoso? —dijo él sacudiendo la cabeza—. De ninguna manera. No dejaré que ocurra. Ya es bastante malo que cuando vuelvas a casa, tanto Alimentos Tedman como tú personalmente seáis objeto de escrutinio público como para darle más motivo —y diciendo esto soltó su mano de la de Chelsea y tomó lo que quedaba de su *croissant*. Si comía no tendría que responder a más preguntas.

»Además —continuó—, tengo que pensar en mi familia. Mi hermana se ha casado hace poco. Mi hermano gemelo trabaja en la costa del Pacífico desarticulando redes de drogas, intentando deshacer el daño que sabe que nuestro padre hizo. Lo siento, Chelsea. Mi padre ya nos ha hecho sufrir bastante y yo no puedo implicarte a ti.

Terminó el *croissant* pero lo salvó la llegada del recepcionista a la mesa.

—Señorita Tedman, su equipaje está en la recepción listo para ser conducido al helicóptero.

—Yo me ocuparé —dijo Kurt levantándose.

Chelsea lo miró con aquellos lindos ojos grises que lograban conmover su corazón.

—Lo siento, Teddy. Nunca debí dejar que te enamoraras de mí — murmuró a continuación.

—No necesité tu ayuda para enamorarme. Creo que la diosa tuvo algo que ver.

—Tienes razón. Probablemente fue por la altura. Cuando estés de nuevo en tu medio natural de vida, las cosas volverán a la normalidad.

—Maldito seas, Kurt Jellic —dijo Chelsea enrojeciendo de la impotencia—. ¿Cómo te atreves a despreciar así mis sentimientos? — miró a su alrededor consciente del secretismo que Kurt le había pedido que guardara. Cuando terminó con el reproche, su voz bajó de tono como si hablar le doliera—. No se te ocurra despreciar mi amor por ti, Kurt. Yo no puedo, ¿cómo puedes hacerlo tú?

El dolor que le estaba causando a Chelsea se clavaba en su carne más y más profundamente a cada paso que lo separaba de ella. Nunca le había dicho que fuera a ser fácil. Sólo le había dicho que no había salida.

Las grandes aspas del Alouette III giraban mientras el corazón de Chelsea intentaba calmarse. Se frotó el pecho con los nudillos como queriendo calmar el dolor pero no lo consiguió. Nada podría reconfortarla.

—Me alegro de que tu amigo Mac haya venido para llevarte de vuelta a casa. Parece un buen tipo. Alguien como él es lo que necesitas ahora. Te protegerá de todo daño hasta que tu primo Arlon reciba su merecido. Me gusta. No te irá mal.

Chelsea se preguntaba si estaría intentando enfadarla a propósito. Para ella no había otros hombres. Su cabeza, su corazón, sus ojos estaban llenos de Kurt y no podía ver más allá.

—Podría irme mejor.

—Ya hemos hablado de eso y sabes que esto será lo mejor para ti... y para mí —tenía los ojos rojos por la falta de sueño, igual que ella.

—No se te da nada bien mentir, Kurt Jellic. Y menos a mí.

—Bueno, al menos no has malgastado el dinero del helicóptero. Te llevará más rápido que la mula de Shank.

No le había dicho que nadie le había pedido que pagara los gastos del helicóptero, ni que pertenecía a la organización aunque lo habían utilizado a través de un canal que no pudiera relacionarse con el CISI. Ya le había contado más cosas sobre esa parte de su vida de las que le estaba permitido.

Suspiró sin poder controlarlo. Aquello era lo más difícil que había tenido que hacer nunca. Subir a una montaña no tenía comparación con alejarse del hombre que amaba sin que se le notaran en la cara las múltiples emociones que se arremolinaban en su interior.

Inspiró tan profundamente que el aire hizo temblar las aletas de su nariz. Miró las facciones pétreas de Kurt y se preguntó si éste sería consciente de lo que aquello le estaba costando a ella y si le importaría lo más mínimo.

—Te haré la transferencia en cuanto llegue a casa —dijo cuando consiguió que la voz le saliera, frágil como su autocontrol.

Una chispa de emoción brilló en los ojos de Kurt, la primera muestra de sentimientos desde que había llegado al helipuerto.

—Escucha, lo he estado pensando. No tienes que pagarme nada.

—¡No, maldita sea, no! Sin ti, nada de esto habría sido posible —dijo tocando la cadena que colgaba de su cuello—. ¿Te das cuenta de lo que significa, los trabajos, las vidas, las ciudades incluso, que has ayudado a salvar? Esto voy a pagarlo yo. No tú. Vuelve a Nueva Zelanda, construye tu albergue y trata de ser feliz sin mí.

Cuando la presa que contenía sus emociones se rompió, se mordió el labio inferior para evitar que las lágrimas la inundaran.

—Eso ha sido un golpe bajo, Teddy. Puede que sienta alegría, pero la felicidad no es algo que entre en mis planes futuros. Eso no significa que espere que vayas por ahí dándote golpes de pecho. Lo único que te pido es que no dejes que las muertes de Bill y Atlanta no

hayan servido para nada. Que les construyas un monumento conmemorativo que recuerde siempre el que yo construiré para ellos aquí.

Chelsea consiguió sonreír. Era increíble las veces que los pensamientos de los dos coincidían.

—Estaba pensando en crear becas y una escuela de escalada en la que los niños de ciudad puedan aprender que hay otros rascacielos naturales. Pensé que podríamos darles la oportunidad de preocuparse más por el maravilloso mundo en el que vivimos. ¿Sabes a lo que me refiero? A veces tienes que ver la realidad para aprender a mimarla. Yo lo he aprendido aquí en el Himalaya.

Y más. Había aprendido a mimar y querer a un hombre.

—Mac te está haciendo señas. Parece que tienes que irte —dijo Kurt, su gesto serio, el control de sí mismo absoluto.

Chelsea miró hacia atrás.

—Sí, eso parece... —susurró con voz ronca por las emociones que se agolpaban en su garganta. Pero si Kurt creía que se iría sin darle un beso estaba muy equivocado. Nadie leería nada extraño en un beso de despedida. Era lo que la gente hacía en los aeropuertos.

Chelsea se puso de puntillas, le rodeó el cuello con una mano y llevó sus labios a los de él, poniendo en el beso toda su alma. Por un momento, Kurt se dejó llevar pero fue sólo un segundo antes de que la apartara de sí.

—No hagas eso. Me estás matando, Teddy.

—Esta no será la última vez que sepas de mí, Kurt Jellic —dijo Chelsea antes de darse la vuelta y correr hacia el helicóptero. Cuando estuvo sentada, con el cinturón abrochado y los auriculares colocados, miró por la ventana y vio a Kurt alejándose. Con el corazón en la garganta, le hizo una promesa silenciosa.

«Hablaba en serio. Volveremos a encontrarnos. Soy una luchadora. Tú me lo demostraste cuando me enseñaste que podía alcanzar la cumbre. Esto no es el final».

El helicóptero se elevó. Fuera de la ventana, Kurt se hacía más y más pequeño y el monte Everest presidía el Parque Nacional Sagarmatha. Antes de morir en 1924, Mallory lo comparó con un prodigioso colmillo blanco en la mandíbula del mundo. Y era cierto. Aquella montaña le había perforado el corazón.

A su lado, le llegó la voz de Mac a través de los auriculares.

— ¿Has dicho algo?

— Sólo adiós — «hasta que nos volvamos a ver».

El sonido del helicóptero aún flotaba en el aire como cuando Kurt se dio cuenta de que había cometido el peor error de su vida. Dejarla marchar.

Se dio la vuelta y miró hasta que dejó de ver cómo la figura negra desaparecía entre dos picos. Después de todas sus afirmaciones de que sería lo mejor para Chelsea, ahora se daba cuenta de que se había equivocado. Aunque sus razones seguían siendo las mismas que le había dado en la terraza del hotel, había una excepción, una muy importante: vivir en hemisferios diferentes nunca podría ser lo mejor para los dos.

Pero, si ser consciente del error era una cara de la moneda, buscar la manera de rectificar era la otra.

Estaba claro que aquella mujer lo amaba, pero ¿qué podía ofrecerle él? Nada más que un albergue a medio construir en una de las zonas más hermosas pero menos pobladas de Nueva Zelanda. Tenía que completar el proyecto. Y lo haría aunque tuviera que hipotecar su alma para ello.

No lo conseguiría en un día, ni en sesenta, pero Chelsea también tenía muchas cosas que solucionar. Estaba seguro de que podría terminar de construir su albergue para cuando ella terminara sus asuntos.

El siguiente problema sería explicarle su radical cambio de postura sin parecer un absoluto imbécil.

Requeriría sutileza pero podía hacerlo. Al contrario que su padre,

Kurt Jellic podía redimirse. Podía aprender de sus errores.

# Capítulo 16

*Aoraki, Nueva Zelanda*

*Febrero del año siguiente*

Kurt miraba a toda la gente sentada en el gran salón de su flamante albergue. Parecía que habían pasado años desde que toda la familia se reuniera por última vez. Y había crecido, además. Sólo Drago y él seguían solteros.

Molly, su asistente, servía vino y cerveza para brindar por el éxito de la nueva aventura de Kurt. El marido de ésta, Hemi, estaba en la cocina preparando la cena. Cuando Molly salió del salón desde cuyas ventanas se podía disfrutar de la vista del monte Aoraki, Kurt hizo el primer brindis.

—Por el Albergue Namche Bazaar.

Todo el mundo brindó, alegre, y bebió.

—¿Qué os parece el albergue ahora que lo habéis visto terminado? —preguntó a continuación.

Drago fue el primero en contestar.

—Creo que has hecho la elección correcta. Tal vez ya pueda dejar de preocuparme de que te despeñes por una montaña.

—No me he retirado por completo. Seguiré haciendo de guía, pero tengo otro guía con experiencia en esta zona que empezará a trabajar en el albergue pronto.

—Es un lugar muy confortable, y no hay duda de que todo es de primera clase —su hermano pequeño, Franc, frotaba su mano contra el respaldo del sofá que compartía con su mujer, María.

—Me encanta —dijo María.

Kurt había oído la historia de María y no podía creer lo relajada

que parecía a pesar de haber pasado por un angustioso secuestro. Menos mal que su hermano la había rescatado.

Kurt sintió remordimiento. Él no había sabido manejar su vida amorosa tan bien como su hermano pequeño. No había dejado de pensar en Chelsea ni un solo día. Era lo primero en que pensaba cuando se despertaba y su nombre era lo último que pronunciaba cuando se iba a la cama. Aunque tuviera treinta y cuatro años seguía deseando irse a dormir con su osito Teddy.

Sonrió a la familia, con la esperanza de que ninguno reconociera el dolor que había en su corazón.

—No todo el mérito es mío. Conté con la ayuda de una decoradora de interiores. Seguí su consejo porque yo no tenía ni idea de cómo poner cada cosa y dónde.

—Escalar montañas debe de dar mucho dinero. Estoy seguro de que levantar este sitio te ha costado una fortuna.

La pregunta de Franc le dio la oportunidad de hablar de Chelsea, aunque fuera veladamente, que había estado esperando.

—Tengo un socio anónimo.

—Esos son los mejores —dijo su hermano Kel, que abrazó a su mujer, Ngaire, y le dio un beso en los labios—. Así se hace —añadió esquivando un manotazo de su querida esposa. Ngaire era una experta en haikido que podría tumbarlo con un quiebro de muñeca.

Mientras Kel y su mujer jugaban, Kurt miró a Rowan. Sabía lo que estaría pensando, que había pedido ayuda a Rowan McQuaid Stanhope, el multimillonario marido de su hermana Jo. Sacudió la cabeza. No le había dicho a nadie quién era su socia, aunque deseaba poder hacerlo. Era su propia manera de seguir intentando proteger a Chelsea hasta que llegara el momento.

—Está bien, escuchad, todos —anunció Jo. Era difícil creer que su hermanita fuera detective de la policía—. Rowan y yo tenemos noticias sobre la muerte de papá.

Todos guardaron silencio. Pocos meses atrás, Kel habría

abandonado la habitación con sólo oír el nombre de un padre, pero el matrimonio lo había dulcificado.

—Hemos encontrado a la mujer con la que papá tenía una aventura. Debería haberse dado cuenta. El exmarido de esa mujer era un capo de la droga que papá había metido en la cárcel. Cuando salió de la cárcel, el tipo creó el mayor sindicato del crimen que ha existido en Nueva Zelanda. Odio admitirlo, pero no hemos sido capaces de meterle mano. Tiene un escondite en una isla de la Gran Barrera de Coral, protegido por todas partes. Y al igual que ocurrió con el asesinato de papá, paga a otros para hacer el trabajo sucio.

Jo se sujetó un mechón de cabello oscuro detrás de la oreja y tomó la mano de su marido. La mirada que le dedicó lo decía todo. El suyo era un amor para siempre.

—Su exmujer jura que preparó la muerte de Milo Jellic cuando estaba en la cárcel y que sabe de buena tinta por medio de otra mujer que a Rocky Skelton le pagaron para poner la droga en el coche de papá y empezar así los rumores que arruinaron su reputación.

A Kurt le dolía ver que su padre había tenido más valor que él. Al menos, había ido tras la mujer a la que quería aunque le hubiera costado la vida. Pues él no iba a quedarse sentado a la espera de la bendición de los demás para estar con Chelsea.

La sutileza no había funcionado. Tendría que portarse como un hombre de las cavernas. Sentía la necesidad urgente de salir a llamarla inmediatamente. Mejor aún, podría averiguar los vuelos que salían de Christchurch hacia Los Ángeles y conectaban con Filadelfia. Tenía la dirección de Chelsea.

La excitación era tal que apenas podía contenerla. Si todo salía según lo que estaba planeando mientras los demás hablaban de Milo, en su futuro se veía haciendo algo más que dirigir un albergue y hacer de guía en los Alpes del Sur. Tendría a alguien con quien compartirlo.

Kurt dejó de construir castillos en el aire. Su hermana esperaba su

respuesta.

—Qué buenas noticias, Jo. Rowan y tú habéis hecho un buen trabajo...

—Pues aún hay más —lo interrumpió—. Tenemos un hermanastro.

El silencio cayó sobre el salón durante un segundo. Todos volvieron su atención hacia Jo, en espera de más datos sobre él. Todos menos Kel, cuyo rostro se había puesto pálido a pesar de su tono bronceado. Kurt entendía el dolor de su hermano, lo sentía como suyo. Probablemente, sólo él, por el nexo que compartían como gemelos, comprendía que la necesidad de Kel por arreglar los daños de Milo se debía al gran amor que profesaba a su padre.

—Vale, vale, si me dejáis os lo contaré. Parece que ninguno de nosotros sabía nada de la vida paralela de nuestro padre. La aventura que hizo que lo mataran debió de empezar poco después de la muerte de mamá y duró años —los cuchicheos se alzaron pero Jo los cortó y continuó hablando—. Lo sé. Yo sentí lo mismo cuando me enteré, pero tenemos que recordar que papá no era el dios que todos creíamos cuando éramos niños, ni tampoco el villano en que trataron de convertirlo. Simplemente, era un hombre como vosotros.

—No me digas que era el mocoso que vivía en la casa de al lado.

—Lo dio en adopción. Sabiendo el hombre con quien se había casado, la mujer sabía que matarían a su hijo si su exmarido se enteraba. Fue una adopción privada hecha con un abogado. Nunca supo los nombres de la pareja. Lo único que le importaba era que era una pareja americana y sacarían al bebé de Nueva Zelanda, pero dijo que pensaba que el padre adoptivo iba a venir a finales de año a la embajada americana. Y ahí es donde empieza.

—Yo lo haré.

Todos miraron a Kel.

—Admitámoslo. Por mi trabajo, yo tengo más contactos en Estados Unidos que ninguno de nosotros. De todas formas —se

encogió de hombros—, ya es hora de que eche una mano. Dime el año y me pondré a buscarlo en cuanto vuelva a la agencia.

Tras ese momento, la conversación se relajó y cambiaron de tema. Kurt empezaba a sentirse como la oveja negra de la familia al estar solo. No sabía si Drago pensaría lo mismo. Cuando todo el mundo se marchara para vestirse para la cena con la que iba a celebrar la apertura del albergue, iría a reservar un vuelo para Estados Unidos y llamaría a Chelsea para decirle cuándo llegaría. Esperaba encontrarla en casa. Sería tarde en la Costa Oeste. ¿Y si había salido con alguien?

Pensar en otro hombre lo torturaba. Después de que le hubiera pagado más dinero del que habían acordado, había pedido a su abogado que redactara un contrato de sociedad. Después, le habían enviado los papeles de la sociedad con la esperanza de que Chelsea no se negara a firmar, pero no fue así. Aunque lo cierto era que ni siquiera recibió unas pocas líneas personales acompañándolos.

Eso no evitó que le enviara cada cierto tiempo informes sobre el progreso del proyecto. Y al final, le había enviado hasta una revista en la que había insertado un anuncio en el que figuraba la fecha de apertura.

Tenía que admitir que había albergado esperanzas de que apareciera pero parecía que finalmente tendría que ponerse de rodillas y suplicarle. Y lo haría. También tenía que admitir que se había equivocado, aunque ella ya sabía que no era perfecto, sabía que no era la primera vez que se equivocaba con ella.

—Está acordado, entonces. Le dejamos el asunto del hermanastro a Kel. Jo y yo queremos hacer algo más, pero como es algo que concierne a toda la familia, necesitamos que estéis todos de acuerdo. A través de ciertas fuentes con las que hemos estado en contacto dentro de la policía, queremos ofrecer una recompensa de cincuenta mil dólares a cambio de información sobre el tipo que mató a nuestro padre. Sabemos quién es, pero necesitamos pruebas.

—Yo voto por ello —dijo Kurt y un revuelo de asentimiento se

levantó en la habitación.

—Si no os importa, me gustaría ocuparme de la cantidad. Es parte de mi regalo de bodas para Jo. Le dije que la ayudaría a demostrar que habían tendido una trampa a Milo. No nos dimos cuenta de que acabaríamos buscando a un asesino. Sólo necesito el consentimiento de la familia y podré completar mi regalo.

Chelsea condujo por el camino de entrada hacia el Albergue Namche Bazaar. Desde luego, Kurt era un sentimental al haber elegido ese nombre para su albergue.

La gravilla roja crujía bajo las ruedas del coche que conducía lentamente hacia la puerta mientras contemplaba el gran trabajo que Kurt había hecho. Aquel lugar no tenía nada del cobertizo medio derruido que le había descrito Kurt una de aquellas noches en Nepal.

Tras ingresar el dinero en la cuenta de Expediciones Aoraki, a Chelsea le había agradado encontrar en el correo los papeles para formar la sociedad. Y cuando los informes habían empezado a llegar, no había podido evitar sonreír pensando que sus deseos iban a cumplirse. La revista que le había enviado consolidaba el trato. Había aparecido en el correo justo cuando acababa de terminar el trato que la liberaría de Alimentos Tedman para siempre. Podrían mantener el nombre pero no a ella. Ella tenía que estar con Kurt.

Había tomado la revista como una invitación especialmente dirigida a ella y ahora estaba a punto de comprobar si había sido así.

Y esperaba que así fuera. Había echado mucho de menos a aquel idiota que había pensado que la forma de hacerla feliz era privarla de lo que más quería en el mundo.

En cuanto subió al avión con rumbo a Nueva Zelanda, había sentido una felicidad absoluta después de que lo peor hubiera pasado y Arlon estaba finalmente en la cárcel.

Lo más duro había sido redactar todos aquellos informes que la liberarían del CISI. Había hecho muchos amigos allí y por experiencia sabía que Jason seguiría vigilándola. Era algo natural

teniendo en cuenta los secretos que conocía, secretos que podrían afectar a la seguridad mundial.

Miró hacia el monte Aoraki. Si se hubiera acordado, habría traído un poco de harina de cebada para tirarla al viento y algunas ramas de enebro para quemar. Las montañas que había a la espalda del albergue parecían aún más grandes que su diosa y si les hubiera rogado tal vez habría conseguido su bendición.

Pero era demasiado tarde. Ya estaba allí y tendría que hacerlo por su cuenta, como siempre. Aunque, tal vez ésta iba a ser la última vez que haría algo por su cuenta.

Rowan y Jo le había dado a la familia mucho de lo que hablar, y por un momento, Kurt no se dio cuenta de que Molly había entrado en la habitación.

—Señor Jellic —dijo, y al momento cuatro pares de ojos se centraron en ella. Molly rio y miró detrás de sí—. Creo que es al señor Kurt Jellic a quien busca esta señorita.

Kurt estaba sentado con la espalda a la puerta del gran salón pero, a juzgar por las miradas de los demás, pensó que sería mejor que se diera la vuelta.

El corazón empezó a latirle con fuerza en los oídos en el momento que sentía un presentimiento enviado directamente por su hermano Kel. ¿Quién más podía saber lo que más deseaba?

—Chelsea —dijo levantándose de golpe de la silla y sintiéndose un poco torpe mientras se acercaba a ella.

Sin hablar, le acarició la mejilla con el dorso de la mano. Era de carne y hueso. Se quedó con la mente en blanco.

—Creía que no habías recibido ninguno de mis mensajes —fue lo único que se le ocurrió.

—Claro que los recibí. Te quiero, tonto.

Kurt le tomó el rostro en sus manos. Era más hermosa de lo que recordaba y guardaba preciosos recuerdos de ella.

—Bienvenida a casa, Teddy.

Chelsea levantó la cara hasta que sus labios quedaron a escasos centímetros de Kurt y éste terminó de cubrir el espacio hasta rozarlos. Nunca le había parecido tan agradable el sabor de una mujer. Bebió de sus labios, sofocando la sed que había sentido en aquel desierto que había sido la vida sin ella.

Los pitidos del público les recordaron que no estaban solos.

—Sólo será un minuto. Hay personas que no crecen nunca.

Se giró hacia su familia, orgulloso de poder presentarle a todas aquellas buenas y generosas personas.

—Familia, quiero presentaros a mi socia anónima, Chelsea Tedman —«y pronto, mi esposa».

Chelsea no protestó cuando Kurt la sacó de la habitación tras las presentaciones. Había sido bastante abrumador estar rodeada de cinco hombres altos y fuertes, todos ellos más altos que ella.

La condujo al vestíbulo que llevaba a la entrada.

—Me gusta tu fam... —empezó a decir ella pero no pudo continuar. En mitad del pasillo, Kurt se giró hacia ella y la puso de espaldas contra la pared. Las sonrisas que había mostrado delante de los otros habían desaparecido de su rostro, que se había convertido en una máscara de concentración.

La desagradable sensación de que Kurt no la quería allí se coló por un momento en su cabeza y no pudo evitar sentir que había fracasado. El miedo se apoderó de ella mientras Kurt la tomaba por las muñecas y las ponía contra la pared por encima de sus cabezas y apoyaba todo su cuerpo contra el de ella.

Todas las dudas que pudiera albergar desaparecieron como si nunca hubieran existido en el momento en que los labios de Kurt tomaron con ansia los suyos. Se dejó llevar arrastrada por un torrente de emociones que Kurt le transmitía.

Se había sentido vacía sin él pero ya nunca más sería así. Kurt llenaba todo el vacío que pudiera haber en ella. Segura ya de que había hecho lo correcto yendo a Nueva Zelanda, Chelsea le rodeó el

cuello con sus brazos y lo abrazó con fuerza. Sus besos la colmaban, llenando todos los huecos que había en su corazón y su mente.

Había apostado fuerte al corazón y había ganado.

Sin aliento, gimió cuando sus labios se separaron, la respiración de Kurt entrecortada igual que lo había estado en lo alto del Everest. Tomó los brazos de Chelsea y los colocó de nuevo junto a los costados mientras ella lo miraba tratando de poner en su rostro una expresión capaz de explicar todas las emociones que estaba experimentando. Kurt lo resumió en una sencilla frase.

—Dios, Teddy, cómo lo necesitaba.

—Yo también aunque al principio simplemente me alegré de no haber roto ninguna de tus normas. Y después me sentí feliz cuando no me rechazaste.

—Olvida las normas. Seguiremos la corriente —dijo Kurt mientras le tomaba el rostro con una mano y la acercaba a sí—. Además, ¿cómo podría hacerlo? Ahora somos socios.

Le rozó los labios de nuevo y dejaron de hablar por unos momentos.

—Poco antes de que llegaras había tomado la decisión de reservar un vuelo y llamarte para decirte mi hora de llegada —continuó—. Estos últimos meses he estado rodeado de contratistas, albañiles, decoradores, fontaneros. No hacían más que preguntas y sin embargo nunca me había sentido más solo y vacío en mi vida.

—Te entiendo. Yo no he dejado de ocuparme de situaciones a cada cual más tensa y difícil pero sólo podía pensar en ti. Hubo un momento en que recé para que no me devolvieras el dinero que te había enviado y entonces llegó el contrato de sociedad y los informes y pude respirar tranquila de nuevo —Chelsea suspiró profundamente dando a entender el tremendo alivio que sentía ahora que todas las desagradables situaciones que los habían mantenido separados se habían solucionado. Aunque era difícil pensar teniendo el miembro erecto y caliente de su «socio»

presionando contra su estómago.

Se deseaban tanto...

Pero Chelsea quería cerrar, antes de nada, todos los asuntos pendientes externos a su pasión para que no pudieran molestarlos mientras se dedicaban a los planes que ella tenía para ese día: hacer el amor sin parar.

—Puede que tenga que volver a Estados Unidos para declarar en el juicio del primo Arlon. De hecho, puede que nos llamen a los dos, a menos que llegue a un trato con el fiscal de la acusación. En cualquier caso, espero que esté en la cárcel mucho tiempo.

Se había sentido tan triste y solo durante tanto tiempo que ahora Kurt se limitó a darle un beso en la punta de la nariz.

—Me alegra oírlo. Lo que quieras o tengas que hacer a partir de ahora lo haremos juntos. No podría soportar otra vez estar lejos de ti durante tantos meses.

—Entonces te alegrará saber que Maddie consiguió ponerlo contra las cuerdas. No sé cómo lo consiguió, pero obtuvo el número de la cuenta en un banco de Suiza a la que estaba desviando dinero de la compañía.

Chelsea metió un dedo entre el hueco de los botones de la camisa para tocar su piel. No era suficiente... Tenía que acabar de contárselo todo para poder tenerlo desnudo para ella sola.

—Y he vendido todas mis acciones de la compañía. Mi padre debe de estar retorciéndose en su tumba pero decidí que quería una vida, y si tenía que venir a Nueva Zelanda para encontrarla, lo haría.

Kurt bajó la vista a tiempo para ver cómo Chelsea le desabrochaba el primer botón de la camisa y empezaba con el siguiente.

—Supongo que pensé que la tristeza no podía durar para siempre. Desde el día que nos conocimos, supe que eras una mujer que sabía lo que quería y cómo conseguirlo. Te prometí un *tour*. ¿Qué quieres ver primero?

Antes de salir de Estados Unidos, se había jurado no guardarle ningún secreto más como había hecho antes. La sinceridad ante todo.

—Quiero ver tu dormitorio.

—Me has leído el pensamiento —dijo él poniéndole el brazo alrededor de los hombros y acercándola más a sí. Juntos, recorrieron el pasillo mirándose a los ojos—. ¿Te importa que paremos en la cocina de camino?

—Si está de camino al dormitorio, vale —dijo ella frunciendo los labios y tirándole un beso.

—Está justo aquí —dijo cuando llegaron a un recodo del pasillo en forma de «T» y giraron a la derecha. Molly estaba en la cocina ayudando a un hombre vestido de chef, con pantalón de cuadritos y chaqueta blanca.

—Hemi, Molly. Quiero que conozcáis a la segunda mitad de mi equipo. Ésta es Chelsea Tedman —y se giró para murmurarle algo al oído a Chelsea—. Pronto Chelsea Jellic.

Chelsea se quedó con la boca abierta.

—¿Podrías abrirme una botella de ese espumoso que se está enfriando en la nevera? —le preguntó a Hemi con una sonrisa—. Y me llevaré dos copas para beberlo.

¡Menuda sorpresa! Era la primera vez que le pedían matrimonio en una cocina y con público. Lo mejor era que Kurt lo había hecho por su cuenta y riesgo sin que ella lo hubiera empujado a hacerlo.

—Hasta el final, última puerta a la izquierda —dijo Kurt siguiéndola con las copas de champán en una mano y la botella balanceándose en la otra.

—¿Te he dicho que ya he empezado los preparativos para el monumento conmemorativo para Atlanta y Bill? Mi abogado está ocupándose de los detalles. Pensé que era mejor dejárselo a un profesional aunque he elegido a la universidad en la que estudió Bill para que otorgue las becas —dijo ella deteniéndose en la puerta que Kurt le había indicado—. Pensé en Colorado, que está menos de

moda que Aspen, pero la decisión final la tomarás tú.

—Lo decidiremos juntos. Y ahora, abre la puerta.

Las bisagras bien engrasadas cedieron y la puerta se abrió en silencio. Chelsea se detuvo y miró a su alrededor con Kurt a su espalda. Notaba el calor que despedía su cuerpo y deseaba que tomara sus pechos en sus manos igual que hiciera la primera vez que se conocieron.

—¿Qué te parece? ¿Es lo que esperabas?

Los tonos de color azul grisáceo de las telas combinaban a la perfección y la madera oscura de la cómoda añadía el toque masculino.

—Sobrepasa mis expectativas. Esta habitación, toda la casa, las sobrepasa. Me enamoré de un montañero austero y he terminado con un hombre cultivado con unos talentos decorativos muy superiores a los míos.

Kurt se rio y las copas chocaron en su mano.

—Teddy, tengo que decirte que confié en el talento de una decoradora de interiores para conseguir esto. Debo admitir que la preocupaba mi elección demasiado atrevida de los colores. Pero ahora que estás aquí sé que los elegí con tus propios ojos. Y los dos sabemos que cuando tú y yo estamos juntos somos una bomba sexual. Entra y echa un vistazo en profundidad.

En el espejo de cuerpo entero que había encima de la enorme cama, Chelsea se dio cuenta de que su rostro estaba resplandeciente. Paseó por la habitación admirando las fotos mientras Kurt servía el champán.

—Después me ocuparé de tu equipaje. De momento, no vas a necesitar mucha ropa.

—Promesas, promesas —dijo Chelsea poniendo una sonrisa maliciosa al tiempo que se retiraba de los ventanales que conducían a una galería cubierta separada de la habitación. La vista se extendía hasta los picos nevados de las montañas, el del Aoraki dominándolos

a todos.

—Veo que has elegido esta habitación por la vista.

—Sí, eso también, pero sobre todo lo hice porque es la más grande, y después de años viviendo en una tienda de campaña, necesitaba espacio —dijo entregándole una copa.

Chelsea dio un sorbo del líquido espumoso que le hizo cosquillas en la nariz.

—Espero que me hayas dejado suficiente espacio en el armario. No viajo ligera de equipaje.

Kurt le quitó la copa de la mano y la puso en la mesilla.

—Lo recuerdo. No te preocupes. Todo en esta suite es perfecto para ti. Sólo faltabas tú.

Chelsea extendió las manos hacia él y le abrió la camisa sin pararse a desabrochar los botones, que saltaron por el aire. Le pareció un sonido muy satisfactorio porque por fin podía ver su torso desnudo, pero cerró los ojos y palpó el cuerpo fibroso que recordaba.

—Mmm, qué ganas tengo de verte desnudo.

—No te haré esperar —dijo él quitándose el resto de la camisa.

Hacía un día vibrante fuera, lejos de lo pobremente iluminados que estaban los lugares en los que habían hecho el amor antes. Incluso en el hotel Cumbres la luz era tenue, pero ahora lo veía entero, con sus defectos y las montañas de fondo. Eso no había cambiado.

Kurt la tomó en brazos. Cuando estaba con él no se sentía demasiado alta y desgarbada. Juntos, hacían una pareja perfecta.

La dejó sobre el edredón y Chelsea lo miró a los ojos, oscuros y llenos de pasión.

—Sí.

—¿Sí qué?

—Sí, me casaré contigo.

Kurt se tumbó junto a ella y recorrió con un dedo el perfil de su pecho.

—Tendrás que controlarme, Teddy. No han pasado ni cinco minutos desde que te lo he pedido y ya había dado por segura tu respuesta. Te quiero más que a mi vida, más que a las montañas — suspiró él con los labios rozando su pecho. Su aliento era cálido contra su piel, que chupaba con ansia, prueba de que no era un producto de su imaginación.

Chelsea le puso las manos alrededor del cuello sujetándolo contra ella y dejando que el calor la invadiese. Aún le dijo algo más, antes de abandonarse a la pasión.

—No te preocupes. Me aseguraré de que nunca más puedas dar nada por sentado respecto a mí —dijo dejándose llevar por la sensualidad del momento—. Te quiero, Kurt —le dijo al único hombre que había sido capaz de llevarla hasta la cima del mundo.

**Fin**